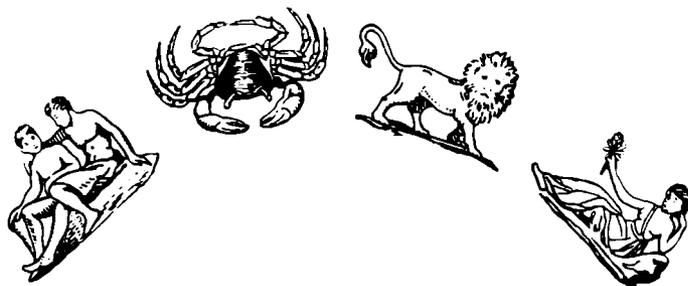


REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



EPOCA IV - SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C.A. - VOL. V

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

8a. Avenida Norte No. 16

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMERICA



COLABORAN EN
ESTE NUMERO:

Carlos Samayoa Chinchilla

Enrique Labrador Ruiz

José Mancisidor

Andrés Iduarte

Darío Cossier

Laus Deo

Vicente Echeverría del Prado

Carlos Luis Saenz

Manuel Barba Salinas

Salarrué

Julio Fausto Fernández

Claribel Alegría

Carlos Wild Ospina

Jorge Lardé y Larín

Fermín Pereza



SE SOLICITA CANJE

REVISTA DE LA
**BIBLIOTECA
NACIONAL**

EPOCA IV

VOLUMEN V

Director:
BAUDILIO TORRES

Redactor:
MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES

Mayo - Junio - Julio - Agosto

1 9 4 9



SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



IMPRESA FUNES – SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



EL ESPIRITU DE LA LETRA

*Pensar es abrir surcos, levantar cimien-
tos y dar el santo y seña de los corazones.*

José Martí

ANIMALISMO GRAFICO EN LOS DICHOS Y REFRANES DEL PUEBLO GUATEMALTECO

Por Carlos Samayoa Chinchilla

País de tierras opulentas y fragosas, Guatemala tiene gran variedad de climas: calor sofocante en sus costas, temperatura media en la zona que se ha dado en llamar «*bocacosta*» y frío moderado en las mesetas de los Andes centroamericanos. Como consecuencia, su riqueza en los reinos vegetal y animal es cuantiosa y, probablemente, algunas especies son originarias de su suelo. Ejemplos: el quetzal, el pavo silvestre, el cacao, la monja blanca (*Lycaste Skinneri Alba*), y el maíz divino.

Antes de la conquista, su territorio era un mosaico de reinos, lenguas y religiones; más tarde al mezclarse la raza india con la española, el idioma de Castilla se americanizó con una serie de vocablos indígenas, en virtud de que ellos resultaron imprescindibles para denominar las plantas, animales y alimentos propios de la tierra; siendo curioso constatar, de paso, que muchos de esos vocablos contienen una o a veces dos de las sílabas cha, che, chí, cho, chu, como: *cheje* (pájaro carpintero), *chiquirín*, (insecto hemíptero), *chichicaste*, (ortiga) *chichigua*, (ama de leche), etcétera, lo que produce en el acento idiomático de algunos gua-

temaltecos, un inconfundible ceceo que recuerda el «chaj chaj chaj» de las lenguas aborígenes.

Oportuno es rememorar lo que dice al respecto Lisandro Sandoval, en el prólogo de su *Semántica Guatemalense* o *Diccionario de Guatemaltequismos*: «Ante todo hay que advertir que los nombres de plantas y de animales propios de la nación vienen directamente de las lenguas maya, quiché, cakchiquel, tzutubil, quekchí, chortí, man, pocomán, y otras más que hablan nuestros indios. Muchos de estos vocablos, que pudiéramos llamar autóctonos, fueron cambiados por voces mexicanas, primero, durante la invasión de los pipiles, anterior al descubrimiento de América, y después, por el dominio del ejército de tlascaltecas, que trajo don Pedro de Alvarado para la conquista de Guatemala; lo cual influyó de manra notable y decisiva en la adaptación, adopción e imposición de nombres de la lengua náhuatl; y así se explica la existencia en la semántica guatemalense de gran número de dicciones aztecas». Y más adelante: «Sin tomar en consideración los nombres que se relacionan con los sistemas orográficos e hidrográficos, los guatemaltequismos han tenido, para su considerable aumento, un fecundo venero, a saber: en la fauna, que produce insectos, reptiles, moluscos, peces, crustáceos, aves, cuadrumanos, cuadrúpedos, etcétera, propios todos de la latitud y climas del lugar: en la flora, plantas textiles, plantas medicinales, plantas alimenticias, árboles y maderas para construcción, de ebanistería y mueblería; en la raza aborígen, como sus propias costumbres, trajes, idiomas, religión, etcétera».

Sabido es que la mayor parte de las religiones americanas tuvieron cierto carácter panteísta: la abundancia, belleza y variedad de especies impresionó sin duda la imaginación de nuestros hombres precolombinos y en ciertas ocasiones practicaron la zoolatría, rindiendo culto al quetzal, al venado, a la danta o tapir, al picaflor y a la serpiente.

Por magia o superstición el indio de Guatemala se adornó en su gentilidad con plumas de ave y colmillos o pieles de animales carnívoros, y como es fácil suponer, ese culto o superstición afloró más tarde en el lenguaje de la raza mestiza, con metáforas, decires o refranes de índole puramente guatemalteca. Fenómeno

fácilmente explicable si se tiene en cuenta que en la voz del pueblo está la esencia inmaterial del alma de una raza o nación.

Entre nosotros la terminología culinaria, la palabra amorosa, el consejo, el insulto, y aún el nombre de muchos objetos de uso diario, tienen un carácter eminentemente vernáculo. Hoy nos referiremos únicamente a la acentuada expresión gráfica que, en determinadas ocasiones, asume la presencia o el recuerdo de los animales en el habla de nuestro pueblo.

En esa transfusión de espíritu de dos razas, tres son los animales que, a nuestro juicio, han ocupado lugar preferente en el ideario zoológico del pueblo guatemalteco. Ellos son: *el chucho*, (perro o gozque); *el coche*, (marrano o puerco); *el zope o zopilote*, (zamuro, chulo o gallinazo).

El *chucho*, tataranieto bastardo de los dogos o falderos de «casa grande» y buena estirpe que los conquistadores hispanos trajeron de Europa, es la representación material del estoicismo canino. Fiel «como chucho de indio», se dice y en ese decir hay, a la vez, desprecio y ponderación; resta de cualidades y suma de instintos.

Se le lleva a la conversación familiar, diciendo: «chucho viejo apaleado en portillo», para indicar que alguien cuenta con amargas experiencias en su pasado; «matar el chubo a tiempo», para denotar que el remedio de un mal debe aplicarse en su oportunidad; «soltar los chuchos», es decir, resolverse a llevar a cabo una persecución amorosa; «chucho no come chucho», «al chucho más flaco se le pegan todas las pulgas», «pata de chucho», para designar al varón o mujer andariego; «a todo chucho se le traba el hueso», «la pobreza tiene cara de chucho»; «de esa tos murió mi chucho»; «cuando uno está torcido hasta los chuchos lo oran»; «muerto el chucho se acabó la rabia».

El «coche o cerdo es la alcancía del pobre, el terror del hortelano, y el prototipo de la gula y el abandono. Como hijo de príncipe, tiene muchos nombres, pero para él sólo hay sonrisas cuando, sacrificado, aparece sobre la mesa, en forma de embutidos, «morongas» o «chicharrones».

De tan peculiar semoviente son muchas las expresiones pintorescas que se conocen: «el peor coche se lleva al mejor ma-

zorca», es decir, el más descalificado pretendiente logra el cariño o la posesión de la más codiciada hembra; «en la pluma se conoce al pájaro y en la cerda al coche»; «coche que no madruga no come caliente»; «a todo coche le llega su sábado»; «al coche mañoso aunque le pongan horqueta». para denotar que toda precaución es poca cuando alguien está avezado a una mala inclinación o costumbre.

El zope o zopilote, es un animal triste y despreciable. Emplumado de negro, con parda y corrugada golilla, siempre ávido de carroña, es la representación maloliente de la muerte. Los historiadores aseguran que allá por los años 1521 y 1522, hubo en el reino cakchiquel una peste asoladora que no dió tregua para sepultar los cadáveres y que éstos por miles, fueron pasto de los zopilotes.

De tan infausto pajarraco, nuestro pueblo dice: «estómago o gusto de zope», para indicar que una persona tiene bajas aficiones; «llevar al zopilote en el anca», es decir, estar en vísperas de muerte; «mañana hago mi casa, dijo el zope», para recordar que no debe dejarse para otro día lo que se puede hacer en el presente; «no se hizo la miel para el pico del zope»; «le cayeron los zopilotes»; «jzo-pilote de Esquipulas»; «caminar en zopilotillo»; «amarrar zope», por devolver los alimentos, como lo hace el zamuro cuando se le ata.

Mal aperado «para salir en caballo blanco», con este esquema de ensayo, pero alentado por el refrán que dice: «en el camino se arreglan las cargas», nos asomaremos ahora a las carreteras, mesones, y sesteadores de la república, donde en épocas pretéritas floreció el pintoresco «mal hablar» de arrieros y mayorales. Oigámoslos: «este macho es mi mula», del famoso cuento en el que un arriero se empeña en encontrar en un macho la mula que había perdido; «hacerse de mulas», o sea enriquecerse; «del caballo overo ni el cuero»; «alazán tostado, primero muerto que cansado»; «montó mula», por si se enfureció; «llevar en ancas», en sentido figurado, mantener o tener a alguien a sus expensas; «mal cabresto», por mal guía o mal consejero; «montarse, en uno», por extensión, abusar de la bondad ajena; «no es buen burro el que no aguanta patadas», o sea el galán que no perseve-

ra en sus empeños; «no poder ni con la carta de venta», es decir, que el animal ofrecido en venta está tan viejo que ya no podría cargar ni con la más liviana cosa; «¡hijo de la gran yegual»; «del macho perdido aunque sea la gamarra»; «no hay burro calvo»; «cuando digo que era retinta (la mula) es que tengo los pelos en la mano»; «quien quiera mula sin defecto, que ande a pata»; «bueno, le dijo la mula al freno, mientras más grande más bueno»; «cada uno conoce su mujer y su mula», «mula cerrera y mujer matrera, rienda corta»; «caballo blanco sólo en estampa es bueno»; «cortarle a uno crin y cola», es decir, declararlo inútil; «el que venga atrás que arree»: «a caballo regalado no se le ve el colmillo»; caballo grande, ande o no ande»; arrieros somos y en el mismo camino andamos» y «arrear con todo», cuando la ambición es mucha y el escrúpulo poco.

Se puede «estar maneado», o sea imposibilitado para algo; «gafo» (despeado) o sea pobre. Las caballerías pueden ser de color «coyote o mosqueado», y si son asustadizas, «pajareras». Se anda «mancornado, adjetivo verbal empleado para indicar que una persona está siempre en compañía de otra; y por último, como corolario, se dice: «el que no laza, ataja»,

En el agrado se oye con frecuencia: «me gusta como caballo»; «mamar y beber leche» o «mamar a dos tetas»; «pastorear a una persona», por atenderla; «ponerse una buena jáquima», por emborracharse; «ser la mujer como la pepesca», es decir, que explota sin corresponder a las atenciones que recibe, a igual que el pez de ese nombre cuando se lleva la carnada sin tragar el anzuelo; «a gato viejo ratón tierno»; «con paciencia y saliva, un elefante convence a una hormiga».

El hombre tiene «ánimo de garrobo o más huevos que una iguana», cuando es temerario; «memoria de gallo», cuando es olvidadizo; «más bolsas que un tacuazín», cuando es de recursos; «tiene cuero de danta», si carece de vergüenza; «sangre de gallo», si se exalta con facilidad; «pies de mapache», cuando éstos son planos; «es lagarto», cuando es ventajoso; «más callado que un jute», si es silencioso; «caca de perico», cuando ni huele ni «hiede»; «de día beato y de noche gato», si es mojigato; y puede «no ser venado», cuando no quiere pasar por tonto o ser «pizote so-

lo», cuando es misántropo. Por último, puedo estar «cogido del ala», si está sujeto por algo o por alguien; «estar para el tigre», si la vejez o la enfermedad lo tienen doblegado; «meter el jocico», si es entrometido; «ser gallo tapado», si es presidenciable; «estar garza», si permanece al acecho, y «andar arrebiatado o como chuchito en barrio ajeno». Además, hay en esos bocetos mentales; «narices de guaca», «barrigas de sapo», «trompas de coche de monte», «ojos de mico», «orejas de murciélago», «barbas de chivo».

Cuando el hombre es listo, se dice que, «caza echado»; que «se despezuña», si por algo se desvive; «hace caballadas», cuando hace o dice desatinos, y «se pone tortol», cuando decide no hablar más sobre un asunto. El médico «entretiene la nigua»; el «güizache (tinterillo) hace de chivo los tamales», la cocinera «nos despluma»; y «cuando el tecolote canta, el indio muere, será mentira pero sucede»; asegura la superstición,

La mujer es «mansa paloma o mosquita muerta», cuando es hipócrita; «vaca», si es lenta de pensamiento; «coneja», si tiene con frecuencia hijos; «anda como gallareta», «alborota como gallina clueca», se mueve como ardilla». Tiene los ojos «gateados» o de «gata»; de «guachocho», si están enrojecidos; «es mica», cuando coquetea; y «amishada», cuando al participar de la insociabilidad de los «mishes» o gatos, se sonroja con frecuencia; «tigra», si es ambiciosa y «clinuda o cabeza de gallina quish», si no se peina con frecuencia. Si es joven, es una «polla»; si es vieja, es una «lechuzca», si es agraciada, «chachita», y «fiera», si es arrogante.

Entre la fraseología animalista es fácil encontrar, ya sea en el desprecio o en lo amatorio, curiosas expresiones: «son coyotes de la misma loma, o ratas del mismo piñuelar», «no me asustan los leones, continúa los ratones», «tanto hace el mico con su hijo, que al fin lo mata», «eso quería el sapo, que lo echaran al agua»; «los bobos se engañan con manteca de garrobos», «¡a saber qué pata puso ese buevol», «la que da el pico da el mico», «andaba vendiendo el cuero, antes de cazar el venado», «hoy amaneció la mica comiendo zapote».

Símbolo de astucia es el zorro; de falsa elocuencia y malignidad, el loro; de tozudez, el mulo; de malicia, el mono; de amores manuales, el pizote de la Escuela de Cristo...

Sobre la veste de Nuestra Señora de la maledicencia, brillan los botones que ofrecemos a continuación como una muestra: "se le fué el pájaro", cuando el prójimo pierde el ejercicio de los sentidos; "no le entra la polilla", cuando alguien no envejece: "no dijo este pico es mío"; «fué el chumpipe (pavo) de la fiesta», «ver o estar las cosas color de hormiga», «lo pescaron con la gallina bajo el brazo», «se puso como una *chichicúa* (culebra ponzoñosa). Además, está el «pelar», la «mala pelambre», «sacar el cuero o el unto», «hacerse el zunte o el sapo», si se quiere decir que alguien pretende hacerse el zoquete.

Las frases interjectivas o que denotan determinado estado de ánimo son a veces de gran efecto: «¡ah, la gran chuchal», o «¡ah la perral» o «¡ah, la gran perical»; ¡«qué chinche me pical», «¡para poca leche, mejor que se la mame el ternero!», «¡estoy en el avispero!», «¡a freír niguas a otra parte!», «¡ándate a la punta de un cuerno!», «¡me dejó como gallina enhuevada!» [colérico].

Los refranes americanos, son casi en su totalidad de origen español, pero el refrán peninsular se remozó adquiriendo gracia nativa al ponerse en contacto con la realidad y la naturaleza americanas. Son numerosos, y a veces ellos constituyen armas verbales de dos filos, con más de una intención: «paciente, piojo, que la noche es larga», «también en el mar hay perlas y en los ríos camarones», «hay patos que nadan y patos que ni agua beben»; «el último mico se ahoga», "no tiene la culpa el loro, sino quien le enseñó a hablar", "sólo Dios sabe cuando bebe agua el *tepemechín* [pez de los ríos de Guatemala], "el que no quiera ver micos aparejados, que no ande de noche", "camarón que se duerme, se lo lleva la corriente", "el que es perico dondequiera es verde", "hasta las hormigas tienen sombra", "el buey solo bien se lame", aunque probablemente no sea esa la opinión de los toros...

A veces los animales hallan voz para dar su consejo o transmitir su sencilla experiencia: "no soy reloj, pero doy las horas, dijo el alcaraván", "¡adiós mis flores, dijo el escarabajo, cuan-

do se le rodó la bola de estiércoll”, “más seguro es oír ladrar encuevado, que correr como venado, dijo el armado”; “ahora si metí la pata hasta el codillo, dijo el potrillo”, y hasta parece que en un jueves de la Ascensión, el buey se negó a tirar del arado, diciendo: “hoy no, mañana sí”.

Juegos, bailes, remedios caseros, todo parece participar de ese graficismo animalista, tan caro al pueblo de Guatemala. Hay bailes del venado y del torito, danza de las “chitic» [aves zancudas), en las fiestas titulares “se corre pato», el mal aguardiente se denomina “mata burro» y cierta clase de machetes “cola de gallo».

Entre los árboles y arbustos, son comunes los nombres que recuerdan a los animales. *Verbi gratia*: “palo de ronrón» (*ferolia variagota*), «palo de vaca» [*brosimun galactondrendrón*], “pie de gallo» [orquídea que florece en pascua], “pico de burrión» [picaflor], «caballito de San Vicente» (*cantaris encerra*), “ojo de venado», “uña de león», “hierba del pollo», “zacate del toro», helecho “cama de zapo».

Y aquí nos detenemos porque «el uso no debe ser abuso» y “al lector hay que tratarlo con primor».

PARTIR

Por Enrique Labrador Ruiz

Habiendo dejado de tomar los cacodilatos en tres tardes o más, Petruca me decía que todo nos llegaba a favor de los descuidos pero que sin embargo todo estaba reglamentado como en un sueño perfecto fabricado de incesantes mareas e incesantes tribulaciones.

No era que me disgustase la tardanza lógica de la hora, ese ir a descansar casi de día, irremediamente entre cinco y seis de la mañana, cuando una madre aun nos esperaba sin pegar ojo sabiendo que nuestro vagar carecía de un objeto concreto, de un sentido de disipación que otras veces se preñaba de motivos.

Lo mismo que ese banquete a que fuimos conducidos suavemente, ese banquete que nos ofreciera un político amigo de la familia y un repórter beneficiado de la situación; ese banquete donde intervino cierto arrogante militar y los recuerdos de los años mozos del político y del repórter cuando ellos se hicieron de la poderosa amistad del filósofo—amistad que nunca les valió para nada, según ellos—, a fuerza de comprarles billetes enteros cada sorteo.

El militar había dicho que el resorte de la fuerza se impersonaba colectivamente en las milicias, no así el resorte de la

razón venido a menos periodísticamente por la competencia de la radio, debilidad aquélla que era un reflejo del malestar político reinante.

De todos modos a los postres mientras yo quería dar fuego a mi tabaco la mesa se fue quedando sola, sola y yo, me vi más tarde a la salida del "club" sin un coche que condujera a casa ni nadie que me dijere dónde encontrarle.

Anduve como de costumbre de aquí a allá buscando el sitio en que podía tomar el tranvía cotidiano de regreso, acordándome cómo el político dijera al repórter que estableciese un salón de barbería en la calle del Obispo, con precios convencionales, pues no se podía seguir cobrando los abusivos precios de lujo en una calle que había venido tan a menos. El repórter, que empezó de barbero en el periodismo, discutía los extremos y se reafirmaba en la idea de seguir cobrando igual que los otros, caso de que se decidiera a establecer el salón.

Así fué cómo di otra vuelta a la manzana y encontré a Petruca buscándome, no deliberadamente, sino en una vaga premonición de mi ambular por aquellos contornos. Dándonos de las manos fuimos hacia la esquina de la acera donde siempre han de pasar los tranvías y entonces todos pasaban sin detenerse ni hacer caso a nuestras señas; y cuando uno se detuvo muy encontra de su deseo, vimos que no nos convenía, pues su ruta estaba terriblemente lejana a la ruta de nuestros viajes.

Por acortar camino echamos a andar como quien anda hacia su estrella. hacia su vaga estrella preconcebida por un astrólogo en la niñez. Y nos metimos por tierras incultas y caminos fangosos pero todo dentro de la ciudad; un trecho de selva ruinoso con jaramagos donde el perfil de una cornisa demasiado alta incidía con el barro del arroyo evidentemente demasiado bajo; un jirón de luz que escamoteaba tinieblas y las hacía reaparecer; otras nitídecas empañadas, ¡qué sé yo!

Dijome la pobre para consolarme:

—No temas, corazón, yo te limpiaré mañana los zapatos. Eso es escarcha y eso otro..., carámbanos..., carámbanos de la nieve.

Y empezó a detenerse a ras de una cerca de piña y a mover los brazos pequeños con deseos de desmoronar aquel valladar inconsútil: "Sis-ras; sis-ras; ras, ras, ras. . ."

Comprendí que su manía destructora iba en seguida a manifestarse: la cerca de piña, una cerca de piña muy entrevista en mi juventud y cuya particularidad más manifiesta era echar leche si se le cortaba creció ante el impulso abrumador de Petruca con fuerza natural; es decir, se hizo más compacta y defensiva, entretejió sus hojas acantonadas y se armó de irresistibles púas vegetales.

Pero ni un carro venía por ninguna parte y entonces empezamos a comprender que nuestra tardanza en volver a casa ya era cosa ineluctable, que nunca podríamos volver a casa antes que fuese de día en todo el resto de nuestra vida y que la manía destructora en cualquier momento haría lo suyo.

La marea incesante nos bañaba y queriendo romper ligaduras nos atábamos más y más. Unos recuerdos tristes de nuestros amores cayeron por allí: el niño muerto vino con su rostro informe, ¡tan pequeño aun!, a reclamar de nuestros pechos cierta constancia de recuerdo no muy acordada por lo común. Y Petruca me dijo que ella, por ser su madre, lo veía siempre dormido en su regazo pero que me evitaba esa penosa dulzura de recordar para no recrudecer mi mal humor de hepático.

—Cierto, cierto—le contesté—, ¿pero cómo hacemos para que podamos estirar las piernas en este trance?

Nos habíamos metido en una calle muy hundida, anegada toda ella de lodo y podredumbre. Una llovizna irritante venía cayendo desde horas y el barro pegadizo paralizaba el pie por entre aquellas suculentas lunas caídas que bailoteaban abajo.

La manía destructora de Petruca—y la mía—puestas de acuerdo hubieran barrido todo el barro hacia los mismísimos infiernos a punto que cortásemos una vuelta inmediata a casa.

Pero no podíamos volver; ¡era imposible volver! Queríamos quedar allí con los miembros entumecidos pegados a las cosas circundantes, tumbados en cualquier rincón o simplemente en pie con ganas de destruirlo todo, mirando pasar con satisfacción los carros que no nos servían, deseando que la noche no acabase, que

la noche fuese infinita, más eso sí, pura; una noche sin alcohol ni copiosa comida, toda ella anudada de abstinencias y oblaciones para conformarnos espiritualmente hacia la imperiosidad de un desayuno perfecto donde el pan fuese hostia consagrada y la leche, hasta donde es posible, sangre redentora.

El repórter hablaba con el político y el militar arqueaba el pecho, todo detrás de la cerca de piña. A veces caía una sombra momentánea y un rostro, el de mamá, amasaba una larga angustia razonadora como diciendo: "Aunque lo comprendo bien, hijos míos, ¿por qué no venís ya?"

Pero no era posible escarbar una respuesta en nuestros pechos. Hacía falta perder esta noción de residencia, de fijeza, de responsabilidad, de sujeción terrena y no sabíamos a causa de qué. Lo bueno hubiera sido no dejar de ir—por ella, por mamá—, pero haber ido de otro modo—por nosotros...—, singularmente por mí que ya empezaba a comprender las ilimitaciones de unos delirios irrebables.

Estos delirios son como sueños que me aquejan agujereándose el cerebro y de los cuales sueños despierto postrado; y son sueños a ojos abiertos con toda la percepción táctil y olfativa más inminente. Podría decir si tuviera paciencia hasta el color de las flores que balancea un pedazo de jardín entrevisto a medianoche, cierta cadencia del matiz de ciertas nubes..., una birria de bermellón celeste, la refracción de la luz en la punta de mis zapatos —¡qué curiosidad!—y cómo se quiebra la mirada medio borrosa del policía cuando nos ordena con voz enérgica:

—¡Andando tórtolos! Circulen...

Así se vino sobre nosotros, entre estos sueños, el camión que conducía troncos de árboles.

Petruca le llamó porque ya yo no podía y nos trepamos a él bajo la lluvia en la Plaza de Albear. Ningún sitio medianamente posible para guarecernos. El muchacho que conducía díjnos.

—La señora puede meterse aquí adelante y usted, joven, mire como se acomoda. . . ¡Lo siento!, pero no hay más.

Me coloqué como pude, muy holgadamente por cierto, agitando una varita de fresno como si fuera un bastón de mariscal o ese báculo de obispo que ya no se ve sino en las estampas antiguas y que uno, cierta noche, no se sabe por qué, quisiera fumarle.

Petruca dijo que encontraba bastante felicidad en tocar madera virgen y haciendo caricias al corazón de una caoba me regalaba miradas de infinita ternura.

El ayudante me previno que no era aquel precisamente el sitio en que yo debía ir, pues al primer movimiento de embrague girarían los troncos y me cogerían en medio, precisamente por la parte de la cintura. Yo me aparté para colocarme un tanto mejor, bajo la lluvia, entre los maderos bien olientes, mientras Petruca me sonreía porque volvíamos a casa.

El político y el repórter, humeando sus brevas, paseaban la calle a esa hora sin tránsito alguno... "¡Uoa barbería decente, ya usted sabe, requiere cosas..." "Por supuesto; sólo que hay que cuidar de no subir, a pesar de todo, los precios del corte de pelo y rasurado".

Nuestro camión abocó en seguida a una alcoba azul, compacta de tules, y Petruca empezó a acariciar todos los árboles que le quedaban al paso, declarando que era un milagro encontrar tan tibias las cortezas de los pinos, ¡tan tibias y tan poco resinosas por aquel tiempo!, ella, que no conocía nada en tal materia.

Realmente el tiempo era malo, húmedo; un tiempo vuelto de revés para nosotros que le sentíamos acolchado y blando. La alcoba azul se tachonó de estrellas dulces, de guirnaldas estremecidas y pareció de pronto una alcoba de novios sonámbulos, de novios extrañablemente ingleses, en un parque, bajo el delgado viento.

Pero el carburador del camión lanzaba un tufo hediondo y era un carburador característico que parecía la minerva de una imprenta de pueblo. Aquel tufo hediondo ofendía a la naturaleza y yo sentí cómo mis manos intentaron degollar al ayudante que con aire chocarrero se burlaba de las cotorras decentes que no admitían ciertas risas por allí.

La marea incesante me bañó con su resaca de cianuro la parte más ardorosa de mi entraña violenta, y ya no tuve más remedio que gritar:

—¡Petra! ¡Petrical! ¡Petruca! Quitame de los ojos esta alucinación o todos hemos de morir. ¡Haz algo por nosotros! ¡Fijate en nosotros! ¡Mira para el ayudante!...

Creí que besaba al conductor; por lo menos no hacía caso de mis palabras. Rodé al silencio, mustio.

Cayeron otras gotas de agua, verdaderos goterones de fuego y entonces ella se fue esfumando por detrás del bosque, entre los tules y algarrobos, temblorosamente, hacia donde el sol nace, dando saltitos como un pájaro y como un pájaro desflorando la aventura infinita del cielo y sus kalpas.

Así ocurrió su cuarta o quinta muerte mortal y verdadera, profundamente estudiada y premeditada y sin embargo tan imprevista como la presencia del Emperador en un baile de máscaras; la cuarta o quinta vez que se me iba de entre las manos con un aire absoluto de irremediable ausencia; la cuarta o quinta partida en sueños hacia la verdad que llaman inmutable..., la perfecta y transitoria evasión a que ya me tuviera acostumbrado y que yo conocía, después de todo, por los singulares episodios con que enriqueciase el espectáculo físico de su hecho, o eso que no era un hecho acaso: la mitad de una cara ciega, muda y exigente

[De su reciente libro
Trailer de Sueños]

EL CAPITAN MALGESTO

Por José Mancisidor

El capitán Malgesto apretó las piernas sobre los flancos de su *rosillo*, y azotándolo materialmente contra la cerca de alambre que corría a los lados del sendero por que transitaba, lanzó una imprecación.

—¡Hijos de tall—blasfemó. Y volviendo el rostro hacia atrás para apresurar el paso de sus compañeros, estremeció el templado vacío con sus gritos estentóreos.

—¡Malhaya la que los echó al mundo!—gritó ahora. Y descabalgando con violencia, hincó la rodilla en tierra junto a la cerca de alambre que se perdía en los altibajos del fragoso terreno, con un mirar desorbitado mezcla de odio y terror a la vez.

Sus soldados llegaron hasta él e imitando su ejemplo descabalaron también para lanzar, en un coro enardecido, una y otra maldición.

—¡Hijos de tall—estalló uno.

—¡Mala perra los pariól—lo secundó otro.

—¡Hijos!...

Los adjetivos brotaron atropellados, acompañando en su furor al relincho de las bestias.

El capitán Malgesto marcó el rictus de su boca con una mueca de coraje. Sus torvos ojos despidieron destellos que nada

nuevo auguraban mientras sus manos poderosas arrancaban las orejas y las lenguas, reseca ya, que enclavadas en las púas de los alambres atestiguaban su pasada derrota.

Los soldados quedaron sobrecogidos, cansados además por el largo peregrinar que, de un lado a otro, no tenía fin.

El capitán Malgesto retuvo un instante aquella carne seca entre sus manos trémulas, la hizo crujir con sus toscos dedos como si fuera una hoja de *macuche*, y la arrojó luego sobre la tierra polvosa y amarillenta que se hundía en el verde negro de un bosque lejano.

—¡A caballo!—ordenó furioso. Y clavando las espuelas en los ijares del animal lo obligó a tomar un paso largo y vivaz.

* *
*

El capitán Malgesto hacía honor a su nombre. Adusto y mal encarado, acentuaba su acritud con una expresión desabrida y nada cordial a la que, entre sus compañeros, debía su apodo.

Poco se sabía de él. Y nada comunicativo, las interrogaciones por discretas que fueran se estrellaban en su rostro de mestizo, impenetrable y glacial, como contra un insuperable obstáculo.

No obstante, él lo había dicho ya: antes de la Revolución no era nadie. Con ella había nacido él... Esta era su historia pasada. La otra, la que estaba escribiendo todavía, ninguno la ignoraba. ¿A quién, entre los suyos o entre los otros, le era ajena la leyenda de su nombre?

—Hay que hostilizar al enemigo—le había recomendado el General en Jefe de aquella poderosa columna militar que avanzaba reptante hacia el norte del país. No se trata de que gane usted una batalla, sino de que no deje a esos tales en paz...

El capitán Malgesto ordenó a sus hombres ensillar los caballos y sa internó en seguida en terreno contrario.

* *
*

Recio de piernas, ágil en el pensar, no dejó transcurrir un minuto sin poner en práctica las órdenes recibidas. Pero aquel día nada le salió bien. Las ideas se le atropellaban y las piernas mismas como que perdían firmeza sobre el fatigado *rosillo* que apenas si podía mantenerse en pie.

El capitán Malgesto comprendió lo que le sucedía. No había olvidado las noches y los días que llevaba correteando así, en los flancos y en la retaguardia del enemigo, al que no dejaba un minuto en paz. Pero el General le había hecho saber lo que de él esperaba. Y ahora roncaba el cañón en la lejanía y no tenía tiempo para descansar. Roncaba el cañón y ladraban los fusiles mientras el capitán, con oído atento, trataba de fijar la distancia en que esto sucedía.

El combate arreciaba por momentos, el aire se llenaba de sonidos y un rumor crecía allá, hasta convertirse en espantoso huracán.

El Capitán se dió cuenta de lo difícil de su situación. Muy adentro del terreno enemigo, con sus caballerías agotadas de tanto no parar, el peligro era inminente. Mas la recomendación del Jefe y la conciencia plena de lo que debía de hacer lo decidieron a obrar. Llegó seguido de sus hombres a la orilla de un riachuelo cuyas aguas espejeaban bajo el sol, y ordenando aflojar las cinchas de las cabalgaduras permaneció metido en el agua el limitado tiempo en que éstas saciaron su sed. Entre las ondas del viento cuyas rachas empezaban a recalentarse, el bramar de los cañones volaba sin interrupción.

El capitán Malgesto se mantuvo atento a lo que lejos acontecía, dejó asomar a su torcido rictus una sonrisa indescifrable y acarició el cuello de su extenuado *rosillo* cuyo relincho se perdió sobre la tierra. El cañoneo se intensificaba acercándose lentamente. Entonces se decidió y saltando a la silla de su cabalgadura tocando apenas los estribos, ordenó montar a los demás, indiferente a la fatiga.

No olvidaba lo que se le había indicado: no se trataba de que él solo ganara una batalla, pero sí de que no diera tregua al enemigo hostilizándolo sin piedad. El rumor del combate au-

mentaba mientras él seguía agujoneando los ijares de su fiel *rosillo* en marcha hacia la muerte. Sin embargo, en esta lucha por el pan y la tierra y el derecho humano a la libertad, no era solamente él quien se sacrificaba. Ahora mismo, bajo el huracán de metralla que caía encima de la amarilla tierra, cientos y millares de hombres, campesinos también, la fecundaban con su sangre.

«No tendrá usted descanso mientras nosotros no lo tengamos igualmente». Y el retumbar cercano continuaba... Mandó apresurar el paso. Los jinetes hicieron tintinear sus espuelas y la columna onduló ligera sobre la ocre superficie de la tierra.

La táctica [los soldados estaban enterados] era simple, aunque nada fácil: atacar por sorpresa y retirarse; volver a atacar y nuevamente retirarse... Y así una y otra vez sin dar tregua al enemigo.

El choque fue rudo. Y por la primera ocasión desde mucho tiempo, el capitán Malgesto pudo ser derrotado y perseguido. Ahí estaban los despojos de sus hombres, en aquellas lenguas y en esas orejas arrancadas con sus propias manos de las púas de los alambres que subían y bajaban en el ondular de las fragosidades del camino.

*
* *

Lejos, como una mancha amarilla que se desprendía de la tierra, los ojos del capitán acostumbrados a traspasar el horizonte campesino descubrieron al enemigo. La mancha subía del vientre de la tierra y se hacía densa, espesa, igual a una cerrada nube que se aproximara traída por el viento.

El capitán Malgesto midió en seguida el peligro en que se hallaba, y por un instante pensó en escapar de él. Mas no era eso lo que se le había ordenado, sino acosar a aquellas tropas que como si nacieran de la tierra, se multiplicaban y acortaban el espacio que los separaba. Muy cerca ya, el cañón hacía rodar su ronco acento hasta perderse en la interminable superficie del valle inmenso. El capitán se enderezó sobre los estribos de su montura y poniéndose la mano arriba de los ojos para intercep-

far los rayos del sol que caían perpendiculares en la caldeada tierra, observó lo que los demás no podían aún distinguir.

Un fugaz destello brilló en su mirada mientras su rictus se distendía en una ancha sonrisa. El cañón tronaba más cercano aún bajo el sol haciente de la mañana y el aire, sacudido por los disparos, temblaba en el sofocante espacio.

Encima de la vasta llanura unida al curvado cielo, la nube amarilla se disolvió para dar paso a las siluetas humanas. Primero fue una, luego otra, y después muchas más que brotaban del seno mismo de la llanura.

El capitán Malgesto observó a sus hombres y leyó en sus rostros inalterables la intensa emoción que los invadía. Su mirada se oscureció un instante. Volvió a observar a sus hombres y un hondo pliegue surcó su frente sudorosa. A continuación los desplegó en la llanura desolada, en tanto el trueno de la artillería se escuchaba cada vez más cercano hasta pasar muy cerca de las cabezas de aquellos hombres colocados ahora frente a un ejército, poderoso todavía, aún en su derrota.

El capitán Malgesto apretó las piernas en los flancos de su *rosillo* que se aventó hacia adelante en una carrera desatentada. Tras de él volaron sus hombres en una línea caprichosamente ondulante sobre la estremecida superficie de la tierra.

El choque fue terrible. Las bestias y los hombres se mezclaron en el abrazo de la muerte. Encima de la planicie sin fin el sol caía a plomo. Millares de voces estallaron por todas partes, mientras el capitán Malgesto, abatido en medio del campo de batalla, sentía pasar sobre su endurecido cuerpo aquella masa informe de hombres y caballos.

Hizo un esfuerzo para levantarse, mas algo lo quemaba tremendamente. Hizo otro esfuerzo todavía, pero sólo para pensar en aquella tierra por la que tanto había vagada, y a la que ahora se daba en una entrega consciente y fiel como el entrañable amor con que la amaba.

DON JUSTO SIERRA O LA ARMONIA MEXICANA

(Conferencia dada en la Embajada de Colombia en Washington, acto del Ateneo Americano, el sábado 22 de noviembre de 1949).

Por Andrés Iduarte

Podríamos llamar a don Justo Sierra apóstol y héroe de la armonía mexicana. La buscó afanosamente dentro de sí, y alcanzó la dura meta, y la sembró y la cultivó a su derredor victoriosamente. Podríamos llamarle, también, maestro de la armonía mexicana: lo fue y lo sigue siendo, como último y más alto escalón de sus demás maestrías. Podríamos llamarle hasta mártir de la armonía mexicana, porque su triunfante y generoso empeño le ha sido reprochado por quienes, con otro temperamento, con otras virtudes, no entendieron su íntimo sacrificio. Realizar esa hazaña en cualquier parte, y realizarla en nuestro país de contrastes fuertes y de hondas luchas, alcanza la categoría de milagro. Mucho y muy bueno puede decirse de Don Justo; pero nada hay que elogiarle tanto como esa empresa prodigiosa.

La coronó gracias a su noble corazón, a su robusta inteligencia, a su voluntad poderosa, recogiendo y depurando y enla-

zando los ricos materiales que le regaló su tradición y su vida. Nada humano le fué ajeno, nada mexicano le fue ajeno. Y con todos sus ingredientes positivos y negativos, con los aciertos y con los errores de su estirpe, con las bendiciones y las desgracias de su propia vida, fue a cada paso equilibrando y equilibrándose, buscando el fiel difícil, igualando la imperfecta balanza humana. Podría pensarse que fue un consentido de la fortuna, porque nació y creció en la abundancia del bien y de la belleza; pero haber sabido disponer de ella, y enriquecerla, es muchas veces labor más árdua que fertilizar el campo llano. Y tampoco faltó en su lote—si se mira con cuidado—la cizaña que envenena y el obstáculo en que otros se rompen la frente.

Nace Don Justo el 26 de enero de 1848 en Campeche. Nace en familia prominente, nieto—por la rama materna—de don Santiago Méndez, rico propietario y, de hecho, gran señor feudal. Sí, pero, a la vez, uno de los más destacados jefes del Partido Liberal, enemigo del tradicionalismo caduco y retardatario, anticlerical y—en el sentido bueno de la palabra, en el mismo sentido que Sarmiento y Martí—antiespañol. Quiero decir: contra el pasado caduco y por el porvenir ágil. Nace Don Justo nieto de un político que figura en las grandes y continuas batallas de ideas y de armas de su provincia. Pero a la prominencia social del abuelo se agrega la nota completadora: el padre es Don Justo Sierra O'Reilly, ni acaudalado ni caudillo y—aunque interviene en la política a la sombra del suegro ilustre—nomás político de paso y a la fuerza, intelectual de pies a cabeza no sólo en los altos méritos sino en los comunes defectos. Lo dirá en su *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*: «la maldita influencia de la política» es una de sus repetidas frases, una consecuencia de la desazón de verse navegando en mares que desprecia. A él lo que le gusta y le importa es salvar la historia de Cogolludo, traducir a Stephens, prologar a Zavala, fundar el periodismo en Yucatán, escribir sus novelas románticas, sus lecciones de Derecho Marítimo y sus proyectos de legislación. Y aun en su representación diplomática ante los Estados Unidos, lo que con satisfacción recoge son sus impresiones de viaje. Se ve con qué gusto se escapa de la atmósfera que no ha buscado, que le ha sido impuesta por el azar y por el deber, y en la que se ahoga.

Nace Don Justo Sierra Méndez con dos legados: el imperativo de poder y de guía política que viene del legendario viejo Méndez, y la afición y la capacidad intelectual del sabio Sierra O'Reilly. Dos herencias de fundador, para un fundador, las dos mitades que en los países nuevos han de juntarse y no han de excluirse.

No sólo esa riqueza viene en su tradición: nace de Campeche, en zona de viva cultura española, a pocos pasos de la tierra de indios de su padre. Quizá hasta mezcla de sangre maya-quiché había en Don Justo. Cuenta—*En tierra yankee*—que en Texas ocupó un vagón para blancos, y comenta: «en nuestra calidad de semiblanco». Tuviera o no mestizaje de sangre, tenía también, o además, el mejor: el de querer ser mestizo en patria de mestizos, «Soy de pura sangre plebeya—dijo—como lo somos todos los que ignoramos quiénes son nuestros tatarabuelos y tenemos por ancestro un sólo gran abuelo anónimo, el pueblo...» Con juicio y nobleza trocaba su aristocracia incidental por la gran aristocracia verdadera y total. Es, pues, mestizo—porque se siente mestizo—, defiende los valores del mestizaje, canta en toda su obra a nuestros indios. Y, sin embargo, viene de abuelo y de padre que participaron en la gran guerra de castas de la provincia yucateca. En el fragor y la angustia de la lucha, su padre, víctima de ella, llamará a los indios «maldita canalla». Las dos mitades peleadoras de México, el conquistador y el conquistado, el que vino y el que ya estaba, ocupan su pecho; y él las asimila, las depura y las enlaza.

En su propia familia vive otra querrela mexicana, actual, tangible, presente: España y los Estados Unidos... El salto del federalismo al centralismo, recrudescido en el apartamiento y la lejanía de Texas y de Yucatán, y la anarquía creada en su provincia, llevan a un grupo a pensar en la reanexión a España; y a otro, en el que se destaca don Santiago Méndez, a buscar la ayuda y aceptar la incorporación a los Estados Unidos. Es el padre de Don Justo quien se encarga de la delicada misión en esta ciudad de Washington. En su propia sangre lleva Don Justo los dramáticos bandazos de su pueblo, los trágicos tirones de la historia todavía colonial. Historia, lengua, cultura, feudalismo, raí-

ces profundas, malas y buenas, de un lado; del otro, liberalismo, anticlericalismo, progreso material quizá, disgregación y despersonalización inevitables. Angustia de suicida en los dos,

Pronto vendrá la vida a dejarle limpiar el panorama arremolinado: estudia en Mérida y cuando muere su padre, en 1861, sigue a México y toca el Veracruz patriota y adicto, contempla de cerca el momento más tónico de la historia de México: ve chocar de manera sangrienta y decisiva los dos partidos históricos; ve una intervención europea, (lo peor de España, el moho y la polilla y el sable, que Prim aparta de nuestra cabeza, y lo peor de Francia: el militarismo y la frivolidad imperial); y se incorpora como estudiante, con gritos y con discursos y con versos, a la defensa nacional y al liberalismo, que forman en México una sola causa. Le preocupa, en la eterna lucha entre la espada y la pared, que nadie rinda las espaldas a la pared; sigue con ojos tristes y abiertos, con los ojos de quien hacia dentro ve el drama de su abuelo y de su padre, cómo Juárez recurre a los Tratados Mac-Lane-Ocampo. Lo ve ceder y tetroceder, rompiéndose en el tremendo juego las ropas, pero salvando la carne mexicana. Años más tarde, en su famosa obra sobre el patricio, hace su segura afirmación:

«Juárez y los reformistas lograron que la intervención americana, momentáneamente efectiva, no llegara a organizarse nunca en México; los reaccionarios lograron organizar, con propósitos permanentes, la intervención europea».

Pero el historiador, como ocurre siempre que se trata de una personalidad señera, nunca abatida por la rutina académica, deja ver su corazón de hombre. Dice en su *Evolución política*:

«El que esto escribe, por personalísimas razones siente grave pena al confesar que, cuando se compara la conducta de quienes así se engañaron con la de los que resistieron a todos los halagos, exponiéndose a todos los peligros y sometiéndose a todos los sacrificios, permaneciendo sencillamente fieles a su bandera y a su

religión política, resulta ésta tan superior moralmente a aquélla como lo es en el orden intelectual la verdad respecto al error»,

Con «grave pena» apunta el error familiar de ayer, y lo subordina a la verdad nacional. Nada mexicano le era ajeno, y no lo ocultaba, sino lo esclarecía y lo aprovechaba para el bien.

El estudiante conoce en México a Juárez, ya triunfante. Está enclavado en el grupo liberal: ha gritado en las calles contra Maximiliano, ha hablado contra su gobierno en sus primeros discursos de la Escuela Nacional Preparatoria, ha gritado en sus corredores «Muera el Papa». En aquella fragua de la Reforma va madurando el poeta y el escritor que ya traía versos y cuentos de su península. Entra con ímpetu tropical y franqueza costeña a las luchas periodísticas de la transparente y reservada altiplanicie. Muerto Juárez, va derivando apasionadamente hacia la disidencia legalista de don José María Iglesias, que pone en tela de juicio la reelección de don Sebastián Lerdo de Tejada. En 1876 se incorpora a la blanca insurrección de Iglesias, de lema inefable: «Sobre la Constitución, nada; sobre la Constitución, nadie». La pugna de los civiles termina con el triunfo de los militares, también alzados contra Lerdo bajo el mando del General Porfirio Díaz. Iglesias y Sierra, levantados en nombre de la ley, pierden; don Porfirio, pronunciado independientemente del otro grupo, también en nombre de la ley pero con armas y caudillajes efectivos, gana. Va a quedarse en el poder hasta 1911; treinta y tres años, si incluimos, como lógicamente debe hacerse, el interregno de cuatro años de su amigo don Manuel González. Iglesias ilustres, lerdistas ilustres, imperialistas de ayer, todos irán subiendo al poderoso carro. Don Justo vuelve a su empleo de Secretario de la Suprema Corte de Justicia; a su cátedra de profesor de historia de la Escuela Nacional Preparatoria; al periodismo; y en 1880 entra a las Cámaras como Diputado. En 1894 es designado Ministro de la Corte; en 1901 Subsecretario de Instrucción Pública; en 1905, Ministro. Prevé la revolución, la anuncia al caudillo, aconseja su retiro, no se le oye: renuncia en marzo de 1911. Dos meses después cae la dictadura. En abril de 1912 sale de México como Embajador en España, designado

por el Presidente Madero, iniciador y jefe de la revolución. Muere en Madrid el 13 de septiembre, México con Madero reciben sus restos y los honran, y luego la revolución triunfante le da su nombre a la más tradicional calle universitaria, lee y edita sus obras, lo ve como el más preclaro maestro de su época. ¿Qué otro de los hispanoamericanos ilustres pudo imponerse en la vida y en la muerte a las pasiones de partido? ¿Qué otro de los consagrados como grandes sirvió a una dictadura, y no dejó de serlo? Es milagro realmente inquietante. Aquí se ve, más que en ningún otro ángulo, su condición de síntesis, de glosa, de remate de todo lo mexicano.

Y es que, dentro de la dictadura, siguió siendo fiel a sí mismo. «Defiéndame mi vida», puede él decir, como lo dijo su amigo Martí. En su *Manual de Historia Patria*, decía en 1904:

«Los pueblos más civilizados son aquellos en que:
1° Hay escuelas... 2° En que hay más ferrocarriles y telégrafos... Pero todo esto vale muy poco si en un pueblo no hay libertad, es decir, si los habitantes de una nación no tienen el derecho o facultad de hacer cuanto gusten, con tal de no impedir a los demás hacer lo mismo, y si no hay justicia, es decir, si el gobierno o autoridad no tiene cuidado de proteger esos derechos y esos deberes».

Su franqueza en cuanto a todos y a sí mismo, su confesión de insatisfecho sin culpa, su claridad de gran convencido de sus actos, lo lleva a decir en su *Juárez*, en 1906:

«Los mexicanos de más de cuarenta años, que hemos tenido que pasar por tantas horcas caudinas políticas, deberíamos abstenernos, por un sentimiento rudimentario de pudor, de inventar pecados políticos insensatos para lapidar con ellos a nuestros mayores...»

Cuando nosotros, los hombres de las transacciones políticas infinitas y no siempre confesables y nunca gloriosas, nos volvemos frecuentemente llenos de pedan-

tesca suficiencia contra nuestros antepasados...y pronunciamos sentencias de muerte y anatemas contra su obra... haríamos bien en meditar sobre el estado social en que estos hombres encontraron el país... De todo ello la posteridad no recogerá sino un poco de papel y un poco de tristeza, porque nos comparará y nos hallará pequeños al lado de los fundadores, de los iniciadores, de los batalladores, de los realizadores de la transformación social de México. Lo que nunca querrá decir que... prescindamos de examinar, de analizar, de depurar sus actos... Ni idólatras, ni iconoclastas. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria».

Y en su libro de notas de viaje sobre los Estados Unidos hace estas reflexiones sobre la libertad:

«Sentados luego en una banca de fierro del *Square* que bordea la *Batería* (habla de *Battery Bridge*) pegamos nuestro oído al salmo melancólico de nuestro espíritu: ¡oh, libertad, reina aquí sobre incommovible asiento; allá ideal muy puro, sí, puro ideall ¿Qué eres, por qué no nos conformamos con vivir sin tí, con ser dichosos sin tí? ¿Por qué te llamamos augusta, y santa, y tres veces santa, y más aún, te llamamos madre? ¿Madre de qué eres tú? Madre de violencias, de tumultos, de manos armadas, de multitudes ebrias, de sociedades histéricas, de pueblos que se bambolean y se desmoronan, eso eres en la historia! ¡Oh manía incurable de nuestro corazón! Pero si no esperásemos en tí no creeríamos en la vida moral, nos sabría a ceniza el placer más noble; se apagaría, como una llama en el fanal neumático, nuestra fé en el porvenir. ¿Te veremos los hombres de mi generación aunque sea sentada al borde de nuestra tumba? ¡Te hemos llamado tanto, te hemos amado tantol... Mi generación creyó entrever un día tu aurora política! ¿Fue una visión juvenil? No importa: moriremos gritando como el Berlichingen de Goethe: ¡aire celeste... libertad, libertad!

En la impenetrable tiniebla, rodeada de una corona de diamantes eléctricos, la antorcha de la estatua constelaba la noche».

Cargaba Don Justo la cruz de servir a la dictadura, ¡y qué bien la cargaba! Entendió la hora y conocía sus propias excelencias y sus personales limitaciones. Luchó por el bien angélicamente. Otro hombre puro—don Francisco I. Madero—iba a luchar por él arcangélicamente. Juntos van a nuestro cielo, hermanados de simbólica manera: en tierra de violencia. Los dos salvadores, cada uno a su manera y cada uno a su hora, son hombres de paz y de dulzura, y el país los sigue y los ama: es que la violencia es sólo penitencia y camino, y la armonía es remate y término, y el pueblo viejo y dolorido lo siente y, por los sentidos lo sabe.

Esto nos lleva a un dato de la vida de Don Justo, que es historia y no historieta: en 1880, como consecuencia de una polémica periodística, murió en duelo su hermano Santiago, que lo acompañó siempre, que siguió acompañándole—decía Don Justo—hasta después de muerto. Es la línea de sangre que divide sus tiempos de joven impetuoso a los de hombre melancólico, de periodista de combate a escritor hondo y reflexivo, de niño genial a hombre maduro... Sintió la fuerza del drama humano, enfermó físicamente, y del alma triturada salió el hombre de paz. Se le pinta luego como figura grave, y aun un poco doliente. Conservaba sus grandes trazos de orador, pero con la curva suavizada por un humorismo melancólico. La tragedia íntima, tan universal y tan mexicana, le hizo vivir su milenio. Ya no habría en él odio ni injuria, ni hinchazón ni sensiblería. El dolor del hermano muerto en la áspera lucha le añadió la indispensable base para su honda armonía humana. Fue ya de una pieza.

Su obra mayor—de historiador, de pensador, de padre de las letras—nos deja ver otros contrastes fundidos en esa condición de armonía que Alfonso Reyes ha precisado mejor que nadie: «lo hercúleo y lo alado, como los toros de Korsabad».

Siempre he tenido la preocupación de destacar en los hispanoamericanos, para despejar su incógnita, lo que piensan de

España y su conquista, del indio y su derrota, del negro y su esclavitud; qué de Francia; qué de los Estados Unidos... Podrán faltar declaraciones filosóficas y políticas, podrán evitar declaraciones sobre el bien y el mal, sobre Dios y el diablo, sobre la tiranía y la libertad; pero el tema concreto no, y en él está su calibre moral e intelectual, en gama ilimitada y definidora. A menudo caen nuestros hombres en la diatriba negra o en la lisonja color de rosa, en el odio injustificado, en la ingenuidad o en el candor. En esto Don Justo es más armónico que nadie: la armonía mexicana—trasiego rápido de años vividos como siglos—tiene en él su mejor representante, y en ella se apoya la de todos los hijos de su generación, y la de todos sus nietos. A veces lo sabemos, a veces no. Pero todos los mexicanos lo llevamos en el aliento, lo respiramos.

¿Qué dice de los conquistadores españoles? Al azar, dejando muchos de lado, escojo este trozo de su *Evolución*:

«La cantidad de energía depositada en el fondo del carácter español por varios siglos de trabajo y aventura, no podía transmutarse en trabajo agrícola e industrial, en labores de lucro modesto; el esfuerzo así empleado dejaba un enorme sobrante sin aplicación, perdía el encanto de lo inesperado, el riesgo sorteado con ayuda de Dios y de la espada, el premio sorprendente al vencedor en la lucha. Aquellos hombres de presa, de codicia ilimitada pero heroica, que habían vivido en una epopeya continuada, que se habían connaturalizado con la fe de un milagro incesante en la España del día siguiente de Granada... recibieron como el galardón providencial a sus empeños por la Cruz como el supremo milagro que marcaba el derrotero de los destinos prodigiosos de España, abriendo un campo en donde todo podría saciarse: la sed de lucro, la pasión de la aventura, los anhelos infinitos de desconocido y sorpresa, que daban contornos gigantescos a sus perennes sueños. El tipo español del siglo XVI, que el análisis de Cervantes descompuso en dos elementos, Don Quijote y Sancho, se recomponía en la mejor parte de esos aventureros pro-

caces y sublimes: al choque de las circunstancias, uno de aquellos hombres podía ser un corsario o el fundador de un reino...»

¿Y qué dice Don Justo de los indios?:

«Era aquel un soberbio apogeo: los que lo han negado, contra el testimonio de los monumentos y de los conquistadores mismos, es porque comparan esa tradición con el estado actual de la comunidad aborígen y se empeñan en representarse a Tenochtitlán como un hacinamiento de jacales en derredor de un núcleo de casas de adobe, al pie de una pirámide de tierra, enrojecida de sangre a la continua. Algo de esto había, pero indudablemente hubo mucho más: piénsese que de aquellos jacales salían los grupos de mercaderes que prepararon el vasallaje de la altiplanicie y de las costas: de aquellas casas, el grupo de caudillos que llevó las enseñas victoriosas a los meshicas hasta Guatemala, y que en la cima del teocali ensangrentado brillaba, bajo su barniz rojo, la Piedra del Sol. Fue un soberbio apogeo...

¿Y cómo sintetiza el choque, el triunfo y la caída, el injerto que somos?:

«Tenochtitlán iba siendo arrasada a medida que era ocupada; flacos de enfermedad, de hambre y de cansancio, aquellos hombres no querían más que morir; en los últimos combates apenas tenían fuerzas para manejar el macahuítl, la espada nacional, y embrazar sus rodela; los innumerables canales y acequias de la ciudad eran colmados de cadáveres y escombros; por encima de ellos, de los teocalis y los tecpans desmoronados, saltando sobre las piedras esculpidas y los ídolos rotos, avanzaban los sitiadores, que eran millares y millares; el tufo de la sangre y de la muerte había traído de las tierras chichimecas y de los confines de Shalishco a las hordas feroces, que venían a presenciar la agonía asombrosa del águila. Los dioses habían calla-

do y habían muerto; seguros de ser vencidos, aquellos hombres, aquellas mujeres, que llegaron a devorar a sus hijos antes de verlos esclavos, lucharon hasta el último latido del corazón, sin esperanza. ¡Pobres tenochcas! Si la historia se ha parado a contemplarlos admirada ¿qué menos podemos hacer nosotros, los hijos de la tierra que santificásteis con vuestro dolor y vuestro civismo? El merecía que la patria porque moriais resucitase; las manos mismas de vuestros vencedores la prepararon; de vuestra sangre y la suya, ambas heroicas, renació la nación que ha adoptado orgullosa vuestro nombre de tribu errante y que, en la enseña de su libertad eterna ha grabado con profunda piedad filial el águila de vuestros o.áculos primitivos....

Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia: a él debemos toda nuestra alma.

«Prodigioso aventurero» llama a Cortés, no sin reconocerle que apenas dominó en la guerra empezó a tener «una personalidad nueva casi: la de protector paternal de los vencidos»; pero no sin condenar que haya consentido en el tormento de Cuahitémoc, ni sin señalar—siguiendo a Bernal Díaz—que desde que ordenó su ahorcamiento nada le salió bien: «la horca de Cuahitémoc—dice—proyecta su sombra negra sobre la tarde de aquella vida de triunfos y pesares».

Y sobre Cuahitémoc dice:

Lo inutilizó (el tormento) para siempre, como soldado, pero... puso bajo sus plantas carbonizadas un pedestal cien codos más alto que su gloria guerrera sumada con la gloria de su vencedor: el martirio hizo del héroe imperial un héroe humano.

Igual equilibrio creador muestra Don Justo cuando habla de la Iglesia; «El amor fué soberanamente cruel cuando fué el conquistador y se llamó Nuño de Guzmán, pero fué un redentor cuando fué el obispo misionero y se llamó Vasco de Quiroga». A todos los protectores del indio les rinde culto, pero cuidándose de no confundir todos los sectores ni todos los tiempos eclesiásticos.

El indio fué hijo suyo (de los misioneros) desde aquel instante... Para salvar a los indios era preciso mostrar que podían ser cristianos, era preciso que lo fueran. ¿Lo fueron? Lo fueron para los conquistadores, y esto hizo temblar la mano de fierro, siempre pronto al castigo, y la debilitó.

No, el cristianismo predicado al indio fué de bulto, como debía ser... a Dios miedo tremendo, a María todo el amor... Así llegaron las órdenes religiosas a ejercer la paternidad de toda la familia conquistada. Salvar la familia vencida, amenazada de exterminación, suprimir los ritos sanguinarios, encender en las almas de los siervos la esperanza, es la obra de los grandes misioneros de la Nueva España...

Pero en su manera antifonal, nunca en absurdo empeño de buscar un centrismo condescendiente y desfigurador, sino atinando en el corazón de la verdad, dice:

Entonces comenzó el sueño moral de la gran familia indígena. En donde estaba, al pie del altar, allí quedó, y en nuestros días allí yace todavía en grandes grupos, en el mismo estado, con las mismas costumbres y las mismas supersticiones... La Iglesia mexicana tuvo la tutela de la familia indígena, condenada a eterna minoría...

Y a cada paso afirma la capacidad intelectual y espíritu de avance del indio—patente en nuestros guías políticos, en nuestros escritores, en quienes fueron maestros y discípulos de Don Justo—, y ataca la negación en que se acomodan los negadores del bien: «Siempre el indio—dice—en cuanto tuvo conciencia

de sí, quiso ascender a un estado mejor: somos los hombres derivados de la familia conquistadora quienes hemos sido indiferentes a su estado de ánimo».

Y en la condenación de la participación de la Iglesia en nuestras luchas políticas nunca dejó de ser tajante, aunque desde el año crucial de 1880 el dicitario se haya ausentado de su vocabulario, y aunque nunca haya ocultado su añoranza religiosa de hombre doliente: «Nunca jamás—dice en su *Juárez*—podrá ser (permitido) para el sacerdote de Cristo predicar la guerra, y menos la guerra civil; jamás las Cruzadas se compadecerán con el Evangelio; tendrán sus explicaciones y justificaciones humanas... Pero la Iglesia es divina: tiene que ser sobrehumana».

Su criterio sobre los Estados Unidos es también el resultado armónico de un viejo conflicto nacional y personal. Basta con una cita para recoger su actitud:

Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abrumba, y me impacienta, y me irrita a veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborzados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante que, en otro tiempo, fué el ogro de nuestra historia, como los niños a los hércules de circo. Pertenezco a un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, con mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más, para ver mejor.

Filosóficamente—ya se sabe—el positivista que Sierra fué, deja caminos abiertos para el espiritualismo inmediato: ¿es imprecisión, es blandura? No por comprender cedió, ni menos traicionó, ni mucho menos medró, que es lo que importa.

Y literariamente: el romántico de los cuentos y de los versos de la juventud, a pesar de que se quedó en ellos, fué el protector de las revistas de la nueva poesía, el animador de Gutiérrez Nájera, el comentarista sagaz y entusiasta de Rubén Darío. Sus dos más famosos prólogos—al mexicano precursor, al nicara-güense director del modernismo—dicen sobre el movimiento mucho más de cuanto se dijo entonces. Y su prosa es sobre todo pujante y luminosa, y aunque nos salta a la vista su descuido no hallamos modo de enmendarla porque responde a un profundo mundo interior: no es un estilista exterior, es un estilista desde dentro, desde sus adentros gigantes, ciclópeos.

Las comparaciones son odiosas; pero ¿quién puede evitarlas? Evitemos las puramente mexicanas, en gracia al auditorio continental. Están saltando por todas partes... No ha de buscarse en Don Justo la contumaz energía batalladora de Sarmiento; ni la marcha deslumbradora de Martí hacia el sacrificio sangriento; ni la agresividad demoledora de González Prada; ni la vida estremecedora, ni la consagración ideológica banderiza, ni la encrepada maldición de otros hispanoamericanos. Es otra cosa, es diferente a todos, es Don Justo. Quizá a quien más se parezca sea a José Enrique Rodó, aunque no se aisló tanto en su consagración literaria, y a Enrique José Varona. Don Justo es el vasto recogedor, entendedor y explicador de las numerosas corrientes contradictorias y bravas de un pueblo viejo y complejo; el sereno organizador y armonizador de sus herencias; el amoroso fundador de una Universidad y de mil escuelas que han proliferado; el padre de una nueva generación literaria y el anunciador de una nueva generación política; el entronque de pasado y presente, de presente y porvenir; la síntesis de los mejores símbolos de ayer, y —quizá—la piedra angular de los de hoy y de los de mañana... Tiene en México iguales, hubo quienes lo superan en estos y otros aspectos... Pero nadie es tan ancho, tan amplio, tan robusto, tan abarcador como él. Pudiéramos decir que es una personalidad redonda y pulida: no hay en él ninguna mutilación.

«Se durmió en su bridón»—ha dicho uno de sus mejores discípulos, Alfonso Reyes. Dormido vive, para armonizar a todos en sus mejores sueños—en la conciencia y en la subconciencia mexicana.

EL TEATRO ARGENTINO Y SU VALOR CULTURAL AMERICANO

Por Darío Cossier

Los que viajamos; los que conocemos a América, por haber convivido en los diversos paisajes con los hombres que pueblan esos paisajes; los que tuvimos curiosidad por descubrir algo más que las cosas pintorescas, que figuran en las guías turísticas; los que nos hemos acercado con el corazón ancho y abierto para recoger palpitaciones de pueblo; los que hemos dejado en el camino algo de nuestra inquietud, para recoger en cambio inquietud de pueblos, vibraciones de pueblos, comprendemos entonces, cuán parecidos somos, cuán hermanos somos, cuánto se asemejan los sueños y esperanzas de los hombres de América, desde Tierra del Fuego al Río Bravo.



Cuán parecida es la fisonomía espiritual e idiosincrática! Grandes distancias nos separan, es verdad; distancias geográficas. Pero, en la raíz telúrica, en el contenido medular, racial, más abajo del ropaje circunstancial y veleidoso de la grandeza material o económica, más abajo de los atributos de valor perecedero, el hombre de América, es el mismo, así use cáites o alpargatas, viva en el llano o en las altas cumbres. El problema fundamental y las esperanzas del hombre de América india, es, con muy ligeras variantes, el mismo. Cada vez que nos acercamos al hombre que trabaja la tierra madre, la Pachamama, comprendemos de manera más cierta, cómo estamos atados a un mismo destino. Y es esa comprobación la que ensancha nuestro panorama de apreciación, como si de pronto se nos abriera el alma, y un aliento de cosa inmensa, telúrica, nos sacudiera violentamente las entrañas. Al comprobar eso, sentimos que nos invade una enorme emoción y una inmensa bondad. Entonces, nos sentimos más argentinos, con inmensa ternura por América. Es entonces, cuando esa luz de radiante verdad se ha filtrado en nuestra sangre como una gran clarinada reveladora, que miramos con fuerza de abrazo al hombre de América, hermano nuestro, aferrado al mismo destino.

Ese sentimiento, esa palpitante angustia, se ha hecho carne y convicción en los escritores dramáticos argentinos. Ese ancho mirador espiritual, que es el panorama y el hombre de América, ha sacudido la sensibilidad del creador intelectual y de los artistas argentinos, provocando pavorosa ansiedad por todo lo que se refiere a temas, caracteres, fisonomías de repercusión continental. Siempre, desde época inmemorial, los escritores y artistas argentinos han vuelto sus ojos deslumbrados, hacia el amplio panorama de América. Ello no les vedó observar también el panorama universal y enriquecerse con el aporte de voces sonoras, de armonías del mundo. No olvidemos que a las fraternas playas de mi patria arribaron y arriban a diario navíos que nos traen el mensaje vivo y bullicioso de inmigrantes de todas las latitudes del planeta. Esa fuerza viva, de intenso colorido, cuajada de ansiedades, abrirá el surco fecundo de nuestras pampas, donde mañana germinarán los mares dorados de los trigales, trayéndonos a la vez el rico matiz de sus culturas y civilizaciones. Ese inmenso

trozo de universo, de inquietud de universo, dejará entre la tierra arada, fecunda y pródiga, su sudor y sus lágrimas, sus cantares de esperanzas y sus sueños de buscadores de felicidad. Esas culturas milenarias, traídas a nuestras playas por ese inquietante trozo de mundo, se aglutinarán y refundirán, con la cultura gaucha, del hijo de la tierra. Juntos, acrisolados, edificarán el monumento de una nueva cultura de fisonomía americana auténtica. Cultura de una nueva gran raza, americana, esperanza del mundo. No es de asombrarse, entonces, que los creadores de la belleza, escritores y artistas argentinos, sientan y expresen sus ansiedades de creadores, con un gran sentido universalista, pero más aún, con hondo sentido profético de americanos.

Quizás, donde más se acentúe esa modalidad universal, y especialmente americana, es en los forjadores gloriosos del teatro argentino. En el teatro argentino,—donde si bien es cierto hay una marcada tendencia a la producción aguafuertista local, de sabor típico y lugareño, la comedia y el tan típico sainete de sabroso colorido suburbano—no falta quien nutra, y seguirán nutriendo, grandes temas de auténtico valor argentino, y por ende de honda repercusión americana. De hecho, se sobreentiende, de gran valor cultural continental.

Expondré de inmediato, algunos temas realizados por un grupo de dramaturgos geniales argentinos, que afirman de manera terminante cómo latió y late en ellos, imperativo e impostergable, el problema del hombre de América.

Don Gregorio de Laferrere

Considerado ya clásico del teatro argentino. Magnífico escritor y estilista hizo su aparición en la dramática argentina, en 1906, hora la más fecunda de revelaciones escénicas en el Río de la Plata. La inmortal figura bohemia de Florencio Sánchez, empezaba a describir la magnífica parábola de su brillante y oceánica proyección. La crítica, los comediantes y el público, tenían su atención fijamente orientada hacia la extraordinaria figura del gi-

gante Florencio, que en ese momento cumplía por acción de presencia, la etapa más brillante, inmortal e histórica, del teatro americano.

Fué en ese momento difícil para cualquier autor, ambicioso, cuando advino Laferrere. Trae su modalidad, aporta un nuevo sentido, establece una nueva técnica. Florencio es el genio rugiente, doloroso, trágico, con desesperación helénica. Laferrere es la gracia zumbona, la sonrisa burlona, el gesto mefistofélico, diabólico, el humor hecho estilete que al introducirse en las calientes carnes del paciente hacen estremecer de dolor, pero de un dolor casi agradable, complaciente, un suave dolor... pero, nada más. Es un dolor casi sensual y placentero; intenta extirpar el tumor, la fistula. Hay un pequeño grito que no es desgarrador; más, una frase oportuna del cirujano, una pirueta espiritual y graciosa, desgrana el naciente grito doloroso en estruendo de carcajada. En realidad, Laferrere se complace diabólicamente en señalar el mal que padece el gran paciente, que es la sociedad. En el momento de extirpar, extrae el bisturí sangrante para decirle a los familiares del paciente: Perdonen, yo no extirparé; me contento con hurgar la llaga. Y se ríe de su propia travesura. Eso mismo hará, años más tarde, el gran Siciliano Luigi Pirandello, de quien Gregorio de Laferrere es precursor.

En el teatro de Laferrere, el gran paciente es el pueblo, y más que el pueblo una parte pintoresca de ese pueblo: la clase media, con todos sus problemas de desequilibrio económico, de falsas posturas, de apariencias que hay que cubrir cueste lo que costare. Y es en la clase media criolla de Latino América donde más similares son los rasgos, desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes. Más similares los rasgos fisonómicos y también la catadura moral. Cuando un pueblo hace de la gracia y el humor el arma de su crítica social, no tengáis dudas: ese pueblo muestra una elegancia espiritual que es sinónimo de alta civilización. Con Laferrere se inaugura la era del teatro americano en que las pasiones humanas se juegan un poco en solfa, y en la cual lo tremebundo se deriva, sin perder grandeza y seriedad, hacia la coquetería sedosa de los pianísimos llenos de sal y humor. Hay hasta un poco de cruel ensañamiento para con el material,

para el insustituible de sus criaturas humanas: la clase media. Su laboratorio es la vida misma, El recoge arcilla, barro humano, pasiones a manos llenas; y las recoge en la calle, en la vida bullente, en cada esquina de su ciudad. Imagino el terror y el espanto de ciertos salones familiares, de ciertas matronas, de ciertas niñas, de ciertos tipos ciudadanas, ante la presencia nada oportuna del ojo escudriñador de Laferrere. Muchos de esos elementos humanos serían luego trasplantados al escenario, embellecidos por el genio humorístico y profundamente humano del gran comediógrafo.

Hace muy poco tiempo, unos meses, el pueblo salvadoreño asistió asombrado al estreno de una de las más bellas comedias de Laferrere: «Las de Barranco». La hermosa obra no sufrió adaptación a la modalidad y a las voces regionales de los salvadoreños. Se estrenó, tal cual la había concebido su autor, hacia más de cuarenta años. Recuerdo muy bien el hecho. Vosotros también lo recordáis seguramente. El público y la crítica salvadoreña gozaron infinitamente de esa factura, dinámica, brillante, humana, graciosamente humana y dolorosamente humorística. ¡Y he ahí el milagro! Todo el mundo identificó a personajes de la vida salvadoreña. Criaturas humanas que se deslizaban por las calles y por la vida pujante de la metrópoli salvadoreña, luciendo un perfil psicológico y moral idéntico a los de la creación laferreriana. Milagro de identificación, que sólo puede darse en nuestro continente, cada vez que ahondamos en la raíz misma del hombre americano. La crítica social porteña tenía alcances americanistas y venían después de cuarenta años a señalar, a miles de kilómetros de distancia, las mismas fistulas y a provocar idénticas reflexiones filosóficas. Milagros de un gran comediógrafo que produjo material eterno, fuera de todos los tiempos, más allá de todas las distancias.

Esa Doña María, viuda del capitán Barranco, con tres hijas casaderas, que vive de modestísima pensión que le pasa el Estado, hace todos los equilibrios imaginables para sostener un tren de vida y una figuración social. La sombra augusta del finado capitán, sus medallas y su gloria, sirven de escudo.

¡Toda la mentira de la falsa posición social, los convencio-

nalismos y los prejuicios, se han de desmoronar al contacto de la verdad que llega conjuntamente con el amor. No, señora—dice un personaje que habla con las verdades morales del autor, portador de un mensaje—; no se engañe usted misma. Ya su imperio se acabó. La verdad tiene fea cara para los que no la conocen... pero, mírela de frente, y verá cuán bella es. Al contacto de la verdad y del amor, todos los mitos y prejuicios caen hechos añicos, y como en los cuentos de hada buena, sobre las ruinas de la mentira, la moraleja del autor genial erige un bello palacio, reino de la verdad y del amor. La lección es tremenda. Hay un final trágico, que el gran equilibrio del genio de Laferrere define sin palabras y con juegos simples de simbolismos. Un cuadro que cae, un rayo de luz que penetra como un ladrón bueno, radiante de verdad, como diciendo... «Por aquí está el camino»... Y un telón que cae lentamente, envolviendo la angustia de un drama intenso, resuelto con risas reflexivas y filosóficas, risas que son la tangente por donde escapa una honda emoción. Liberación del alma acongojada:

El talentoso escritor y crítico salvadoreño, agudo observador, periodista de garra, fino y sutil, mi amigo Quino Caso, en una bella nota del Diario Latino, traduciendo su regocijo sin reatear, decía entre otras cosas: «Las de Barranco» es tan salvadoreña en su fisonomía moral, que todos recordamos haber vivido cuando estudiantes en la casa de doña María de Barranco, hogar que es un poco la casa del jabonero... El que no cae, resbala»... El juicio de la buena crítica salvadoreña, con motivo del estreno de «Las de Barranco», es en cierto modo similar a los juicios de todo el periodismo serie de América Latina: En la Habana, en México, en Lima, en Quito, se mueven los personajes del teatro de Laferrere dentro de un clima familiar y se identifican en una misma angustia con hombres y mujeres de la clase media continental. Las moralejas de Laferrere, surten efecto constructivo en cualquier latitud del amplio escenario de América India.

Todo el teatro de Laferrere, «Locos de verano» y «Jeta-tore», dos extraordinarias joyas de arquitectura escénica magistral, aportan temas de enorme valor crítico latinoamericano. En

ellas, vemos a criaturas escénicas que encontramos en cualquierá de nuestros pueblos hermanos. Iguales, idénticos, con su misma grandeza y su misma misérrima pequeñez de desesperados buscadores de un poco de felicidad. Algún día, cuando se escriba la historia brillante del movimiento escénico argentino, habrá de ubicarse a Gregorio de Laferrere entre los primeros comediógrafos del continente, si no el primero absoluto. Florencio Sánchez es el genio helénico, schakespeareano; Laferrere es el gran equivalente argentino y americano del gran Moliere.

Florencio Sánchez—uruguayo de nacimiento. Argentino en su gran formación intelectual y artística. Tan argentino, que toda su gloriosa trayectoria, la epopeya magistral que fue su historia la vivió al calor de las multicolores luces de la calle Corrientes y al calor del apretado abrazo del corazón de los argentinos. No hubiera existido para la vida artística Florencio Sánchez, sin la presencia escénica del genial trágico que le dió vida suntuosa y aliento inmortal a sus personajes: Pablo Podestá, el más grande de los intérpretes argentinos de todos los tiempos. Un gran intérprete hace inmortal a un autor. Y, si se unen en feliz comunión, un gran intérprete y un genial autor, se crea una página de oro, gloriosa, fecunda y eterna, en la historia escénica de un país. La presencia de Pablo Podestá, despertó en el humilde cronista policial que era Florencio Sánchez, su vocación dramática, dormida en el fondo de su conciencia. Toda la inmensa producción de este gran dramaturgo, hoy considerado como valor universal, traducido y representado en muchos idiomas, tiene para los latinoamericanos, valor de cosa propia. Cualquiera de sus obras, pero, por sobre todas una, «Barranca Abajo», se introduce plena, como en casa propia, en la sensibilidad y la emoción del hombre de América. «Barranca Abajo» es el drama tan común en Latino América, del hombre despojado de su tierra. Hombre de surco y arado.

Carne de injusticia. Pasto de infamia de los poderosos con los humildes. Alegato clamante, rugiente de justicia social. El Viejo Zoilo, es prototipo de labriego argentino, gaucho, pero es tan americana su fisonomía y su drama, que le vemos pasar por nuestro lado, en cualquier calle, de cualquier ciudad de Indo

América. Mas aún, en cualquier juzgado de América Latina encontraremos un juicio por despojo, problema esencial que se agita con grandeza trágica en el alma del viejo Zoilo de «Barranca Abajo». Sánchez no es socialista, no es comunista, no es anarquista. El no pertenece a ningún partido. Su ancha contextura moral no tiene cabida en los estrechos marcos de un dogma, de una clasificación social o política. El es la voz poderosa de la justicia social: un poco Cristo, un poco Marx, un poco Tolstoy. El capta, capta de la vida misma. Es periodista, repórter de noticias policiales. Su visita constante a la Morgue y a los hospitales, le ponen en contacto directo con el dolor del mundo, con las miserias humanas. «El ejercicio del periodismo, es aperiodismo, es aproximación de panoramas. También es aproximación de panoramas su honda fé en una justicia social». Cuando él asoma en la dramática, ya el periodismo y su fé social lo han adiestrado en la captación honda y ágil de problemas humanos. Pero los años de su niñez y juventud primera, vividos en las campiñas uruguayas junto a sus campesinos, acentúan su fuerza de militancia social fervorosa, en los problemas rurales americanos, que él observó y comprendió en toda su grandeza trágica. Quizás por esto mismo sus personajes campesinos, como el de «Barranca Abajo» y «La gringa», tienen una fuerza realista tan conmovedora. Florencio surge a la dramática en la hora plena del realismo literario de final y principio de siglo, que tiene a Emilio Zolá como pontífice mayor.

Esa corriente estética tiene su fijación teatral en Octavio Mirbou, con «Los malos pastores». En la novela argentina Roberto Payró es el gran maestro de esa corriente estética y Florencio Sánchez es la gran réplica realista de Payró, en el teatro. «La premisa es dar a la gran voz dramática la fotografía rigurosa de vidas y problemas de la hora». Y a fé que el genio rioplataense lo da en una magnitud y con un vigor nunca visto hasta entonces.

Biográficamente, Sánchez es la fisonomía bohemia de Murgues en Buenos Aires. Se han tejido muchas anécdotas sobre la vida y lucha de Sánchez. De todas hay una que más lo define. La fiebre con qué producía. Florencio empezó a producir para el

teatro cuando ya su organismo estaba herido de muerte. Florencio lo sabía y esa angustia atenazó su alma, en un ardiente afiebrado deseo de producir pronto, con prisa inaplazable, volcándose casi desesperadamente en una competición con el tiempo y la muerte, que ya le hacían la fúnebre ronda. «M'ijo el doctor» su primera entrega al teatro, la produjo en tres días. Y la produjo escribiendo hasta en las servilletas de papel, mientras tomaba café en aquella peña memorable que tuvo de sumo sacerdote al genio quemante del gran Rubén Darío: El café de «Los inmortales».

Entonces no existía Argentores, y la producción intelectual no tenía los aranceles que señalan hoy los derechos, en todo el mundo civilizado, para la producción intelectual. Sánchez, y con él aquella generación aguerrida, fecunda y genial, que hizo la grandeza del teatro rioplatense, mal vendrían sus trabajos literarios por pequeño puñado de monedas. Florencio Sánchez vivió su gloria en un marco de pobreza franciscana, pobreza proletaria. Cada una de sus magistrales obras han dado a las taquillas de todo el mundo centenares de miles de pesos. Hoy sus herederos, gracias a la consagración de los derechos de la propiedad artística e intelectual universal, gozan de cuantiosas rentas, que nunca pudo soñar para sí el genial bohemio.

«Mijo el doctor», «Barranca Abajo», «La gringa», «Los muertos», «Los derechos de la salud», «En familia», cada una de las inolvidables obras de Sánchez, contemplan, conjuntamente con el gran panorama y los problemas argentinos, los problemas y el panorama de América Latina y del mundo.

Hace dos años, en México, la crónica roja recordó un hecho de sangre, perdido en el maremagnum de noticias y gacetas, referente a un caso cuya similitud era desconcertantemente idéntica, en el fondo y en la forma, a «Barranca Abajo». Recuerdo bien el hecho. Lo comentamos animadamente con una gran escritora uruguaya que se hallaba de paso en México dando algunas conferencias sobre el teatro de Florencio Sánchez. Era el mismo viejo Zoilo de «Barranca Abajo», con su mismo tremendo problema de despojado. El hecho viene a confirmar hasta dónde

Florencio fue un gran profeta, con robusta voz americana. El observaba el panorama continental y su mensaje era, es y será, mensaje del hombre del zurco, de América india. El era periodista, repórter policial. El hecho policial intrascendente para otro cronista, tenía para él, que llevaba un mundo inquieto y agitado en su corazón, una importancia fundamental. De un hecho de sangre simple, donde el protagonista es alcohólico, alumbraba su genio creador «Los muertos» un formidable alegato anti-alcohólico. «Todo borracho, es un muerto que camina».

Del suicidio de un campesino viejo, despojado de sus tierras, brota el material, eterno y trágico, de hondo contenido americano, que es para mí su obra cumbre: «Barranca Abajo». Ese final de «Barranca Abajo» en que el viejo Zoilo resuelve quitarse la vida, y silbando tristemente, dolorosamente, pretende pasar el lazo por una viga del alero de su viejo rancho, en el que caprichosamente un hornero ha construido su nido, nido que retarda la determinación del protagonista y le hace decir filosóficamente, con una inmensamente triste sonrisa; «Las cosas de Dios, se deshace más fácilmente la vida de un hombre, que el nido de un pájaro». Ese final, tiene vibración de teatro griego...

De este dramaturgo, tan argentino, tan americano y tan universal, puede decirse con el poeta aquella frase: Al contacto de sus dedos nacían las rosas», Al contacto de su genio, nacía la obra maestra del arte dramático. Su fuerza se proyecta a través del tiempo y las distancias y adquiere más vigor de inmortalidad al correr de los años. América tiene dos gigantes en su literatura dramática: Sánchez en Argentina y O'Neill en los Estados Unidos. Al calor del genio de Florencio Sánchez, se forjó la más bella página de oro del teatro argentino y americano. Indo Americano.

Bernardo Canal Feijó

Este notable escritor argentino, cuentista y estilista, historiador y abogado, es el autor de una de las más celebradas

obras, escritas y estrenadas en estos últimos años en el teatro argentino. «Pasión y muerte de Silverio Leguizamón». Esta sola obra basta para ubicar al gran escritor de Santiago del Estero, entre los grandes dramaturgos de proyección americana.

Pasarán, seguramente, varios años, antes de que las gentes cultas de El Salvador tengan oportunidad de apreciar escénicamente la magnitud de esta obra, tan ligada al destino de libertad americana, indo americana.

Por eso es para mí particularmente grato poder hacer hoy la presentación de una gran personalidad, cual es la de Canal Feijó, relatando el tema de honda vibración americana que plantea en su formidable «Pasión y muerte de Silverio Leguizamón».

Silverio Leguizamón es la descendencia de un capitán de la conquista. Es el descendiente bastardo. Es hijo de las pampas que no sabe de blasones, de pergaminos, ni de títulos de propiedad. Sus antepasados, por varias generaciones, poblaron la antigua encomienda llamada «Aguada de Moncaba». De la selva y el desierto, que era la antigua encomienda, ha brotado por obra del trabajo fecundo, del esfuerzo y la fatiga de sus antepasados y de él mismo, una próspera y rica hacienda. Junto al casco de la Aguada, y al calor de la mansa mirada paterna de Silverio Leguizamón, se ha ido agrupando una pequeña población de indios y mestizos. Hay más de un viejo gaucho, que recuerda sus correrías de niño, junto al padre de Silverio, niño también. Hay entre Silverio Leguizamón, señor de la Aguada de Moncaba, y los pobladores de la encomienda, un antiguo afecto que borra toda diferencia social. Hay junto al ombú familiar, en el patio de la estancia, una patriarcal calma beatífica, de horas de siesta provinciana. De pronto, un día llega a la hacienda una brillante comitiva.

Una galera de lujo, precedida por una numerosa guardia de jinetes armados. Silverio y los suyos se miran asombrados. Y, como quien entra en casa propia, insolentes hacen irrupción bajo el alero del rancho, el Regidor, autoridad del rey y un elegantísimo señorito español, con voz engolada de alguacil lee un

pliego real, una orden real. El señorito es conde de Leguizamón, descendiente directo del antepasado de Silverio, capitán de la conquista. El rey le concede en regalía las posesiones de sus antepasados en Indias. Ahí están los títulos. Ahí están los pergaminos, ahí están los blasones... y en definitiva, ahí están las guardias armadas para hacer cumplir la real orden. Silverio y los suyos no salen de su asombro. Balbucea, Balbucea respetuoso de la ley. Mas en vano. Sus razones no son atendidas. Entonces Silverio se yergue, razona vigorosamente, se enciende en ira, ira santa inspirada en justicia. Y, junto a él, mudos de asombro e indignación, los pobladores de la Aguada de Moncaba».

El condesito y Silverio son primos; pero aquel desconoce desdeñosamente al bastardo... Silverio habla, se defiende con sus razones honradas, que eran en definitiva las grandes razones de la emancipación. ¡Cuán bello es el diálogo de esta escena culminante! ¡Qué valor de mensaje emancipador tiene para todos los americanos. La voz de Silverio Leguizamón expresa por sí la voz de todos los criollos de América. Es una gran resonante voz continental. Estalla como un trueno. Surca todos los espacios, recorre como un relámpago todas las extensiones de la pampa, se empina airosa y trémula sobre las encrespadas olas del mar... y, con más vigor de mensaje libertario, se trepa por las gigantescas cordilleras de los Andes y gana todas las latitudes del continente, como un gran himno de victoria. ¡Su voz tiene vibraciones de broncas campanas echadas a rebato, anunciando la hora vecina de la libertad! Y cuando todas las razones son insuficientes, la daga criolla se cruza, en duelo caballeresco con la espada toledana y el fuego purificador, inaugura la era de la rebelión. Silverio huye, galopa por todos los caminos de la pampa. Su figura se va agrandando; y la leyenda hace de este acto de justicia criolla, material casi épico. Silverio Leguizamón es ahora un gaucho alzado, héroe de leyenda. Todos los fogones gauchos refieren hechos y actos de valentía, en los cuales siempre Silverio es el brazo de la justicia, del derecho. Silverio se esfuma, jinete en veloz caballo, tan lírico como lírica y novelesca es la imaginación gaucha, que refiere hazañas en que participan por igual el héroe y

su cabalgadura. Ya Silverio es personaje legendario, héroe, voz de la raza que reclama libertad y justicia.

Canal Feijó, hace desarrollar la acción de su drama, al promediar el primer decenio de 1800. Pocos años más tarde los criollos mostrarán al mundo su capacidad de ser libres, en la epopeya de las invasiones inglesas. Y poco después esa epopeya culminará en la gloriosa revolución del 25 de mayo de 1810. Están los Silverios Leguizamones en la epopeya de la defensa de Buenos Aires, cuando las invasiones inglesas; y están junto al cabildo abierto, sosteniendo con su brazo y coraje el advenimiento de la libertad, en la lluviosa mañana del 25 de mayo. Silverio es símbolo de libertad. Donde se realiza una batalla por la libertad criolla, allí estará Silverio Leguizamón. Él forma en las legiones de granaderos a caballo, junto al gran Capitán de los Andes y junto al ínclito vencedor del Aconcagua, lleva su afán redentor, borracho de libertad, a los pueblos hermanos de Chile y Perú.

Silverio Leguizamón es, amigos míos, teatro argentino, con profunda raíz americana. Canal Feijó es por obra de su grandeza de autor auténtico argentino, un fiel exponente, representativo de América, de cuyo destino glorioso es profeta. Así, cumple el teatro argentino su gran misión de cultura, en el amplio panorama familiar de América hermana.

TOMA ESTA LLAVE

**La poesía es el lenguaje de un
estado de crisis.**

MALLARMÉ

(PARÉNTESIS
DE ANGUSTIA)

Poema

I

*Sueños como pañuelos en adioses.
El corazón difunde sus sístoles y diástoles
en ondas de suspiros
y desfleca en amor sus soledades.*

*En la desolación de los caminos
sucesión de las luces que se apagan,
voces ausentes que silencia el tiempo
y bajamar en el turbión de lágrimas.*

*Entraña adentro, en el rincón más íntimo,
en tamizada luz de terciopelo,
erigida en altar la ausencia amada
y la llama votiva hecha silencios.*

II

Tú, allá.

Yo, aquí.

*Entreteje
la ausencia sus distancias.*

Yo, aquí; tú allá...

*aroma tu presencia
sutil mi soledad.*

*Tú allá, yo aquí; pero ambos
unidos por el beso
que aun no nos hemos dado
y ya es eternidad.*

III

*Oro y gloria de sol en los vitrales.
Algarabía loca de campanas.
Estrenaron los campos brisas nuevas
en el amanecer de la esperanza.*

*El corazón salía campo afuera,
saltando como niño de diez años;
los mensajes del viento se mezclaban
con el júbilo inquieto de los pájaros.*

*Allá en la paz de la ciudad dormida,
un despertar de alondras y de ensueños.
Florecer de rosales en el patio
familiar, ante el frémolo de un verso.*

IV

*(Un paréntesis negro.
En el camino
hizo presencia la que todo agosta
con su mirar vacío.
Silbaba aquí y allá su aliento pálido
cabalgando ella misma en los silbidos.
Se abrían en las sombras las bengalas
de reflejos fatídicos
y flameaban las grímpolas del triunfo
en las manos sangrientas de los niños.*

*Pero
— ¡Dios mío! —
me miré las manos
con horror de mí mismo.
Abrí en mi soledad ríos de lágrimas
para lavar mis manos en el río.
¿En dónde estás? Lava en tu luz las sombras
que fatuaron mi espíritu.
Restáñame esta herida!*

Y ese clamor no pudo hallar oídos! ...)

V

*Después,
silencio.
Días y más días
sin mensajes ni versos.
Una desilusión prendió sus lunas
de pálidos reflejos
y la ciudad se encresponó de nieblas,
agregando silencio en sus silencios.
Los pasos esperados
iban lejos.
Quedó vacía del objeto amado,
en el triste fracaso de un ensueño.*

VI

*"¡Dios mío,
qué sólo se quedan los muertos"
cuando se quedan vivos!
Cuando se quedan vivos e insepultos
sobre la cruz de los caminos;
en medio de los hombres y las cosas,
pero en un mundo de finieblas,
de nieblas y de frío.*

*¡Qué soledad la de los muertos
cuando se quedan vivos,
los pies sangrantes contra todos los guijarros,
pero suspensos en el vacío!*

VII

*No recuerdes ninguna cosa amada:
Manchas lo que recuerdas.
No aspire a la luz:
Ya sellaron tus ojos las tinieblas.*

*Mira... Pero no mires,
porque también el frío quema...
No clames. Es inútil.
Estarán sordos todos los oídos
y cerradas todas las puertas.*

VIII

Peregrinar sonámbulo.

El silencio

nevando sobre todo el panorama

lleno de sol. Interminable el tiempo.

*En derredor noches de luna llena,
soleados días, tropical atuendo.*

*En el fondo del sér noche cerrada
con siete llaves de herrumbroso acero.*

Revolotear horrible

de pensamientos negros.

*El naufragio de toda una esperanza
en alta mar de hielo...*

*Huir de la soledad y huir de todo
por esta pena de sentirse negro.*

*Envidiar y anhelar sueño de piedra
ante el horror del sueño y de los sueños.*

*(No me mires así: Cierra los ojos,
hermano! ...*

... Y olvidemos!)

IX

*¡Qué sonrisa de frío
ha extendido el acero
sobre el arco del filo!*

*¡Cómo ciega los ojos,
cómo atrae su brillo,
cómo invita a la entraña
con su beso de frío,
en oferta piadosa
de alivio!*

*¡Pero no! ¡No es posible!
No es posible, Dios mío!
Esa risa tiene algo
repulsivo...*

*(A través de los párpados cerrados
persevera su brillo.)*

*La puerta está segura.
Se puede estar tranquilo.
Está segura contra el miedo
de afuera, y contra el viento y contra el frío.*

*Pero aquí dentro no se puede.
Los párpados cerrados son de vidrio
y se filtra por ellos
la obsesión de ese brillo.*

*Cómo danza la luz patinadora
en la pista del filo!...*

*Mejor se está aquí afuera;
aunque penetre como daga el frío
y prevalezca la obsesión cortante
y los santelmos háganse más vivos.*

*Un rayo acuchilló las carnes prietas
y negras del abismo
— ¡qué hemorragia de luz! —.*

*Se iluminó la red de los caminos
que van allá, al encuentro de la aurora,
cruzados y hermanados con los ríos.*

*Por la herida de luz mana la lluvia
que ya resbala sobre el rostro lívido
y cala hasta los huesos, pero lava
y conforta el espíritu.*

*Apuntando a la aurora,
los caminos
se abren como una mano
que perdona y bendice en el olvido.*

X

*La vida sus hilos teje
sin prisas y sin esperas;
hilo que salió de trama
de nuevo en la trama entra,
porque lo vuelven las manos
de la hilandera.*

*Combínanse los matices
con hilos de lino y seda
en el telar cojitranco,
y va saliendo la tela.*

*Tienen tan variados tonos
los hilos de las madejas:
unos teñidos de sangre,
los otros color de pena,
otros de verde esperanza,
otros de azul de quimera,
de rojo de caridad
o de pureza.*

*¡Cómo sale del telar,
sin prisas y sin esperas!
Hilo que salió de trama
de nuevo en la trama entra.*

XI

*Traía el peregrino
en las sandalias tierra
de todos los senderos;
el mirar fatigado de horizontes,
con la grave expresión de viejo-párvulo
del que ha sufrido mucho.*

*Curtido de intemperies,
purificado por el sol,
limadas sus aristas en los ríos.*

*No emponzoñó sus fuentes la amargura
que en ellas derramó al beber sus lágrimas.*

*Reforzó revivido en brotes nuevos,
a buscar el querer que dividiera
aquel negro paréntesis de angustia.*

XII

*Fuego,
bendito Padre Fuego:
¡Qué bien que reconfortas
cuando se viene purificado por el hielo!*

*A tu amor el amor se hace más noble,
más sosegado, más intenso.*

*Las manos amorosas,
Padre Fuego;
las manos hacendosas,
Padre Nuestro,
vierten caritativas en la frente
cansada del viajero,
hondas ternuras
con amor materno.*

*Tras el azote de las lluvias
la caricia inefable de los besos.*

*Ya el patio familiar lleno de rosas
se ha animado de niños y de versos.*

*¡Qué bien retonificas,
Padre Fuego,
desde tu trono familiar!*

LAUS DEO.

LA NUBE DEL RECUERDO

Estaba yo bañándome en tus ojos.

Era un día de tantos...

*Iba sobre las olas del recuerdo,
ese recuerdo que nos deja exhaustos,
sumergidos en vida,
en un aire de ahogo desahogados;
que nos lleva a las tierras inasibles,
marinos en el mar de nuestras manos
en las que—continente de caricia—
queda un arribo de remoto llanto...*

Estaba yo bañándome en tus ojos.

Era un día de tantos...

*Todo callaba con ternura líquida,
y oí al amor nadando
como quien oye de su propio cuerpo
el respiro del alma, y en los vasos
de su navegación bebe el silencio
que boga entre los gritos del oceano.*

*Un amor silencioso
junto al mío que hablaba de naufragios,
era el que parecía
beber el mar por alcanzar mis labios,
mientras yo, con la orilla de tus ojos,
cubría los cansancios
que, emergidos del fondo de una lágrima,
sacaban corazones asfixiados.*

*Eran los corazones que mi dicha
vino en las playas del dolor dejando
para que la inquietud se detuviera
y no pasara la verdad de largo,
para hacer marineros a los ojos*

*en el oleaje de un latido intacto,
para que fuera el pecho destilándose
y llenara la sed todos sus cántaros...*

*Estaba yo soñándome en tus ojos.
Era un día de tantos...*

*Bajo el agua del sueño
era yo un niño que pescaba lazos
de seda con el mundo que fluía
hacia el declive de tus desembarcos...*

*Era mi asombro un niño de las cosas,
infantil experiencia del ocaso
que a las nubes jugaba
en el bajel de tus azules claros...*

*La quilla separaba en dos la espuma
de tu presencia que allanaba campos
para todos los remos sembradores
de ritmos hondos y de sueños rasos.*

*A la derecha de tu sér, el gozo,
y a la izquierda el arcano
que palpita en el fondo de la sangre
como un abismo que se va cansando...*

*Yo, con mi nube de jugar al niño,
soportada en las torres de mis años
que eran de sombra, de dolida altura,
de roces imprevistos y de factos
en los que se besaban los olvidos...
Y el tiempo, en mi memoria, lloviznando...*

*Estaba yo nublándome en tus ojos.
Era un día de tantos
en que pasa la nube del recuerdo
en los hombros azules de unos pájaros ...*

Vicente ECHEVERRIA DEL PRADO.

Sep. de 1948.

CABALLITO MARINO

*Caballito de mar
por el oleaje vas;
entre los trajes,
por las calles de la ciudad.*

*Tirofeo de los ojos
y más,
el reloj de la torre
y los pinos del parque
quieren bailar.*

*Desde el tranvía te miro
con tus rosas de sal
y tu aire submarino
de nácar y coral.*

*¡Ay caballito marino,
Ay!
Con el reloj de la torre
y los pinos del parque
quién pudiera bailar
por las calles de la ciudad.*

IMAGEN VERTIDA

*Huella en el barro de mi pie viajero
llena de agua y de cielo.
Olor de la manzana
bien escondida en el ramaje fresco.*

*Tuve un día en mis ojos
la sombra azul de tu árbol verdadero.
En la orilla de un río de oro fluyente
desnudo estuvo mi mejor silencio.*

*¿Quién me llevó la estrella de aquel cielo
con su mano de seda al corazón de musgos,
a la sangre de rosas reposada?*

*¿Quién me dijo tu nombre? ¿En qué momento
de la noche o el día, tu pasar claro
dejó mi oscura piedra iluminada?*

LIMITES

*De la tierra a la raíz
de raíces oscuras.*

*Esperanza tan fresca
y pura.*

*De las raíces cordiales
al tallo y a las ramas.*

*Esperanza tan fresca
y franca.*

*De las ramas verdeantes
al vuelo de las hojas.*

*Esperanza tan fresca
y loca.*

*De las hojas, al vivo
milagro de la flor.*

¡Ay, corazón!

*Y de la flor, al aire
de su olor.*

¡Ay, corazón!

*Esperanza perdida
que el límite pasó.*

¡Ay, corazón!

IMAGEN

*Y tú con tu claridad.
Concha perla de la mar.
Agua con sol, rosa fresca,
lirio en lirio matinal.*

*Si la noche de tus ojos,
el día de tu bello mirar.*

*La noche ya en su abanico
desnuda a la estrella más;
tú, por la sombra nocturna
diamante, la alumbrarás.*

*¡Qué luz despierta! ¡Alba y alba!
¡Qué alta y pura claridad!*

*Y sola en espejos de agua
la imagen de tu verdad.*

HICISTEME CABALGAR
SOBRE EL VIENTO

Job—XXX—22

*Un corazón oscuro
fruto petrificado, como cristal opaco,
hondo en la oscuridad,
con un calor de sordo fuego lento,
en violencia sulfúrea,
por donde el cielo ya no pasa;
impenetrable al viento, en sí mismo caído,
más a lo hondo del llanto
en la región sin lágrimas;
con todas sus potencias abolidas,
vivo, sin embargo,
semilla de congojas del océano,*

*clausurados sus amplios laberintos,
nudo de grifos apretados,
balsa de los amargos desemboques...*

*¡Oh corazón oscuro
del abismo nocturno!*

*Y pasan los canciones
y las banderas y todo lo que pasa
en su momento de éxito o de gozo
o en su desesperación y su miseria...*

*¡En tanto, solo!
¡Solo! ¡Nocturno corazón oscuro!*

*No me sales al encuentro
aunque te vengo a buscar,
después de todo...*

*Bien que me duele,
me duele,
de otro modo.*

*Al pie de la escala,
qué bien te encontraba
con tu ala
blanca,
recién nacida de lo que esperabas.*

*Escalones negros
por donde se baja
sin nada
en el alma,
arañita muerta
prendida en la tela
de tu ventana.*

*Después de todo...
¡Ay, cómo duele!,
me duele,
de otro modo.*

(De "Viento Caminante")

SIRENA, VOLVIO
A LA MAR...

*Sirena, volvió a la mar,
a su recinto de sal
y rosas de oro, a su inmenso
dominio de libertad.*

*Salamandra, al fuego rubio
de ardorosa veleidad;
elemento prodigioso
del fulgor de su danzar.*

*Sirena, volvió a la mar.
La mar no tiene caminos;
ya no la podré encontrar.*

*Salamandra que en el fuego
no se consume, ahora está;
tiene el fuego lenguas mudas
no me sabrán contestar.*

CARLOS LUIS SAENZ.

POR LOS CAMINOS DE AMERICA

Si la Naturaleza se opone a
nuestros planes, lucharemos
contra ella y la venceremos.

BOLIVAR.

LA COOPERACION EN EL SISTEMA REGIONAL AMERICANO

Por Manuel Barba Salinas.

Desde el año 1826, cuando Bolívar invitó a las naciones americanas al Congreso de Panamá, existe la conciencia de la unidad y la interdependencia del Continente de Colón. Pero la visión del genio, que oteó el destino americano en una perspectiva de siglos, no pudo nunca plasmarse en realidades concretas.

La ceguera de los hombres a quienes tocó dirigir, la incomprensión y el atraso material, las distancias inmensas, ahora conquistadas por el avión y la radio, el desconocimiento mutuo de los pueblos y sus problemas comunes y las guerras civiles—llamo guerras civiles a las torpes contiendas entre naciones del hemisferio—hicieron imposible que el sueño de Bolívar—el hombre más grande de entre los nuestros, que siempre tuvo su arado en el mar, llegara a ser vivido por América.

El imperialismo, los grandes errores políticos de nuestros gobiernos, los intereses,—mezquinos por su espíritu pero grandes por su cuantía—mantuvieron ahetrojado el ideal bolívariano.

Ha sido preciso que la humanidad sufriera catástrofes apocalípticas, hasta encontrarse cerca de su destrucción y ver amenazadas todas sus conquistas espirituales, para que en el Continente Americano se llegue a palpar la necesidad impostergable de la cooperación, el intercambio mutuo y la solidaridad en el destino de sus colectividades.

El sistema de naciones americanas descansa en la solidaridad de sus pueblos, reconoce que sus intereses son idénticos y que la igualdad jurídica de las naciones, hace de la cooperación el camino único de su vida y su porvenir.

El Instituto de Asuntos Interamericanos, cuyo objetivo principal es el de estrechar y fortalecer las relaciones y fomentar el mutuo entendimiento entre los pueblos de las repúblicas americanas, por medio de programas de cooperación entre los gobiernos, para obras de salubridad y saneamiento, educación pública y producción de alimentos, anhela resolver los problemas fundamentales que confrontan los países americanos elevando el nivel de vida de los habitantes del hemisferio, ya que, las colectividades amenazadas por la enfermedad y el analfabetismo, la alimentación deficiente y un standard de vida precario, no pueden realizar sus destinos ni decidir su vida por sí mismas. Por otra parte, para llegar a la realización de un orden democrático, en que prosperen las instituciones que han de garantizar los derechos humanos, es preciso llevar a todas las regiones, la salud, la prosperidad económica y el alfabeto, creando un clima en que la cultura humana pueda florecer y enriquecerse, dando frutos de justicia social que haga posible que todos los hombres alcancen igualdad de oportunidad y el mínimun vital, que reclamaba Alberto Masferrer para todos los hombres.

En la Conferencia de Cancilleres Americanos, reunida en Río de Janeiro en enero de 1942, se adoptó la resolución por la cual, los pueblos americanos, llevarían a cabo obras cooperativas como una medida esencial para poner en marcha los recursos del hemisferio.

En nuestros países, que aun no han superado el sistema feudal, el ocho por ciento de la población padece de enfermeda-

des intestinales, una de cada diez personas sufre de paludismo, los índices de mortalidad alcanzan cifras elevadas y los niños mueren en la infancia en un porcentaje aterrador.

Ante este panorama es fácil comprender la urgencia de una lucha intensa que transforme la aflictiva situación en que hemos vegetado.

Así lo comprendieron los gobiernos americanos desde 1942. Los Servicios Cooperativos están formados conjuntamente por el Instituto de Asuntos Interamericanos y el respectivo Ministerio del país cooperador.

En El Salvador, el Servicio Cooperativo Interamericano, está laborando desde 1942 y ha llevado a cabo obras de saneamiento, ha construido hospitales, clínicas y centros de salud y colabora en diversas actividades de salubridad pública. En igual forma trabaja en México, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Colombia, Perú, Venezuela, Brasil, Chile y El Uruguay.

En Junio de 1948 se habían llevado a cabo 1940 obras diferentes que han favorecido la salud y el bienestar de 23 millones de seres humanos, esto es, uno de cada seis habitantes de la América Hispana.

Los programas de educación se han organizado en Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Panamá y Perú.

Siendo la agricultura, la actividad básica en la vida de las dos terceras partes de nuestros pueblos, es ella la clave de la prosperidad interna y sólo la superación en la productividad, puede hacer posible el levantamiento del nivel de vida popular.

En este sentido, el trabajo del Lic. Ricardo Jiménez Castillo, que se está publicando en el diario «La Tribuna Libre» es de extraordinaria importancia para el porvenir de la economía salvadoreña.

Si seguimos una política de superación agrícola para producir frutas tropicales, como se ha hecho en la producción cafe-

tera, es indudable que subirá el nivel de vida de la población campesina, el cual es uno de los más bajos del Continente, en salario, nutrición, vivienda y asistencia pública, a pesar de que relativamente es un país rico, si tomamos en cuenta el valor actual de su producción de café. El Salvador ocupa el tercer puesto entre los países exportadores del precioso grano en el mundo.

El Instituto de Asuntos Interamericanos, en su rama de cooperación agrícola, podría ayudar a El Salvador en este plan de actividad, como lo está haciendo en El Perú, El Paraguay, Haití y la República de Costa Rica.

Creo, como apunta el Lic. Jiménez Castillo, que superándonos en la producción de frutas tropicales de alta calidad, tendríamos una nueva fuente de riqueza tan importante y próspera como el café y desde luego, sería posible elevar inmediatamente el nivel de vida del trabajador del campo y atender el gravísimo problema de la erosión de las tierras y la deforestación, el cual constituye una cuestión cuya gravedad no puede exagerarse.

El Acta de Chapultepec es el andamiaje sobre el que está construido el sistema regional de Naciones Americanas, dentro de la Organización de las Naciones Unidas, a la cual pertenecen todas las Repúblicas Americanas.

La unión y la solidaridad de los pueblos de este continente es un postulado imperioso en la situación del mundo, para el mantenimiento de los derechos humanos y de la paz internacional.

La objetivación del sueño de Bolívar es para nosotros el camino de la salvación.

Desde 1890 hemos incorporado al Derecho Internacional Americano estas normas inmovibles:

- a) La proscripción de toda conquista territorial hecha por la violencia.
- b) La condenación de las intervenciones en la política interna de un país en otro.

- c) El reconocimiento de que toda guerra o amenaza de guerra afecta a todos los pueblos civilizados y pone en peligro los principios de libertad y de justicia, que constituyen el ideal de América.
- d) El sistema de consultas mutuas para la cooperación pacífica en caso de guerra o amenaza de guerra entre países americanos.
- e) La adopción del arbitraje obligatorio en toda disputa entre los países del sistema, cualquiera que fuera su naturaleza.

La cooperación económica y social, la asistencia técnica y la colaboración cultural, el intercambio en toda suerte de actividades y la paulatina destrucción de las barreras de toda clase, que interrumpen la corriente de fusión entre país y país, son imperativos para el florecimiento de la solidaridad.

La formación de uniones económicas regionales como la Gran Colombia, el «A» «B» «C» y la Federación Centroamericana, constituyen medios para la perfección y defensa del sistema continental.

Europa, que está profundamente dividida por razas, idiomas, odios, rivalidades e intereses contrarios que parecen irreconciliables, ha comprendido al fin, que sólo puede salvar su civilización de la catástrofe, si marcha hacia la unidad de sus pueblos.

América que está estructurada para la cooperación y el mutuo entendimiento, que está ocupada por dos grandes pueblos cuyas civilizaciones en vez de repelerse se completan y armonizan, se integran y confunden, la ibérica y la anglosajona, almas de abolengo noble que encierran altísimas conquistas humanas y son herederas de los logros más excelsos, reconocen en América intereses e ideales comunes. Sus países tienen las mismas instituciones, idénticos sistemas políticos y aspiraciones semejantes para la elevación del hombre sobre las miserias de la existencia.

Los cinco diminutos países de la desventurada América Central, que nacieron a la vida independiente como una sola unidad, como una sola Nación, no podrán jamás cumplir su destino mientras no se fundan íntegramente. La federación sería un ensayo experimental de panamericanismo práctico que pondría a prueba la validez del ideal continental.

Ya estamos viendo por los efectos de la cooperación para resolver los problemas de salubridad, educación y producción, los bienes inmensos que podrían obtener estos pueblos destruyendo y derribando sus fronteras, que los han mantenido en la pequeñez, la debilidad y la miseria.

El camino de la cooperación nos está señalando la ruta única que debemos seguir en el cumplimiento de nuestro destino.

La visión de Alberto Masferrer, su doctrina del *mínimum vital*, es el sendero para llegar a la consolidación de un orden democrático y humano en nuestros pueblos.

El punto cuarto del programa del Presidente Truman, dando ayuda técnica y cooperación económica para el desarrollo de los pueblos cuya riqueza potencial aun no se incorpora a la riqueza efectiva de la humanidad, obtenida por el esfuerzo de todos y sin explotación de nadie, puede traer un gran desenvolvimiento en el porvenir.

Si la cooperación sigue adelante, el progreso económico social y cultural de los pueblos se habrá asegurado.

La familia de Naciones del Sistema Americano, irá derribando poco a poco todas las barreras que detienen su marcha.

Esto requiere grandes y substanciales reformas en todos los órdenes de la vida, pero los adelantos de la técnica, las facilidades actuales para el intercambio, la rapidez de las comunicaciones y sobre todo la conciencia de la unidad, pueden encarnar en obras positivas que nos salven de la catástrofe y nos encaminen a realizar el destino manifiesto del continente de la esperanza.

ARTES PLASTICAS

Desde el punto de vista del arte no existen formas abstractas ni formas concretas: sólo existe su interpretación más o menos convencional.

PABLO PICASSO

RUTH RAY

Pintora del Espejo Mágico

Por Salarrué

Alma desnuda cabalgando la yegua de la juventud, Ruth Ray, amazona de los círculos celestes, viene a decirnos al rincón de Feraril en la calle 57 de Nueva York, la poesía de sus anhelos y recuerdos con pintura de trazos mágicos de una modernidad sobria donde las formas son sencillas y comprensibles y las situaciones y las anécdotas tienen una calidad onírica cargada de dulce misterio: el misterioso aliento que empaña los espejos para dejar ver entre psíquicas nieblas la realidad de sus internos espacios sin tiempo.

Alma sensual y libre, deambula por las playas de un mar interior, bordando las arenas vírgenes con la huella de sus finos pies, siempre en busca de la extraña voluta, de la concha irisada o el caracol precioso de su propio corazón.

Se encuentra a ella misma por todas partes y se colecciona: en mujer, en yegua, en estrella, en flor o en pájaro. «¡Ruth Ray, Ruth Ray, Ruth Ray, Ruth Ray!», por todas partes. Ella pinta a Ruth Ray porque el espejo de la existencia sólo sabe (apasionado amante) decirle al oído: «¡Ruth Ray!»...

Y esto ya sabemos qué es, cuando es voz de lo esotérico, como en el caso de Frida Kablo, de Maruja Mallo (en cierto modo), de Raquel Former, la argentina, y como en el caso de la notable escultora boliviana Marina Núñez del Prado. Todo esto es el «conócete a tí mismo»: la estupenda aventura de introvertirse, de comenzar el ascenso por la senda que conduce a la mística ciudadela de sí mismo.

Ruth Ray pertenece a la pléyade de narcisistas del arte. Narcisistas en el mejor sentido. Enamorados del espíritu interno; locos por el sér escurridizo, el amante de cristal del espejo mágico.

Inclinada sobre el estanque de diáfana linfa, como el Narciso de Wilde, en la dulce soledad primaveral cargada de extraños anhelos y deseos, mirando el fondo de sus ojos; escuchando el silencio de aquella palabra «amor» que es como un loto de plata en el agua negra del misterio de vivir, Ruth se descubre en brazos del amado entre las estrellas; cabalga con las crines sueltas entre los corceles del viento y se siente la yegua mujer: yegua en el alma por el ímpetu y el ardor, por lo libérrima, fuerte y nerviosa, por lo sensual y piafante en su delirio existencial.

Encanta su valor de expresión que tiene la fuerza del auténtico nudismo, Encanta su rostro de corcel sublimado, de doradas crines siempre onduladas, revueltas y aventadas. Encantan sus afinadas ancas y finos remos y hay un impulso extraño que nos invita a cabalgar entre nubes, uniendo nuestra embriaguez de azur a la suya que es de Pegaso y de Sagitario sideral. Y esto es lo que uno siente ante su obra: el éxtasis sin bridas y la embriaguez de su poesía de cascos de oro y silbantes crines sobre praderas de vidrio reluciente.

Nueva York.

NOTICIAS SOBRE TOÑO SALAZAR

Por Julio Fausto Fernández

I—El Artista

En agosto del presente año, el gran dibujante salvadoreño Toño Salazar, expuso en la ciudad de Buenos Aires, con gran éxito, una valiosísima colección de obras suyas, entre las que se contaban ilustraciones para «Alí Babá», «Barba Azul», la «Isla del Tesoro» y las «Leyendas de Guatemala» de Miguel Ángel Asturias, caricaturas de Pablo Picasso, Alfonso Reyes y Pablo Neruda, más dos bellos grabados titulados «Aleluyas», ilustraciones de un próximo libro de Rafael Alberti.

Con motivo de esa exposición, Alfonso Reyes vertió los siguientes conceptos, que definen certeramente el arte exquisito de Toño Salazar, hondo por su contenido humano y sencillo por la aparente simplicidad de sus trazos:

“¡Qué metafísica—si tuviéramos tiempo—, qué nuevo arte de leer el mundo en las caricaturas trascendentales de Toño Salazar! El se va derecho al corazón de las cosas y las atraviesa con ese su rayo de luz oscura. Calcina las apariencias, reduciéndolas a las solas líneas que explican y acarician. Como en el chascarrillo popular de Colón, cuando Toño Salazar nos pasa su es-

pejo por delante, inútil disimular, señores, porque hemos sido descubiertos.

“La belleza está en cada trazo; la inteligencia, en el jeroglifo resuelto. De aquí su gracia y de aquí su melancolía. Porque ya no hay nada, sino esperar, cuando se ha entendido el mensaje. Y no siempre sabemos—verdaderamente—lo que esperamos...”.

“Abre Toño Salazar su caja de sorpresas; empieza a bailar el caleidoscopio; cada estrella de figuras nos arranca una máscara y nos devuelve una cara, despojo y conquista”.

“Pocas veces he sentido más la quemadura del hombre sobre el hombre, y lo que puede alcanzar la capacidad del ensueño en quien crea con rayas, y rayos. ¿Cómo ensueño, en un definidor? Allá se van poesía y geometría, consorcio íntimo de que Pascal dudó en hora mala. ¿Y medir no es en cierto modo inventar? Otros lo explican: a unos cuantos nos basta con entenderlo”.

Metafísica sí, pero una metafísica de profunda raigambre humana, cuyo principio y fin es el hombre mismo.

II—El Hombre

Como hombre, Toño Salazar es sencillo, modesto, cordia- y franco, jamás se encontrará en él un gesto amanerado, una palabra pedante o un ademán grandilocuente. Posee la modestia auténtica de los grandes hombres. Cuando lo conocí, hace ya varios meses, la primera impresión que me causó fué la de un hombre sumamente inteligente cuya actitud general es la de quien trata de comprender, en el sentido más amplio y más noble de la palabra, todos y cada uno de los problemas individuales y colectivos del hombre.

Uno de los mejores ingenios del Uruguay, el periodista Alfredo Mario Ferreiro, que conoce a nuestro artista desde hace mucho tiempo, me preguntó: «¿Qué impresión le causó Toño

Salazar?» Yo contesté, sin pensarlo dos veces: «Es un hombre todo inteligencia». El buen amigo Ferreiro me corrigió inmediatamente: «Es un hombre todo inteligencia y bondad». Posteriormente, una amistad más estrecha con Toño Salazar me ha permitido comprobar cuan exacta fué la corrección de Ferreiro. Alfonso Reyes lo dice con su habitual donosura de expresión: «Hay que ser muy bueno, fundamentalmente bueno, para dotar a los muñecos de alma».

III—La Gran Aventura

En 1918, cuando aún no había cumplido 17 años de edad, Toño Salazar abandonó la apacible Santa Tecla, ciudad de sus mayores, en busca de la perfección artística. Amigos bondadosos e inteligentes le consiguieron un pasaporte en el que aparecía como de mayor edad, cuando en realidad acababa de dejar los pantalones cortos. Pudo, tras muchas dificultades, embarcar en Acajutla rumbo a México. Hoy la aventura es motivo de joviales comentarios por parte de Toño, pero en aquella época cuánta decisión, cuánta hombría, debió requerir. ¡Qué serena confianza en sí mismo, qué amor al arte, qué inmensa vocación se revela en este acto dramático, por no decir heróico, de abandonar así, de pronto, la vida relativamente fácil del hogar y el medio estrecho, pero conocido y familiar de la patria para lanzarse por los caminos del mundo, sin más arma que un lápiz de dibujante, tras la incierta fama, esquivando siempre un fracaso casi cierto!

IV—Primera Etapa

México, en 1918, no era un lugar muy seguro para vivir. El año anterior, la revolución, comenzaba en 1910, había logrado expresar sus aspiraciones más hondas en la Constitución Política más avanzada de su época, pero todavía no habían cesado por completo las luchas y rivalidades entre los caudillos y facciones triunfantes. En ocasiones las rivalidades intestinas entre los re-

volucionarios se manifestaban en tiroteos, aparentemente inmotivados, en las calles y lugares públicos. Los jefes revolucionarios usaban cananas llenas de tiros cruzadas sobre el pecho y grandes bigotes retorcidos que sobresalían un palmo a uno y otro lado de la cara. Toño Salazar comenta irónico: «Como yo no era muy alto, cuando en el café tenía necesidad de ir de una mesa a otra, pasaba tranquilamente bajo los mostachos de los generales». Hacer la caricatura de uno de aquellos personajes significaba a veces arriesgar gravemente la vida y otras asegurarla, según el humor imprevisible del caricaturizado.

A pesar de las agitadas circunstancias, Toño Salazar no perdió su tiempo en México. Estudió con detenimiento el arte de los mayas y de los aztecas, al grado que durante algún tiempo en sus dibujos se hizo sentir la influencia del primero.

V—En París

Cumplida la tarea de asimilar a fondo el contenido estético de dos de las principales culturas prehispanicas de América, Toño Salazar marchó a París. Allá su visión de las cosas adquirió proporciones universales: el arte de todos los países y de todas las épocas estaba a su disposición en los museos. Toño tuvo, además, la oportunidad, conquistada con talento, bondad e ingenio, de frecuentar el trato de los artistas más grandes del mundo. Ya para 1927 Toño Salazar es uno de «los grandes contemporáneos».

Paul Minelli González, poeta uruguayo que durante años ha sido Embajador de su país en Portugal, describiendo «La agonía y muerte de Gómez Carrillo», dice lo que sigue: «Sus íntimos rodearon, amorosa y acongojadamente, la agonía del poeta y velaron su primer noche de eternidad. El glorioso Maeterlinck, el doctor Bralez—su médico devoto y noble amigo,—Toño Salazar, Pacheco, Madama de Maeterlinck, Carretero [«El Caballero Audaz»] absorbo en un dolor profundo, leal y valiente que le elevó en el corazón de los amigos del muerto,—Izarduy, Sierra Valle, el doctor Gottchalck, el compañero y confidente de 20 años de andanzas».

De aquellos años de París datan nobles y duraderas amistades, de esas que saben resistir todas las pruebas, como la que une a Toño Salazar con Alfonso Reyes. Hace poco Pablo Picasso envió desde Europa una de sus obras a Toño, en recuerdo de aquellos años juveniles plétóricos de ensueños e intensos de trabajo y de estudio. En París tuvo lugar también el noviazgo y matrimonio posterior de Toño Salazar con la que había de ser la leal compañera de toda su vida: Carmela Gallardo, mujer inteligente y comprensiva cuya discreta presencia es de justicia asociar a la obra del artista, porque ha sabido ser, en toda circunstancia, voz de aliento y estímulo constante. París, capital de la inteligencia, unió para siempre los destinos de estos dos buenos salvadoreños.

VI—Retorno a América

Hacia 1934, cuando la pesada atmósfera precursora de la guerra tornó irrespirable para los artistas extranjeros el aire de Europa, Toño Salazar, consagrado definitivamente como uno de los mejores dibujantes del mundo, retornó a su entrañable América. Pasó por los Estados Unidos, en donde revistas altamente comercializadas le ofrecieron jugosos contratos que Toño desechó: no quiso subordinar su arte al criterio, no siempre de índole estética, del director de tales revistas. Vuelve a México, pero sólo el tiempo necesario para renozar viejas amistades. Sigue hacia el Sur y se radica por fin en Buenos Aires. Allí ha vivido desde entonces, salvo una permanencia obligada de dos años en Montevideo.

En ambos márgenes del Río de la Plata el nombre de Toño Salazar es llave mágica que abre las puertas de las casas y de los corazones, allana obstáculos y vence dificultades. Lo que no logra una nota oficial lo obtiene la sola presencia de Toño Salazar. No hablo exclusivamente del mundo de las letras y de las artes, en donde su nombre es sobradamente conocido, me refiero también a la industria y al comercio porque me consta la forma extraordinariamente amable en que lo atendieron el ocupado ge-

rente de una gran empresa y el secretario de una oficina, tan pronto como supieron que se trataba de Toño Salazar.

VII—Un Salvadoreño que honra a su Patria.

Desde 1918 Toño Salazar no ha vuelto a El Salvador, pero hay pocos salvadoreños residentes en el extranjero que estén mejor informados que él de lo que ocurre en su país. Hechos, hombres, palabras, paisajes y cosas de El Salvador le son familiares. Se diría que Toño se trajo grabados en la retina nuestros paisajes y que guarda con celoso afán el recuerdo de nuestro pueblo y el cantarín acento de nuestras gentes. Cuando lee los «Cuentos de Barro» de su primo hermano Salarrué, no hay necesidad de aclararle el significado de ninguna de nuestras palabras: las recuerda todas.

Alfredo Mario Ferreiro cuenta que cuando Toño llegó a Montevideo, muchas personas lo creían español y lo presentaban como tal, pero el gran dibujante aclaraba de inmediato: «No; soy salvadoreño». Después de la aclaración venían las explicaciones complementarias y fueron muchas las veces que Toño se vió obligado a dibujar el mapa de América para indicar a sus oyentes la posición geográfica de El Salvador. Ferreiro concluye así su relato: «Antes de que viniera Toño Salazar, El Salvador era, para nosotros, una enteleguia: Por él lo hemos conocido».

Hace ya muchos años, en México, un viajero inteligente y observador nos decía a Pedro Geoffroy Rivas y a mí: «En París se sabe que El Salvador existe, gracias a Toño Salazar». Aquí he venido a comprender que ésta es una verdad en la que no hay exageración, pues Toño Salazar, él sólo, ha hecho más por dar a conocer a su Patria en el extranjero que muchos Embajadores, Ministros y Cónsules juntos. Es que la conducta limpia, el trato cordial e inteligente y el arte maravilloso de Toño Salazar honran no sólo a El Salvador, sino a toda Centro América.

El mismo viajero contaba que en una ocasión al ver a varios latinoamericanos en una estación ferroviaria de París, Gabriela Mistral preguntó la causa de ello. Alguien le informó: «Es que han venido a despedir al Embajador de El Salvador». Entonces la gran chilena, con la voz suave y el ademán pausado que le son peculiares, dijo: «Yo al único Embajador de El Salvador que reconozco es a este muchacho»; y señaló a Toño Salazar que estaba a su lado.

Montevideo,

30 de noviembre de 1949.



«El Sombrero Alto», por Ruth Ray.



«Baja Marea», por Ruth Ray.



«Pesadilla», por Ruth Ray.



« Alice », por Ruth Ray.



Bernard Shaw, por Toño Salazar



Pablo Neruda, por Toño Salazar



Don Ramón del Valle Inclán, por Toño Salazar



James Joyce, por Toño Salazar

LO FUGAZ Y LO ETERNO

La vida no tiene sentido en sí misma, sino en algo más alado, en una tarea, en una creación.

THOMAS MANN.

EN TORNO A LA CULTURA NORTEAMERICANA

Por Claribel Alegria

Acabo de regresar de una larga permanencia en los Estados Unidos de Norte América. He tenido la suerte de conocer gente de todos los círculos de la cultura norteamericana, y pienso por ello que ahora comprendo mejor por qué los Estados Unidos son como son.

Es muy común oír hablar con desprecio, entre los círculos de alguna cultura, de esa cosa vulgar y barata, cosa de masa, que llaman arte en los Estados Unidos.

Se oye con mucha frecuencia, aún entre gente norteamericana, condenar la mediocridad y el mal gusto que parecen ser la característica de la cultura de nuestros vecinos del norte.

Por ejemplo: La mayor parte de la música del jazz, casi todas las películas de Hollywood, muchas de las novelas que en los Estados Unidos son los best-sellers, la escasez de poetas norteamericanos, todo esto justifica en cierto modo el por qué las gentes que contemplan de fuera o superficialmente el panorama general, condenen con todas sus fuerzas la cultura norteamericana.

Procuremos examinar más de cerca esta fachada que a primera vista nos parece tan insípida. Intentemos ver si hay algo detrás de este muro, que valga la pena de investigar.

En primer lugar, ¿por qué es su condena tan universal? ¿Por qué ha tenido tanto éxito al ser divulgada en tan vasta escala? Yo creo que se debe a que la cultura norteamericana de este tipo, de este nivel, puede ser comercializada. Es un producto que se vende con inmensa ganancia en el mercado público. [Esto talvez explique por qué los autores, actores, compositores, pintores norteamericanos que son populares, sean los más bien pagados en el mundo entero].

Vayamos todavía más lejos. Los Estados Unidos tienen más de 140.000.000 de habitantes, que gozan del *standard* de vida más alto en el mundo. Gente que tiene dinero de sobra para ir al cine, para comprar novelas, radios y aún un set de televisión. Esto es lo que hace posible la comercialización de la cultura... una base económica de grandes dimensiones que atrae a los artistas, o mejor dicho artesanos, a crear cosas que puedan tener éxito comercial. Pero, podría argüirse, toda esta gente podría leer también buena literatura, pagar por buenos conciertos, ir a producciones teatrales que valgan la pena. ¿Por qué no lo hacen?

En primer lugar, debe recordarse que el sistema de educación norteamericano le ha podido dar a la mayoría de sus gentes una educación de *high-school*. Mientras en el siglo pasado la educación era de tendencia clásica y los estudiantes leían las obras de los grandes artistas, ahora esa educación ha sido reemplazada por otra más baja. Con millones de niños que vienen de hogares tan distintos racial y económicamente, que son de naturalezas y capacidades completamente opuestas, ha sido necesario estandarizar la educación, ponerla al nivel de la masa. Al hacer esto la educación clásica se redujo a lo mínimo y se puso el énfasis en la educación práctica, que le pudiera dar a cada uno de sus miembros los instrumentos necesarios para poder triunfar en una sociedad mecanizada.

Homero, Shakespeare y Cervantes no equipan a un individuo para manejar una máquina complicada o para llevar cuentas en un banco.

La cultura comercial de los Estados Unidos está hecha, como dije antes, para una sociedad mecanizada. Sus miembros han obtenido en *high school* cierto nivel de educación, pero casi nunca se les ha dado a leer a los clásicos. Por eso se explica que encuentren aburridos los dramas de Shakespeare y que prefieran a ellos una comedia de Hollywood.

No se atreven siquiera a hojear un libro de Dostoyewsky, pero en cambio devoran con avidez cualquiera historia de amor que sea menos que mediocre. Rien con desdén ante un Picasso y prefieren decorar sus hogares con pinturas fotográficas de malísima calidad.

Bostezan oyendo a Beethoven y se entusiasman ante cualquier banda de jazz por mala que sea.

Esta es la clase de cultura norteamericana que tan justamente se critica y que es la que encontramos en la mayoría del pueblo de los Estados Unidos.

Esta cultura ha sido modelada para que guste a todas aquellas gentes que no han madurado ni emocional ni intelectualmente, porque les ha sido negado casi del todo el conocimiento de los clásicos. (Al decir clásico me refiero a todo aquello que tenga un valor duradero).

Es una cultura fácil y los que han sido educados en ella, —que es la mayoría,—sólo pueden gozar de cierto nivel de música, literatura, poesía, etc.

Se necesita que se haya disciplinado un poco la inteligencia para poder disfrutar de las obras maestras.

Pero ésta no es de ningún modo, la única cultura norteamericana.

Si miramos hacia atrás, nos encontramos con un número de grandes hombres cuya estatura crece a medida que pasa el tiempo.

No son muchos, es verdad: sobre todo si nos ponemos a compararlos con los cientos de grandes hombres que ha producido Europa en el mismo período de tiempo.

Pero debemos recordar que tanto la América del Norte como nuestra América, son jóvenes; que solamente la lucha por conquistar el territorio salvaje ha demandado mucha energía y por lo tanto se ha puesto poco énfasis en el desarrollo de una cultura nacional verdadera.

Cuando empiezan a levantarse las naciones hay confusión y caos en el espíritu.

El énfasis debe ponerse primero en las cosas materiales (construcción de caminos, medios de transporte, etc. etc.)

Sin embargo, conviene llamar la atención sobre algunos creadores norteamericanos que ya han conquistado un puesto en la historia de la cultura mundial.

Durante el período de la Revolución Americana, todo lo que se escribía era política y se destacó Jefferson, que fué el campeón de la democracia.

No fué sino hasta en 1840 cuando los problemas de mayor trascendencia empezaron a preocupar seriamente a los hombres de talento.

Emerson, en su incansable búsqueda de la verdad, vió con alarma que sus compatriotas no tenían una visión universal de la vida, sino al contrario, corrían el peligro de hacerse miopes debido a la tendencia a especializarse. La voz de Emerson llegó en el momento en que debía llegar. Su optimismo trascendental era como una reacción del pesimismo calvinista que profesaban sus predecesores puritanos. Emerson enseñó a los que lo oían a buscar la verdad en todo lo que los rodeaba, a sentir la palabra de Dios y a tener confianza en sí mismos.

Pero a pesar de su optimismo maravilloso, creía que era muy difícil en el mundo complicado del 1840, ser un hombre universal en todo el sentido de la palabra.

Thoreau puso énfasis en una faceta diferente del mismo problema general. El se reveló contra los efectos de rutina que podía traer consigo un orden social regimentado.

Como un gran gesto de protesta se fué sólo a una choza de Walder, donde podía ser un hombre libre.

Edgard Allan Poe, floreció por el mismo tiempo. Si bien es verdad que Poe está fuera de la corriente de tradición norteamericana, también es cierto que debe ser clasificado como un escritor universal en todo el sentido de la palabra.

El fué el primer artista y crítico norteamericano. Su preocupación constante era la belleza, a la que siempre rindió culto.

Edgard Allan Poe es más conocido entre nosotros que en los Estados Unidos. Su influencia fué decisiva en el movimiento simbólico de Francia.

Un poco más tarde vino Melville, que escribió su obra clásica, *Moby Dick* con un espíritu de protesta contra el optimismo trascendental de Emerson y los emersonianos.

Dirigiéndose a ellos dijo: «Cómo pueden ustedes estar tan seguros de que la vida es buena, cuando es evidente que el hombre es egoísta e imperfecto?» Melville era un pesimista, y estoy segura que a pesar de su gran talento, hizo más daño que bien a los que lo rodeaban.

Por el mismo tiempo que Melville surgió Hawthorne. Su preocupación constante era el problema de la conciencia humana y del dogma absoluto.

Durante los años de la guerra civil Walt Whitman vino con su canto fuerte de esperanza, para una América joven y llena de vida.

Después que pasaron los días oscuros que trajo la guerra, debe haberle parecido a él y a muchos otros del mismo tiempo que las dificultades mayores estaban resueltas y que los Estados Unidos podrían ir adelante por un camino de libertad, igualdad y felicidad para todos. Ese fué el sueño que acariciaba Walt Whitman y al cual le cantó tantas veces, embriagado de poesía.

Por el mismo tiempo aparece Samuel Clemens (Mark Twain) que era como un producto de la frontera.

A pesar de su manera de pensar un poco provincial, Mark Twain debe ser considerado como un escritor universal.

Con su gran ingenio y sentido de humor sarcástico, contribuyó mucho porque se vinieran abajo prejuicios dañinos e instituciones podridas que restringían el pensamiento.

Mientras Walt Whitman y Mark Twain estaban en medio de la humanidad, completamente envueltos por ella, había otros escritores de un temperamento distinto, también aportando su contribución.

Por ejemplo en Nueva Inglaterra, una gran poetisa, Emily Dickson, escribía encerrada entre cuatro paredes, poemas que jamás soñó publicar. Poemas que por su gran delicadeza y profundidad serán eternos.

A principios del siglo nuevo surge una escuela realista de escritores norteamericanos.

Upton Sinclair, Frank Morris, Theodore Dreiser. Todos ellos empezaron a describir en un lenguaje llano las fallas tremendas de que estaban llenos los sistemas sociales, económicos y políticos en los Estados Unidos.

Este naturalismo que había en sus obras, que era en la mayor parte de los casos un instrumento de crítica, ha sido desde entonces una característica de la manera de escribir norteamericana.

Su influencia se puede ver en los trabajos de Sinclair Lewis, Ernest Hemmingway, Fitzgerald, John Dos Pasos, Steinbeck, James Farrel, y otros más que se me escapan. Algunos de ellos han hecho contribuciones significativas en la forma y desarrollo de la novela.

Al mismo tiempo los filósofos construían un sistema de pensamiento nuevo y típicamente norteamericano: el pragmatismo.

Charles Pierce fué su fundador e influyó en hombres de la talla de William James, que a la par que filósofo era un gran psicólogo.

Los pragmatistas abandonaron la búsqueda de la verdad y el conocimiento absoluto, sustituyéndola por el concepto de la hipótesis práctica.

El pensamiento humano dijo William James, es un instrumento de acción y cada pensamiento debe ser juzgado a la luz de sus resultados finales.

Continuando en esa misma línea, John Dewey desarrolló la idea de instrumentalismo, una filosofía práctica que está muy de acuerdo con la manera de pensar de la gente norteamericana.

El pragmatismo no es el único sistema filosófico que ha nacido en los Estados Unidos. Están, por ejemplo, el nuevo realismo de Santayana, el personalismo de Brighman, etc. No me detengo en ellos, porque a mi juicio, no tienen la originalidad del pragmatismo.

El drama norteamericano, ha producido una gran figura Eugene O'Neill, cuyas poderosas obras, inspiradas algunas de ellas en el drama griego, han sido traducidas a muchos idiomas.

Los poetas que siguieron a Whitman, Dickinson y Hopkins, han sido algunos, pero a mi modo de ver, las principales figuras son Robert Frost, Ezra Pound y T. S. Elliot.

La naturaleza subjetiva de la poesía hace imposible analizar o clasificar los trabajos de un poeta, excepto en términos generales.

Digamos de ellos que tenían el ángel y el duende, y no digamos más.

Ciertamente, este sumario ha sido muy incompleto y resulta criticable, si no por lo mencionado, sí por todo lo que dejé afuera.

Pero yo creo que nadie puede dejar de admitir que los Estados Unidos han producido mentes originales y poderosas; mentes que no han sido influenciadas grandemente por la corriente de la cultura europea, y cuya contribución a una cultura auténtica no puede pasar inadvertida.

ESPEJO DEL PASADO

No saber lo que ha ocurrido
antes de que uno naciera es ser
siempre un niño.

CICERON.

Agua fuerte colonial
(*Antigua Guatemala*)

LA POSESA

Por Carlos Wild Ospina.

—I—

Ciudad hidalga y monacal. Casonas bajas, ventrudas, con tejado saledizo; portones de madera labrada, con llamadores de bronce en forma de una pata de león o una testa de equino; ventanas de férreas rejas con barrotes acabados en punta de lanza o retorcidos en espiral; caballetes que erigen, bajo el cielo azul, sus crucecitas de hierro enmohecido...

En lo alto de los muros macizos, sobre el crucero de las calles tiradas a cordel, hay hornacinas con esculturas de Vírgenes y Santos, iluminadas en la noche por la colgante lamparilla de aceite. Faroles en las esquinas, balanceándose al viento, con traza de murciélagos que pendiesen de los remos traseros...

—II—

Sobre la ciudad sueña el crepúsculo. Damas de crinolina y mantilla, a quienes sigue una esclava negra, van de visiteo o a

la tertulia de casa grande, Caballeros de chambergo, luenga capa sobre el jubón abullonado, calzones cortos y medias relucientes, las saludan al paso. Algún galán asido a la reja de una ventana, florida de claveles, conversa con incógnita dama que se recata en la penumbra. Uno que otro artesano asómase a la puerta del obrador para echar un vistazo a la vía casi desierta. En los atrios de los templos monumentales, beatas fisgonas entrecuntan sus cabezas de brujas, bajo el oscuro pañolón de flecos. Y aquí y allá, dulces, argentinas, nostálgicas, las campanas del Angelus están sonando en las viejas torres, mientras el viento agita un hábito talar que cruza por la plazoleta, y hunde su mano irreverente entre la estameña falderil de alguna monja que se desliza —pasito de ratón—contra los muros de un convento, sobre cuyas tapias verdinegras atisban el horizonte las frondas del huerto; y, a lo lejos, hacia el fondo del callejón toledano, golpea sus tabletas algún hijo de San Lázaro...

—III—

Sor María de la Anunciación es clarisa. No ha un año que profesó. Alta, flexible, de ámbar la tersa piel. Lisa del seno, estrecha de caderas, tiene los ojos soñadores y el andar lento y rítmico, medido a pasos un poco largos para ser de monjita moza.

Ocultas las manos exangües en las mangas holgadas de su hábito, está frente a la superiora. Sor María, con la vista baja, dice como susurrando:

—Si lo queréis, madre, podéisme dar el permiso.

—Esperad, hija, la visita de nuestro capellán.

—Es urgente caso de conciencia, madre.

—La regla lo prohíbe; pero, si como decis...

La superiora siente debilidad por Sor María. Cada vez que ella la llama madre, aletean ternuras en el corazón de la religiosa anciana. Gusta de contemplar a la monja en el coro, cuando ésta fija en el breviario sus ojazos húmedos de llanto.

Sale Sor María por el postigo del jardín. El jardinero —vejete de carita socarrona, rastrillada a surcos movedizos—la saluda quitándose el sombrero de petate, y luego se enjuga el sudor del rostro con la manga de la camisa, curvándose de nuevo sobre la platabanda de rosales tempraneros.

El capellán de las clarisas moja en un caserón florido, caliente de sol y sonoro de pájaros. A esta hora del atardecer, escribe. Fray Gabino tiene fama de varón ilustrado, amigo de infolios y meditaciones.

Moja cuidadosamente la pluma de ave, recortada, en el tintero de plata que ocupa el medio de su escribanía. Maneja la péñola con lentitud y parsimonia. De vez en cuando, lleva a las fosas de su nariz aguileña las yemas de su pulgar y su índice huesudos, que aprisionan un polvillo de rapé. Aspira fuerte y estornuda con alivio. Recoge la pluma y traza caracteres, que procura hacer elegantes, en el pergamino rugoso. Tiémbrale un poco la diestra, y mortificado, piensa: Esta incorregible manía del tabaco...

Han llamado a la puerta de cedro, gruesísima, que muestra comidos de carcoma sus altorelieves toscos. Entra un monago y cuchichea en las orejas velludas del capellán. Con sus zapatos bajos, de cordobán sin adornos, el fraile empuja hacia atrás su sillón de alto espaldar y asiento de cuero, e interroga al monaguillo:

—¿Cómo es eso, muchacho? ¿Quiere confesión? ¿Dónde está?

Y se contesta él mismo, descabalgándose las gafas empañadas:

—En la iglesia. Bueno. No es hora oportuna, pero iré.

Sacude de la sotana las briznas de rapé, y, poniéndose el manteo, sale de su casona y avanza por las calles solitarias. Desde la sacristía pasa al templo. Sor María de la Anunciación está arrodillada, rezando, en la capilla de Nuestra Señora de los Dolo-

res. Fray Gabino se encaja en el angosto confesionario. Una voz queda, cariciosa, musita al otro lado de la rejilla las oraciones de ritual. El capellán pega la oreja al enrejado y escucha.

Grazna una lechuza en un ventanal abierto, entre las sombras de la nave. Algunos pabilos lengüetean en los portavelas...

Lleva largo rato la confesión. Fray Gabino riñe con suavidad a la monjita: esas escapadas del santo asilo no están bien, aunque la tolerancia de la madre superiora las permita. Para tales menesteres, él va al convento. Mas, pronto se sobresalta su atención.

—Decidlo claro, hijita. ¿Cómo es eso? ¿Sueños? ¿Qué sueños? Vamos, confiad en la misericordia del Señor.

Silabea la monjita, temerosa. Sí, sueños. Unos raros sueños, de los que despierta febril, con sudor frío en el cuerpo y las sienes como fraguas.

—Pero... ¿sueños pecaminosos?

—No sé, padre, quizá sea así, aunque las apariciones de mis sueños son como figuras de ángeles....

—¿Os hablan? ¿Os tocan?

—Sí, padre, en veces.

Remuévese el sacerdote en su encierro, y discurre:

—Basta, hija. Esa dulzura es obra del demonio que sabe disfrazarse, el muy ladino. Pero no temáis. Debéis rechazar las visiones, aunque estéis dormida, porque la conciencia del puro nunca lo está, por más que el cuerpo duerma. Hacedles la higa. Quedaréis presa del pecado inmundo si lo toleráis. Con el favor de Dios Nuestro Señor todo se vence, si sabemos ser fuertes. El enemigo sólo respeta a los esforzados de ánimo, que no se dejan engañar por sus argucias. ¿Rezáis mucho? ¿Rezáis con verdadera devoción?

Sor María reza mucho, incansablemente, en ocasiones hasta que en el ventanuco de la celda apunta el alba. Sólo entonces

reposa algunos momentos, porque esos sueños la fatigan en demasía y le tronchan el cuerpo en desmayo. Ha rogado al Señor con toda su alma que la libre de los fantasmas intrusos; pero el Señor no se digna oírla.

—¡No blasfeméis, hijal! El Señor siempre nos escucha; pero el pecado nos vuelve sordos a su voz.

—Flaqueo ya, padre mío. Me atormenta la idea de que vivo en pecado mortal. Y no puedo más. ¡Salvadme, acorred mi necesidad!

—¿Habéis probado el cilicio?

—No, padre.

—Pues hacedlo. Es el gran medio para dominar las flaquezas de la carne.

El confesor, con la mano extendida, traza en el aire la señal de la cruz, y murmura:

—Ego te absolvo, in nomine Patri...

Se ha ido la monjita como vino: lenta, rítmica, a pasos largos, con los ojos regando humildades por el camino de Dios...

—IV—

Esa noche duerme tranquila, después de rezar muchos rosarios y hacer acto de contrición.

Pero a la noche siguiente, como si el Maligno hubiese redoblado su asedio, tornan las visiones. Despierta anhelante Sor María, temblando bajo las mantas ásperas. Canta un gallo a lo lejos y la cuitada piensa:

Parece un aviso... Se santigua, atropellando oraciones. En la obscuridad, deslízase del camastro. ¿Dónde dejó el cilicio? ¡Ah sí, en el reclinatorio! Lo coge y se sienta a la orilla del lecho. Muévase en silencio, reteniendo su anhelar, con azoro incontenible.

Comienza a desnudarse. Ha semanas que no lo hace, desde que principiaron las visiones. Para despojarse del hábito, tiene que sacarlo por los pies. Al roce, la sacude un calofrío extraño. Azogada, toca sus caderas y se palpa la cintura para aplicar los garfios y ajustar el cinturón de crin. Aquel contacto con su propia carne la provoca lágrimas, y sacude las manos en la tiniebla como si sacudiera sierpes...

Del cuerpo impoluto emana un olor agrio. ¡Jesús! ¿No dicen que el Enemigo apesta a eso, a vaharada de macho cabrío mojado? Pero no: del pecho sube un aroma bendito. Recuerda: esa tarde se metió entre el plantío de albahaca, para ayudar al jardinero. También percibe un dejo de incienso: lo trajo del coro, cuando estuvo cantando las alabanzas a Nuestra Señora, en este plácido mes suyo.

Sor María se tiende en la vacija como una pecadora, boca arriba, porque las puntas del cilicio deben herir de firme. A las primeras punzadas, gime la monjita. ¿Resistirá hasta el fin? Sí, con ayuda de la Santísima Virgen. A poco, se revuelve ahogando con las manos, sobre la boca trémula, el grito del padecer.

—¡Ayúdame, Madre mía, Vos que tuvisteis el corazón traspasado por todos los dolores!

Mana la sangre. La monjita se incorpora para orar. Pero una tibieza cariciosa la distrae: el licor de penitencia se escurre de la cintura al vientre, y va bajando, perezoso como un áspid. Ya humedece los muslos... y parece detenerse complacido, mientras está mojado la carne doliente, poco a poco...

Sor María estrangula un alarido. Aquella violación es nefanda. ¡Jesús, Jesús de misericordia! Está manchada de ignominia. No puede secarse, no, porque no la es dable tocar con sus manos lo que el otro—el demonio que ha salido de su cuerpo mismo—manosea con dedos de sangre. Debe resistir, humillarse, hacer caso omiso de su arcilla miserable...

Torna a tenderse, entre la tiniebla, y tómala de nuevo el pinchazo torturador, ahora en carne viva. Con la mente en vol-

tijeo, salta, cae en las losas frías y se agita sobre ellas, aliviada por su frescor.

—¡Acúdeme, Madre Santísima! ¡No quiero pecar!

Advierte que el contacto de la piedra se vuelve voluptuoso, y cae en la cuenta:

—¡Es el Malo que me tienta!

Tambaleante torna al camastro. La punzadura del cilicio la suplicia; pero ya no la importa el dolor físico. Hasta puede sonreír...

¿Cuánto tiempo ha pasado? No amanece todavía. Sombras densas se mueven en los rincones que han huído hacia una desierta lejanía. En el espacio inconmensurable que rodea a la monjita, hay susurros de alas, murmullos extraños, siseos que parecen llamarla...

Sor María cierra los ojos, pavorida, como si cerrándolos lograra librarse de los habitantes de la tiniebla. Fuera, tañen campanas, dando horas. Se decide a encender el candil. Se arrastrará sobre su propia savia derramada... Pero ya no consigue incorporarse. Y, al abrir los ojos, ve una luz áurea que viene de un ángulo de la celda, sin iluminarlo. Es como un halo. Se precisa el núcleo de claridad y en él principia a delinearse una forma.

Sor María recuerda el consejo del capellán; y, con los brazos en alto, hace la cruz con sus dedos índice y pulgar. No quiere ver hacia la forma recién aparecida; pero siente en ella una presencia sobrehumana. Y entonces, llorando sordamente, baja los párpados y se deja estar. La invade un sopor deleitoso...

Se deja estar. Ya flotan sus sentidos en la atmósfera del sueño que la liberará del horror.

—V—

Quando se entreabre la flor del alba en los cielos serenísimos, una novicia que acierta a pasar frente a la puerta de la cel-

da que ocupa Sor María, escucha el murmurio de un rezo en el interior—una como salmodia dulce y gozosa que parece venir de la distancia. Curiosa y sobresaltada, golpea con los nudillos la hoja que sólo está entornada.

—Sor,—¿estáis despierta?

—Acercaos, hermanita.

Entra la novicia, santiguándose. Sor María se adelanta, deslizándose en la penumbra como una aparición. Tiene tal brillo en los ojos que la otra se solivianta:

—¿Os ocurre algo, Sor?

—Sí, hermana. La Santísima Madre me ha acorrido. Ya sé que no he pecado... Mirad: la sangre desapareció...

—¿Sangre? ¿Dónde. Sor? Estais delirando: aquí no hay sangre... Vuestra celda perfuma... ¿No lo notáis?

—¿Perfuma? ¿Sentís acaso?

—Sí...serán los rosales del huerto... Pero ayer estaban en botón...y el ventanuco está cerrado. ¿Lo abristeis antes?

—No, hermanita. Miremos.

Corren la banda de madera claveteada, que limitan férreos barrotes, y miran hacia abajo. ¡Los parterres están floridos!

—Véis?—dice la novicia.— Y vos hablabáis de sangre.

—No...no... Debo de haber soñado. Son rosas rojas...
Rosas de Nuestra Señora.

Historia Patria

INVASION DE MARTIN ESTETE
FUNDACION DE LA CIUDAD
DE LOS CABALLEROS

Por Jorge Lardé y Larín

*Confusión de límites
jurisdiccionales.*

A fines del año de 1529 no estaban bien demarcados los límites jurisdiccionales de las dos más importantes gobernaciones establecidas por los españoles en el istmo centroamericano: la de Guatemala, a cuya cabeza estaba el adelantado don Pedro de Alvarado, uno de los capitanes más ilustres de su siglo; y la de Tierra Firme, a cuya cabeza encontrábase Pedro Arias de Avila o Pedrarias Dávila, uno de los políticos más hábiles que llegaron de España al Nuevo Mundo.

Por esta causa, en la época referida, la región ultra-lem-pina oriental del actual territorio salvadoreño, por su misma situación geográfica, fué objeto de litigio entre las gobernaciones de Guatemala, Honduras y Tierra Firme, cuyos gobernadores, de acuerdo a sus ambiciones y caprichos, invocaban derechos incuestionables sobre esa comarca.

Ese territorio en litigio, rico en minas de oro y plata, en productos agrícolas y en prósperos y laboriosos pueblos de indios, fué descubierta por el piloto mayor Andrés Niño, de la expedición de Gil González Dávila, en 1522; en 1525 fué visitada por don Pedro de Alvarado que llegó, según propia expresión, hasta la «tierra firme que se dize de Pedrarias» (1); en ese mismo año pasaron por allí Gil González Dávila y Francisco de las Casas, de la Gobernación de Honduras; y, a mediados de 1526, el propio Alvarado, en su viaje a las Hibueras u Honduras, visitó nuevamente esta región. Es posible, además, que otros capitanes, impulsados por un afán desmedido de gloria y de riquezas, ora de una, ora de otra de las tres gobernaciones citadas, hayan hecho incursiones por aquellos lares.

El historiógrafo eclesiástico presbítero Domingo Juarros, en su «Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala», habla en estos términos de la confusión de jurisdicciones que prevaleció en Centro América, en los comedios de la primera mitad del siglo XVI:

«Como en los tiempos inmediatos a las conquistas de estos Reinos—dice—no estuviesen deslindados los términos y confines de las provincias y por otro lado la ambición y codicia de los hombres con nada se sacia; cada Gobernador quería entender los límites de su territorio hasta donde alcanzaban sus deseos. Mucho más si en las inmediaciones de su distrito había tierras ricas ó por sus minas ó por sus frutos. Bien sabidos son los esfuerzos que hicieron los Gobernadores de Honduras y Nicaragua por incorporar el valle de Olancho, famoso por sus ricas vetas de oro, en su provincia y jurisdicción, pretendiendo cada uno que le pertenecía». (2)

*Pedrarias Dávila organiza una
Expedición contra Cuzcatlán.*

Fué sueño de Pedrarias Dávila y de los subsiguientes Go-

(1) "Proceso de Residencia contra Pedro de Alvarado", Ed. de 1847, pág. 88.

(2) Obra citada, Edic. 1857, Tomo II, Tratado IV, Capítulo 20: "De la invasión que hizo Martín Estete en la provincia de San Salvador", pág. 100.

bernadores de Nicaragua, que se reconociera por la real corona el curso del río Lempa como límite natural, político y administrativo de las gobernaciones de Tierra Firme y de Guatemala.

Con el objeto de hacer prevalecer sus pretensiones, a fines de 1529 organizó Pedrarias Dávila una expedición, cuyo objeto era fundar una colonia de españoles en la zona levantina salvadoreña.

Nombró jefe de aquella empresa al capitán Martín Estete, su criado muy adepto, de quien un antiguo cronista dice que era «hombre no tan hábil en la milicia quanto desdichado y floxo en la capitania é cosas de la guerra, pero despierto en otras astucias y cautela» (3).

El cronista mayor don Antonio de Herrera, en su «*Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*» (4), asevera que dicha expedición la integraban 90 soldados de a caballo y 110 de infantería (5); pero, en un «*Memorial dirigido a S. M., por el Ayuntamiento de León de Nicaragua*», en 1531, se fija el número de los expedicionarios en 150 soldados de a pie y de a caballo.

Se trataba, pues, de una expedición numerosa, bien organizada y dotada de todos los elementos indispensables para la conquista y colonización de la zona pretendida por Pedrarias Dávila, expedición que llevó consigo cosa de 4,000 indios auxiliares, según consta en el siguiente pasaje tomado de una «*Relación*»

-
- (3) "Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano", por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Edic. 1853, Tomo II de la Segunda Parte, Libro XXIX, Capítulo XXXIII, pág. 166.
- (4) Obra citada, Década IV, Libro VII, Capítulo V. pág. 132, col. 2a.
- (5) En las actas del Cabildo de Guatemala, en la "Recordación Florinda" del cronista Francisco de Fuentes y Guzmán y en la obra citada del historiador Domingo Juarros, se consigna que eran 200 los soldados de a pie y de a caballo que traía el capitán Martín de Estete

hecha, en 1545, por el licenciado don Francisco de Castañeda, ex-Gobernador y ex-Alcalde Mayor de Nicaragua:

«Sabrá vuestra alteza—dice—que por algunos gobernadores de la dicha provincia se ha ynviado hacer entradas a poblaciones de tierras que ellos han dicho que convenían, en las cuales entradas han permitido por muchas veces asolar los indios de la dicha provincia en dejar llevar a hecho, a cada uno de los que iban en las entradas, los indios que querían llevar de sus repartimientos y hurtados, sin lo defender, ni prohibir ni poner recaudo en ello; y *hubo entrada a do se sacaron más de cuatro mil indios, y los llevaron encadenados y no volvieron seis indios dellos a la dicha provincia (de Nicaragua), y los pobres indios encadenados iban mirando los caminos y llorando decían: «Por aquellos caminos íbamos a servir a nuestros amos a León y de allí volvíamos a nuestras casas, a nuestras mugeres y hijos y maridos, y ahora vamos sin esperanzas de jamás volver a nuestras casas».* Esta fue la entrada que hizo el capitán Martín Estefe hacia Guatimala, de lo cual yo ynvié larga información a vuestra alteza y nunca a ella se me respondió ni a otras cosas importantes que envié a informar, por lo cual quise venir en persona a informar a vuestra alteza y a otras cosas conforme a la licencia. (6).

Trágico cuadro fué, sin duda, el que presentaron aquellos 4.000 infelices indios que, encadenados y humillados, azotados y sin esperanza alguna de retornar a sus natales pueblos, emprendieron la larga caminata desde León de Nicaragua hasta San Salvador de Cuzcatlán, como verdaderos esclavos.

La mayoría de esos indios eran mangués o chorotegas que en anteriores expediciones, habían visitado la región situada aguende el río Goascorán y Golfo de Fonseca, y bautizádola con el nombre de *Nekepio*, que en su idioma significa literalmente «extranjero país» o «extraña tierra», ya que proviene de las voces *nekepu*, tierra, país; y *kiop*, extraño, extranjero. (7).

(6) "Archivo General de Indias", Estante 52, cajón 1, legajo 3-18.

(7) Véase "Nekepio, Nombre Antiguo de la Provincia de Cuzcatán", por Jorge Lardé y Larín, en la Revista del Ateneo de El Salvador, Tomo XXIV, núm. 180.

Aunque desconocemos la cronología e itinerario de la expedición de Martín Estete es posible conjeturar que ésta penetró al territorio actualmente llamado salvadoreño por la ruta de la costa, es decir, por el curso inferior del río Goascorán.

*Expedición Contra los Indios
Lencas Fortificados en el
Peñol de Ucelutlán.*

Casi al mismo tiempo que Pedrarias Dávila organizaba en León de Nicaragua su temeraria empresa contra Cuzcatlán, la gran metrópoli pipil que en los tiempos gentiles, según expresión de Torquemada, «fué celebre por sus riquezas y el poderío de sus príncipes», el Visitador Diego de Rojas, que había llegado a la villa de San Salvador, situada entonces en el valle de La Bermuda, cerca y al sureste del núcleo indiano de Suchitoto, de orden del Capitán General, Juez de Residencia y Alcalde Mayor de Guatemala Francisco de Orduña, capitaneaba una expedición a la zona levantina salvadoreña con el propósito de sofocar el levantamiento iniciado por los indios lencas de aquella región, fortificados en el peñol de Ucelutlán.

Sobre esa campaña el cronista mayor don Antonio de Herrera, dice:

«Enbió el Capitán (Francisco de) Orduña á la Villa de Cuzcatán (8), sesenta Leguas de Santiago, á vn Caballero, llamado Diego de Roxas, i con sesenta Castellanos, que havia en aquella Villa, conquistó, con mucho trabajo, todo lo que tenía repartido; i entre otras salidas, hizo vna con quince Caballos, i

(8) El nombre correcto del más poderoso núcleo indiano encontrado por los españoles en territorio salvadoreño es *Cuzcatlan*, tal como lo escribe el cronista Herrera, el cual proviene de las voces *cuzcatl*, joya, alhaja, cuenta de collar, símbolo de la riqueza, y *lan*, destiñencia de lugar. Significa, pues, "la ciudad-joya" o "país de preseses", en el idioma náhuatl de los indios yaquis o pipiles. Los mexicanos o aztecas que vinieron con don Pedro de Alvarado le designaron *Coxcatlan*, de *coxcatl*, joya, alhaja, cuenta de collar; y *lan*, destiñen-

otros tantos Peones, para pacificar ciertas Provincias de la otra parte del Río Lempa, vno de los maiores que hai en aquellas Comarcas, i que no se vadéa: por lo qual los Indios se hacian fuertes en la otra Ribera; i quando los Castellanos intentaban de pasar, se lo defendian, i sobre esto solian herir a muchos Christianos. Con todo esto porfió tanto Diego de Roxas, que pasó en Canoas, aunque le hirieron veinte Castellanos, los quales pelearon gran espacio de tiempo, resistiendo siempre los Indios, hasta que puestos en desorden, i huída, se fueron á recoger á vn Peñol, a donde se juntó toda la Tierra, i alli los tenian sitiados. Entretenianse estos Castellanos en la Provincia de Guatemala, con mucho trabajo, porque hasta entonces tenian poco Oro de las Minas: i por estar apartada de otras Provincias, valian las cosas tan caras, que vna docena de Herraduras costaba quince Pesos; cinquenta vna Silla Gineta; sesenta vn Saio de Paño, i todos los demás Vestidos al respecto; vna mano de Papel cinco Pesos; i los Caballos que llevaban de Mexico, costaban á doscientos Pesos, por lo menos».

«Habiendo vn Mes—prosigue diciendo en su relato el cronista Herrera—, que el Capitan Diego de Roxas tenia sitiados a los Indios del Peñol, hablando iá en conciertos, se halló, que era trato falso, porque estaban acordados con los Indios Amigos, que andaban con Diego de Roxas, para que en buena coiuntura saliesen los de dentro á dár en les Christianos, i que al mismo tiempo los acometiesen también los Indios del Ejército, que quando Dios no lo remediára, por el cuido de Diego de Roxas, que era Capitan diligente, no quedára vivo ningun Castellano. Descubriose lo vn Indio, que le servia, porque como Hombre blando, i que le trataba bien, i á todos los qua andaban con él, le amaba. Sabido, pues, el punto, en que se havia de executar lo concertado, que era el Dia siguiente, Diego de Roxas hizo prender á todos los Caciques; i aunque puso cuidado, para que

cia ne lugar, es decir, "la ciudad-joya", "país de riqueza". El náhuat salvadoreño carece del sonido *tl* del náhuat mexicano. De ahí ha salido la voz combinada *Cuzcatlan*. Es un error ortográfico imperdonable escribir con *s* la voz *cuz*, pues el náhuat carece del sonido *s*.

no lo sabiendo los del Peñol, saliesen á pelear, como lo habian determinado, i hallandole apercebido les pudiese dár vna buena mano, fue imposible, i asi no salieron. Recibió su información, confesaron el caso, i que despues de executado su proposito, pensaban acometer la Villa de Cuzcatán, i matar los Castellanos, que havia en ella. Hizo justicia de los presos: sabido por los del Peñol, determinaron de rendirse, &» (9)

*Martín Estete Captura a
Diego de Roxas.*

En las pláticas sobre la rendición del peñol de Ucelutlán se hallaba el capitán Diego de Roxas, según refiere el mismo cronista, cuando fué avisado de la presencia de otros españoles en la misma comarca.

«..., i tratandose el concierto—agrega Herrera—, fue avisado el Capitan Diego de Roxas, que avia otros Castellanos en la Tierra, i que eran muchos, i que estaban dos jornadas de alli (10); i pareciendo'e cosa mui nueva, determinó de irlos á reconocer con quatro Caballos, i quatro Peones: eran noventa de á Caballo, i ciento i diez Infantes, que en llegando Diego de Roxas le prendieron, con sus Compañeros. Iban por orden de Pedrarias Davila, á cargo del Capitan Martin Estete, su Teniente, á poblar á Cuzcatan, llamada San Salvador. Algunos de los Indios, que llevaba Diego de Roxas, en viendole preso, se huieron, i dieron aviso en la Villa, i á los de su Exercito, los quales se retiraron luego a San Salvador, i avisaron á Santiago de los Caballeros, de la prisión de Diego de Roxas, etc.» (11).

El historiador Juarros resume así el relato de Herrera:

(9) Obra citada, Década IV, Libro VII, Cap. V, pág. 132, cols. 1a. y 2a.

(10) "Dos jornadas" equivalen a "dos días de camino" y cada jornada era de 6 a 7 leguas.

(11) Obra citada, Década IV, Libro VII, Capítulo V, págs. 132, col. 2a. y 133 col. 1a.

«...: introdujose este Capitan (Martin Estete) por las provincias de Chaparrastique ó de San Miguel (12), á tiempos que el Capitan Diego de Rojas se hallaba pacificando á unos indios alzados de la otra parte del rio Lempa: fué avisado Rojas que habia otros Castellanos en la tierra, pareciéndole cosa extraña, y determinó irlos á reconocer con cuatro caballos y cuatro peones: eran 200 los soldados de Estete, que, en llegando Rojas, lo prendieron con sus compañeros. Algunos de los indios que llevaba Diego de Rojas, viéndolo preso se huyeron y dieron aviso á sus soldados: estos, siendo pocos, no se atrevieron á acometer á los de Estete, sino que se retiraron á la villa de San Salvador: de aqui avisaron á la Ciudad de Guatemala» (13).

El Cabildo de San Salvador comunica al de Guatemala la presencia de Estete y la captura de Rojas.

Al tenerse noticias en la villa de San Salvador de la presencia de un ejército intruso de españoles, respetable por el número de combatientes e indios auxiliares como por su organización y pretensiones, y que el jefe del mismo, Capitán Martín Estete, había hecho prisioneros al Visitador Capitán Diego de Rojas, el Cabildo de esta colonia (14) envió a Miguel Estal a la

-
- (12) Por un error de interpretación en el texto de Bernal Díaz del Castillo, el cronista Francisco de Fuentes y Guzmán, en su "Recordación Florida", comete el error, que repite el historiador Juarros, de llamar a la provincia de San Miguel, "provincia de Chaparrastique". Los chapanastiques o Chaparrastiques eran pueblos lenca o potones situados en la margen derecha del río Lempa, en la provincia de San Salvador y no en la de San Miguel.
- [13] Obra citada, Edic. 1857, Tomo II, Tratado IV, Capítulo 20, págs. 100 y 101.
- [14] Cuando la invasión de Martín Estete al Cabildo de la villa de San Salvador, organizado en enero de 1529 por el Capitán General don Jorge de Alvarado, estaba integrado así: alcaldes ordinarios, Antonio Docampo y Sancho de Figueras; regidores, Alonso de Oliveros, Alonso de Villalva, Pedro de Ivaño, García de Contreras, Juan de Quintanilla y Pedro Cerón; y alguacil mayor, Juan de Arévalo.

ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, a fin de que informara de los sucesos ocurridos, que habían tenido efecto a mediados de enero de 1530.

En Acta del Cabildo de Guatemala, de la sesión del sábado 12 de febrero de 1530, se lee lo siguiente:

«El dicho Capitan (Francisco de Orduña) dijo que ya sabian y visto por una carta, que el cabildo de la villa de Cuzcatan le habia escrito y habia traido Miguel Estal, el cual en sus presencias dijo como habia venido un Capitan que se llama Martín de Estete, por mandado del Gobernador Pedrarias á tierras de la dicha villa, con gente de pié é de caballo armada hasta doscientos hombres, y de su propia voluntad habia prendido á Diego de Roxas teniente de la dicha villa de Cuzcatan, é á otras diez é siete personas. E demás desto habia venido por la tierra de la dicha villa, haciendo mucho mal á los naturales, é dizque se venia á meter é á poner otra de su mano, é aun venir a poner frontera sobre esta dicha cibdad. E que de parte de la dicha villa dijo el dicho Miguel Estal á los dichos Señores que les suplicaba proveyesen sobre ello lo que fuese servicio de Dios é de sus magestades, según que ante mí el dicho escribano lo dijo».

Enseguida, según la misma acta, el Capitán Francisco de Orduña sometió el delicado asunto a los miembros del Cabildo, a fin de que éstos acordaran lo más justo y conveniente.

Discutido el asunto, los alcaldes ordinarios Gonzalo Dovalle y Juan Pérez Dardón, los regidores Eugenio de Moscoso, Bartolomé Bezerra, Gómez Arias y Antonio de Salazar, y el Tesorero Francisco de Castellanos, ante los oficios del escribano público Juan Páez, dijeron:

«... que al presente no les consta en que parte ni en á donde está la gente de Pedrarias, ni el dicho Miguel Estal no dá relación donde está la dicha gente, é que hasta tanto que se sepa la verdad que se debe de enviar una buena persona con una carta de justicia del dicho Capitan (Francisco de Orduña), para que derrame (Martín Estete) la gente y salga de la dicha villa é sus

términos, hasta tanto que envíe á esta cibdad si trae de su magestad provision para poder hacer lo que ha hecho ó quiere hacer, y que siendo vista (la provisión real) que harán y están prestos de hacer lo que su magestad mandare». (15)

Enseguida, se enviaron mensajeros tanto al Capitán Martín Estete, feroz emisario de Pedrarias Dávila, como al Presidente y Oidores de la Real Audiencia de Nueva España (México).

El cronista Herrera refiere sobre este asunto, lo siguiente:

«... desde donde (Guatemala) se embió vn Escribano, para que requiriese á Martin Estete, que si tenia Provisiones Reales, para lo que hacia, que las mostrase, i le ayudarian á pacificar la Tierra; donde no, que se saliese de ella, y soltase los presos. Respondió, que iba por Capitan de Pedrarias, de cuiá Governacion era aquella Provincia, i que determinaba hechar á los que en ella hallase, i no soltar los presos». [16].

La insolente respuesta de Estete al Cabildo de Guatemala fué conocida en la sesión del 28 de febrero de 1530, según consta en el acta respectiva. En esa sesión el Capitán Francisco de Orduña, dijo:

«...que ya sabian sus mercedes de la venida de la gente de Pedrarias a la villa de Cuzcatan, é á cierto mandamiento que él les habia enviado á la dicha gente, é la carta que este cabildo escribió al Capitan Astete, el dicho Martin Astete hizo cierta respuesta, y escribe á este dicho cabildo una carta misiva, la cual é la dicha respuesta del dicho requerimiento, por mí el dicho escribano fué leida en el dicho Ayuntamiento. Por ende, que de parte de su magestad les mandaba, é de la suya pedia por merced, que como buenos vasallos de su magestad é deseosos que son de su servicio, miren é platiquen sobre ello lo que les pares»

(15) "Libro Viejo de la Fundación de Guathemala. Año de 1524" Edic. 1934, págs. 109 y 110.

(16) Obra citada, Década IV, Libro VII, Capítulo V, págs. 133. col. 1a.

ca que se debía hacer, é que fuese todo inclinado al servicio de su magestad, é paz é sosiego, é defendimiento desta gobernación, como siempre lo han hecho, habiendo respeto á lo hecho por el dicho Martin Astete é su gente, é á como el dicho Señor Capitan y este cabildo, acerca deello é de todo lo susodicho, han hecho mensagero á los Señores Presidente é Oidores de la abdiencia é chanchillería de su magestad que reside en la gran cibdad de Mexico, para que su magestad acerca dello proveyese lo que fuese su servicio, porque eldicho Señor Capitan está presto é aparejado de tomar sus votos é pareceres, como de persona zelosa del servicio de Dios é de su magestad» [17].

Asistían a esta memorable sesión, además del Capitán Francisco de Orduña, el alcalde ordinario Juan Pérez Dardón, los regidores Antonio de Sa'azar, Francisco de Castellanos (Tesorero de Su Magestad), Francisco de Arévalo, Juan de Espinal, Pedro Dovide, Bernaldino de Arteaga y González Sánchez de Liévana, los caballeros hijosdalgos don Pedro Portocarrero, don Diego de Alvarado, don Luis de Vivar, don Baltazar de Mendoza, don Juan de Chávez, don Ortega Gómez (contador de Su Magestad), don Bartolomé Bezerra, don Gómez de Ulloa, don Pedro de Torres, el presbítero Juan Godines (cura de Guatemala) y don Lois Dubox (gentilhombre de Su Magestad), quienes se pronunciaron así:

«...que ellos habian visto todos los dichos abtos é cartas susodichas, é aun también información como Martin Astete con cierta gente é con mano armada habia entrado en los límites é términos desta provincia de Guatimala, que ellos en nombre de su magestad han conquistado é poblado seis años ha [18], é la han tenido é tienen pacíficamente sin contradicción alguna. E que agora el dicho Capitan Martin Astete sin título de su magestad,

(17) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524", Edic. 1934, pág. 115.

(18) Don Pedro de Alvarado emprendió en junio y julio de 1524 la conquista de los pueblos pipiles de la provincia de Cuzcatlán, pero su campaña de ese año fué de resultados desfavorables: los indios no aceptaron el real dominio, se alzaron y obligaron al intruso a replegarse hasta Iximché, capital de los cakchiqueles de Guatemala

dizque se quiere entrar a la dicha jurisdicción é adjudicarla é meterla en la gobernación de tierra firme, que es del señor Pedrarias Dávila. Que porque sepa la verdad, si es así verdad, que pedían é pidieron al dicho señor Capitan (Francisco de Orduña), que como justicia que es en esta gobernación, vaya a visitar en persona los límites é términos que esta cibdad tiene por posición, que es hácia la parte de Choluteca, los cuales términos lleguen de aquel cabo del rio grande que se dice de Lempa. E si hallaren que algunas personas de hecho, é sin facultad de su magestad ó de otra persona que para ello tenga poder, les han derribado ó hollado sus mojones é límites, ó se los quieren usurpar ó tomar por fuerza, los tornen á alzar é meterles é sostenerles en la posición de los dichos términos que aquí tiene tanto tiempo ha, é no consienta que sean despojados dellos sin tela é figura de juicio, pues que de derecho se requiere ser así. E que para ir á hacer la dicha visitación de los dicho términos é para hacer é cumplir y ejecutar todo lo susodicho el dicho regimiento é vecinos, é moradores y estantes en esta cibdad, están prestos é aparejados de ir con él, é le acompañar en la dicha visitación. E que si el dicho Martin Astete ó otra persona alguna pretende tener lagun derecho á los términos é jurisdicción desta cibdad é provincia, ó alguna parte dellos, que se le pidan ante su magestad, ó ante quien é con derecho deban, que esta dicha cibdad y ellos estan prestos de estar á justicia con ellos, conforme a la ley de Toledo é de estos reinos, é que con toda brevedad vaya á hacer [1] a dicha visitación, que dicho han de suso» [19].

En seguida, solicitaron al capitán Orduña que «mande á Gonzalo Dovalle, alcalde ordinario desta dicha cibdad, que está en esta dicha cibdad, que sobre este negocio dé su voto como sea servicio de su magestad». [20].

En vista del parecer de los más conspicuos vecinos de Guatemala, el capitán Orduña contestó lo siguiente:

(19) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, págs. 115 y 116.

(20) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 116.

«...que él estaba presto de ir á hacer é cumplir lo por ellos pedido. E porque, como es notorio, por aquellos límites en que están los dichos términos é fines desta provincia está la provincia de los Izquipulas é otras de guerra, é ansi mismo está la dicha gente que trae el dicho Martín Astete, que para seguridad de su persona es menester que vayan con él gente de pié é de caballo, é que yendo con él los susodichos que le han requerido, y otra gente que sea bastante copia para él ir el dicho viage, que irá. E para saber que gente quiere ir con él, mandó dar un pregón. para que todos los que quisieren ir á lo susodicho, dende en tercero día se vengán á escribir é asentar ante mi el dicho escribano, é que visto el número dellos, que hará lo que sea servicio de su magestad». [21].

En la sesión del 2 de marzo de 1530, el capitán Orduña manifestó:

«...: que ya saben sus mercedes, como en el dicho cabildo pasado quedó acordado que por algunas cabsas el dicho Señor Capitan en persona fué á visitar los términos desta cibdad. E que á cabsa que su persona fuese acompañada é guardada, ansi de los indios que estan de guerra, como porque españoles de la gobernación de Pedrarias se han entrado en ellos forzablemente, que para ellos los regidores é caballeros desta cibdad irian con él con gente bastante. E para ello se dio pregón, ep no parece que la gente que quiere ir son sino obra de setenta hombres poca más o menos de pié é de caballo, lo cual es poca copia de gente; porque hay muchos indios rebelados, é porque la gente de Pedrarias dizque son doscientos españoles de pié é de caballo. E porque su zelo es de hacer aquello que es obligado al servicio de su magestad y defensa desta jurisdiccion, quedándole copia de cien hombres de pié é de caballo, que es harto poca gente según la mucha de la otra parte, que él está presto de ir; é donde no, si alguna gente se metiere en la jurisdicción desta cibdad, é algun daño le viniere, que sea á su culpa é cargo della, é vecinos della

(21) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 116.

é no á la suya. Porque él no quiere ir a romper con ellos, salvo á hacer por tela de juicio lo que fuere justicia, pues los dichos españoles son vasallos de su magestad, é que para ir á hacer los dichos actos es menester que vaya bien acompañado» [22].

Estando presente en la sesión el alcalde ordinario Gonzalo Dovalle, persona que por su claro talento gozaba de respeto en la colonia, los municipes solicitaron al Capitán Orduña que le tomase su parecer. Así se hizo y el interrogado, dijo:

«... que él como Gonzalo Dovalle le duele la perdición, que de la villa de San Salvador escriben que han hecho aquella gente de Pedrarias; porque los vecinos della lo han trabajado, é conquistado lo que tiene é poseen á que mandándosele al Señor Capitán, él está presto de ir en persona a favorecer que á los vecinos no les sea tomado ni quitado lo que tienen. Pero que como alcalde de su magestad, dice que él tiene jurado el pro común desta cibdad, é no de otra cibdad ni villa ninguna, e si á los Señores deste cabildo les ha parecido que el Señor Capitán vaya á visitar los términos, que á él así mesmo le parece que el señor Capitán vaya con tanto que deje el recabdo necesario para la guarda desta cibdad. E que este es su parecer é si necesaria es así lo requiere al regimiento é al Señor Capitán.—Gonzalo Dovalle. [23].

En vista de tal opinión y de la negligencia observada en el Capitán General, Juez de Residente y Alcalde Mayor Francisco de Orduña, el cabildo guatemalteco tomó una resolución trascendental: la de nombrar a uno de los vecinos de la ciudad de Guatemala para que capitaneara la expedición a Cuzcatlán.

Así, los ediles dijeron: «... que mandaban é mandaron al dicho Francisco Lopes, que pues ha mucho tiempo que no sale

(22) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. de 1934, págs. 116 y 117.

(23) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 117.

desta cibdad, como ha sido la entrada de Imazagua, é la que fue Juan Perez á Jumaytepeque, é la de Xalpatagua, é la que fue don Pedro Amalin, é la que fué el dicho Señor Capitan (Francisco de Orduña) á Uxpatlan é Tianguetzepeque, é otras muchas que no ha querido salir desta cibdad. Por ende, que dicho Señor Capitan, juntamente con el dicho regimiento, le manden so pena de perdimiento de indios, é de todas las otras penas que en tal caso el derecho manda, é de cien pesos de oro para la cámara de su magestad, que vaya esta jornada». [24].

A continuación, el escribano público asienta:

«Luego el dicho Francisco Lopes dijo que de su voluntad vá, y el dicho Señor Capitán no mandó proceder adelante en este negocio, é se quedó aquí». [25]

En la sesión del 3 de marzo de 1530 el Cabildo conoció el texto de una carta que el Capitán Martín Estete dirigió al Capitán General Francisco de Orduña y sobre el particular, dijeron lo siguiente Gonzalo Dovalle, Juan Pérez Dardón, Juan de Esquivel, Pedro Dovide, Bernaldino de Arteaga, Gonzalo Sánchez de Liévana y Francisco de Arévalo:

«...que este negocio no se debe poner en rotura con el dicho Martín Astete, sino que se debe llevar por término de justicia, y esperar á que venga mandado de los Señores Presidente é Oidores del abdiencia é chancillería real, pues que le han escrito é hecho saber de la venida de los dichos españoles del dicho Martín Astete, é que venga respuesta de los dichos Señores é que si ser pudiere, haellos desviar por su justa justicia, é hacer con ellos los abtos é requerimientos, é otros abtos que conforme a justicia se deben hacer, entre tanto que las provisiones de su magestad para esta gobernacion vengan, pues que han enviado por ellas». (26)

(24) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524", Edic. 1934, pág. 117.

(25) »Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524" Edic. 1934, pág. 117.

(26) "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 118.

El regidor Antonio de Salazar se adhirió a tal parecer, pues le pareció «sano, é bueno é justo». (27)

Otro de los regidores, Francisco de Castellanos, manifestó:

«... que ya su merced (Francisco de Orduña) sabe como ayer dos días del dicho mes é año susodicho (28 de febrero de 1530), se concertó la ida á verse el Señor Capitán con el dicho Martin Astete é con su gente, con parecer del cabildo é de otros muchos caballeros, que presentes se hallaron, é á visitar sus términos é mojones, é que para ello su merced tenia la gente que habia menester con todos sus aderezos. E que le parece que su merced no debe dejar la ida, lo uno porque el dicho Martin Astete le escribe que haré por bien todo lo que su merced mandáre, é lo otro que claramente le consta por las provisiones del adelantado Pedro de Alvarado, que está en los términos é límites desta gobernación é de la villa de San Salvador. é que sacándolos de donde están no se pueden sostener, á menos que se pasen de aquel cabo del rio grande que se dice de Lempa. E que dejando su merced la ida, podrian rebotarse los españoles de la villa, é pasarse á los españoles de Pedrarias, lo cual estaria seguro, yendo su merced con la cópia de gente que estaba acordado, é que para quanto á la guarda desta cibdad quedaba buen recabdo, é que en tanto que su merced vá puede inviar a México una persona que traiga las provisiones é despachos, é que esto es su parecer». [28].

Luego el Capitán Francisco de Orduña agregó:

«... que visto como todo el cabildo sus votos eran conformes, que la ida de Cuzcatan cesase de Cuzcatan con la gente, porque de ello se esperaba resultar escándalo, é que se esperase

[27] "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 118.

[28] »Libro Viejo de la Fundación de Guatemala, Año de 1524». Edic. 1934, pág. 118.

la respuesta de los Señores Presidente é Oidores, excepto el voto del dicho Francisco de Castellanos regidor. Por ende, que él quería conformarse con el voto del dicho regimiento, é de los otros que presente se habían hallado. é de hacer otro mensagero á los Señores Presidente é Oidores de su magestad, para que provean lo que más servicio de su magestad sea, é porque esta cibdad conviene que haya buena guarda en ella, por cosas que su merced ha sabido de los indios desta provincia, é que caso que quisiese ir a Cuzcatan no habia gente para llevar é dejar en guarda desta dicha cibdad». [29].

FUNDACION DE LA CIUDAD DE LOS CABALLEROS.

Mientras se producían todas esas diligencias en la pacífica ciudad de Guatemala, ¿qué ocurría en la provincia de Cuzcatlán y villa de San Salvador?

«Los de Santiago—dice el cronista Herrera—dieron aviso al Audiencia Real de Mexico, para que lo remediase, i temiendose de que Martin Estete iba á pasar el Rio Lempa, i que caminaba la buelta de San Salvador, bolvieron á embiarle vn Regidor, i vn Escribano, que de nuevo le requiriesen, que se saliese de la Tierra, los quales le hallaron iá en la Villa; porque siendo la gente poca, no le pidieron resistir. (Pidió a sus vecinos), que le recibiesen por Capitan, i Gobernador, ofreciendo, si lo hacian, de no tomarles los Indios; i porque no lo quisieron hacer, se salió de la Villa, i se fue dos Leguas, á vn Pueblo, llamado *Porulapa* (30), a donde fundó vna Población, que llamó *Ciudad de Caballeros*, nom-

[29] "Libro Viejo de la Fundación de Guatemala. Año de 1524". Edic. 1934, pág. 118.

[30] Herrera escribe el nombre de esta población indígena así: *Porulapa*; y Juarros: *Perulapan*. Ha prevalecido esta última referido al pueblo de San Pedro Perulapán, cuyo casco fué escenario de una

brando Alcaldes, i Regidores, i los demás Oficiales: y desde allí corría la Tierra, i los Indios, por no obedecerle, se retiraban». (31)

El historiador Juarros, con base en lo dicho por Herrera relata así los sucesos:

«Interin estas cosas pasaban en Guatemala, Martín Estete siguió sus marchas hasta la villa de San Salvador: siendo poca la gente de esta villa no pudo impedir que entrasen en ella los de Pedrarias: Pidió Estete á los de San Salvador que lo recibiesen por Capitan y Gobernador, ofreciéndoles que si lo hacían no les tomaría los indios; pero habiéndolo rebusado, *se salió de la villa y retirado al pueblo de Perulapan, fundó una población que llamó Ciudad de los Caballeros: nombró Alcaldes, Regidores y los demás oficiales: y desde allí corría la tierra, haciendo robos y otros perjuicios». (32)*

Indudablemente, el hecho más remarcable de la permanencia del Capitán Martín Estete en la provincia de Cuzcatlán, es la fundación de una colonia con el título y nombre de *Ciudad de los Caballeros*, con asiento en el pueblo indígena llamado *Porulapan* por Herrera y *Perulapan* por Juarros, ya que ese fue el segundo acto de colonización realizado por los rubios peninsulares de ultramar en el territorio hoy salvadoreño.

Mas, ¿qué pueblo indiano sirvió de base a esa colonia de españoles?

sangrienta batalla el 25 de septiembre de 1839 entre las fuerzas salvadoreñas, que acaudillaba el general Francisco Morazán, héroe de esa jornada, y los hondureños, que dirigía el general Francisco Ferrera. En el idioma pipil o náhuat como en el mexicano no existe la letra *r*; la forma correcta de ese nombre es, pues, *Polalapan*, de *polulo*, *pululo*, una especie de pez de agua dulce; y *apan*, río: "río de los pululos".

[31] Obra citada, Década IV, Libro VII. Capítulo V, pág. 133, col. 1a.

[32] Obra citada, Edic. 1857, Tomo II, Tratado IV, Capítulo 20, pág. 102.

No ha faltado quien, a la ligera, ha identificado ese lugar con el pueblo de San Pedro de Perulapán, en el departamento de Cuzcatlán; más lo pedregoso, barrancoso y poco accesible del terreno que ocupa esta vieja población prehispánica y, en una palabra, sus condiciones nada favorables para el establecimiento de un centro de colonización, hacen ver lo improbable de que Martín Estete haya escogido ese sitio para fundar la Ciudad de los Caballeros.

Entonces: ¿en qué pueblo llamado Porulapa o Perulapán fundó dicha colonia el Capitán Martín Estete?

Además del pueblo de San Pedro Perulapán, en los tiempos gentiles existió otro pueblo llamado Polulapan y corrupto el vocablo por los españoles, Porulapan o Perulapán. Ese pueblo es conocido, en la actualidad, con el nombre de San Martín, en el departamento de San Salvador, el cual ocupa un hermoso valle que se extiende al norte de la laguna de Ilopango, en un punto que reúne todas las condiciones para la fundación de una urbe castellana.

Fué en ese sitio y no en San Pedro Perulapán donde Martín Estete fundó, por marzo de 1530, la Ciudad de los Caballeros, y es probable que se deba su nombre actual, San Martín, que ya usaba en el siglo XVI, al del temerario capitán que tuvo la osadía de disputar la provincia de Cuzcatlán a la Gobernación de los Alvarados.

*Expulsión de Martín Estete
de la Gobernación de los
Alvarado.*

Aunque en las Actas del Cabildo de Guatemala no se encuentran más referencias relativas a la invasión de Martín Estete, la expedición contra el intruso agente de Pedrarias salió de la capital de la Gobernación de los Alvarado al mando, no de Francisco López, sino del propio Capitán General, Juez de Residencia y Alcalde Mayor Francisco de Orduña.

El cronista Herrera relata así los sucesos posteriores:

«... Visto que no hizo caso de el segundo Requerimiento, acordaron los de Santiago de los Caballeros, de ir sobre él: salieron treinta de á Caballo, i treinta Infantes, i por mucha diligencia que usaron, hallaron, que havia levantado la Ciudad, i que dexando la Tierra robada, se llevaba mas de dos mil Personas; i porque vn Procurador le havia hecho sobre esto vn Requerimiento, le ahorcó: i que muchos de sus mismos Soldados, pareciéndoles mal tantas insolencias, se quedaban con los de Guatemala. Y no pareciendo á los de Santiago sufrir cosa tan mala, como hacer Esclavos a los Libres, se resolvieron de pasar sobre Martin Estete, el Río (Lempa): alcanzaronle dos Leguas de la otra parte, vna mañana. Hallaronle con su gente apercebida, porque havia tenido noticia que le seguian; pero Martin Estete, y el Capitan (Diego López de) Salcedo, no fiandose de los Suios, i dexandolos puestos en Batalla, se pusieron en salvo. Los de Santiago embiaron á decir á los Soldados de Pedrarias, que les restituisen los Indios que llevaban, i se saliesen de la Provincia (de Cuzcatlán); i visto que se hallaban sin Capitan, se ofrecieron de hacerlo, i lo cumplieron, quedando los Indios en libertad, con el Capitan Diego de Roxas, i sus Compañeros. Esta diligencia de los Castellanos de Guatemala, fue de mucho provecho, para que los Indios de la Tierra se acabasen de reducir, i ellos se quedaron alli descansando, porque havia andado noventa Leguas, sin reposar. Pasados tres Dias, el Capitan Francisco de Orduña dio licencia, para que los que quisiesen volver á Nicaragua, que estaba de alli, por Tierra, ciento i quarenta Leguas, i por Mar docientas, lo pudiesen hacer. Quedaron con él noventa Castellanos de los de Pedrarias, i llegado a Santiago de los Caballeros el Dia de Pascua de Resurrección (33), hallaron al Adelantado D. Pedro de Alvarado, que entendidos estos rumores en Mexi-

(33) Según mis cálculos eclesiásticos, la Pascua de Resurrección o domingo pascual, ocurrió en 1530 el domingo 17 de abril. En la sesión del Cabildo de Guatemala, de fecha 11 de ese mismo mes y año, se presentó don Pedro de Alvarado, quien regresaba a su Gobernación, vía México, de su primer viaje a España.

co, havia ido para defender su Gobernación, i llevaba ochenta Soldados de á pie, i de á caballo». [34].

Estos sucesos son resumidos así por Juarros:

«Mas habiendo sabido (Martín Estete) que los de Guatemala iban contra él, alzó la ciudad y dejando la tierra robada se llevaba mas de 2,000 indios: siguiendo (1º) los de Guatemala hasta mas allá del río Lempa; pero Martín de Estete y el Capitán (Diego López de) Salcedo, no fiándose de los suyos, dejándolos puestos en orden de batalla, se pusieron en salvo. Los soldados de Pedrarias, viéndose sin Capitán, trataron de hacer paces con los de Guatemala: estos segundos les impusieron la precisa condición de que habían de soltar los indios y demás personas que habían apresado, y habiéndolo ejecutado, les dieron licencia para que los que quisiesen, se volvieran á Nicaragua, y los que no, se viniesen a Guatemala; y con este permiso se vinieron con los nuestros 90 de los de Pedrarias».

«Esta diligencia de los Castellanos de Guatemala—agrega Juarros—, en provecho de los indios de Cuzcatlán, importó mucho para que estos se acabasen de reducir, viéndose defendidos por los españoles de la tiránica opresión de Martín Estete, que se los llevaba para Tierrafirme». (35).

Así terminó la invasión de Martín Estete a la provincia de Cuzcatlán y villa de San Salvador.

*Quién era el Capitán
Martín Estete.*

El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, titulado «el primer cronista del Nuevo Mundo», en su *«Historia Gene-*

(34) Obra citada, Década IV, Libro VII, Capítulo V, pág. 133, cols. 1a. y 2a.

(35) Obra citada, Edic. 1857, Tomo II, Tratado IV, Capítulo 20, pág. 102.

ral y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano», hace el siguiente boceto biográfico del Capitán Martín de Estete:

«XVIII.—El capitán Martín Astete, criado muy acepto de Pedrarias Dávila, hombre no tan hábil en la milicia quanto desdichado y floxo en la capitania é cosas de la guerra, pero despier-to en otras astucias y cautelas, desde el Darien salió con gente á pacificar la tierra, é dexóla mas alterada que estaba antes. Desde Leon de Nicaragua hico otras dos entradas por mandado de Pedrarias (36). é ambas sin provecho, é volvió con menos honra é aun perdió parte de la gente. Al gobernador Diego López de Salcedo, que le honró é ayudó é favorecio, é le hico su teniente, pagole con tanta ingratitud, que se le amotinó é le puso en peligro de perder la vida. Despues que murió Pedrarias (37), fué al Perú, donde fué muy rico: é al tiempo que mas tuvo destos bienes de fortuna, fué a dar cuenta de sus obras á la otra vida, dexando á su muger cargada de oro é plata é joyas. Y ella desde á poco se casó con un cavallero de la opinion é amistad del marqués, don Francisco Picarro; que se dió buen tiempo con aquellos dineros de Astete, é le mataron, quando mataron al marqués, quedandole ya pocos. Assi que, este fin hico Astete é sus dineros: que segund he oydo afirmar é personas de crédito eran mas de quarenta mil pessos de valor en oro é plata lo que dexo Astete, quando dexó la vida y passó á la otra, donde está. Plega a Dios que esté salvo de las penas infernales». (38).

-
- [36] Una de esas entradas fué a la provincia de Votta, al N. E. de la ciudad de León de Nicaragua; la otra, fué a la provincia de Cuscatlán. Oviedo y Valdés dice, refiriéndose a los capitanes que emprendieron la conquista de Nicaragua, lo siguiente: "Porque conosco é vi é tracté á todos los capitanes que he dicho, &".
- [37] Pedrarias Dávila murió, en León de Nicaragua, el año de 1530, a la edad de 76 años poco más o menos.
- [38] "Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano": Edic. 1853; II Parte, Tomo II, Libro XXIX, Capítulo XXXIII, págs. 116 y 167.

BACHILLER, EL PADRE DE LA BIBLIOGRAFIA CUBANA.

Por Fermín Peraza

En una casona colonial de la calle Habana, de la ciudad de La Habana, nació el día 7 de junio de 1812 Antonio de la Concepción Gabriel Pablo Ignacio Bachiller y Morales; hijo del teniente coronel de infantería del Regimiento de Puebla, México, don Gabriel Bachiller y Mena, y de la señora doña Antonia Morales y Núñez.

Comenzó sus primeros estudios en el alma mater de la juventud ilustrada de la época, según frase de Vidal Morales: El Seminario de San Carlos; continuándolos después en la Universidad de La Habana, hasta obtener la licenciatura en Derecho Canónico y el título de abogado ante la Audiencia de Camagüey.

Ejerce su profesión en La Habana, ocupando cargos de importancia en la Caja de Ahorros, Descuentos y Depósitos y la Audiencia Pretorial. Su fama como abogado no es menos que la que va ganando en el cultivo de las letras. La Sociedad Económica de Amigos del País, lo llama a su seno premiándole una «Memoria sobre la exportación del tabaco en rama»; y en esta institución y el Seminario de San Carlos atiende cátedras, libros

de Economía Política en las cuales condena la esclavitud y defiende la libertad de comercio.

Cuando se planteó en 1842 ante la Sociedad Económica de Amigos del País la expulsión del cónsul inglés David Turnbull, Bachiller y Morales ocupaba el cargo de secretario de la institución y demostró la entereza de su carácter, oponiéndose a esa pretensión con Martínez Serrano, Cardeña, Miranda, Poey y Luz Caballero. Tomado el acuerdo por mayoría de votos, fué anulado en otra junta posterior. Finalmente Turnbull fué separado de la Sociedad por el capitán general O'Donnell.

Junto a sus labores en la Sociedad Económica, Bachiller interviene activamente en la reforma universitaria de 1842, y toma a su cargo una cátedra de Filosofía del Derecho, desempeña el Decanato de la Facultad de Filosofía, mejora la biblioteca y labora en otras instituciones culturales del país.

En enero de 1860 fué elegido Concejal del Ayuntamiento de La Habana, dedicando especial atención al cuidado de su Archivo, y muy especialmente a las Actas Capitulares que en él se conservan.

Al fundarse el Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana en 1863, Bachiller fué designado su primer Director. Organizó este centro de enseñanza, tomó a su cargo la explicación de distintas materias y fundó su muy importante biblioteca.

La guerra de 1868 provocó que firmara con otros elementos liberales del país un documento pidiendo una amplia autonomía para los cubanos como único medio de terminarla. Este hecho hizo que su casa fuera asaltada por los voluntarios de López Robert y destruída brutalmente su valiosa biblioteca particular.

Con motivo de lo expuesto anteriormente, Bachiller tuvo que trasladarse a los Estados Unidos de América, donde recibió poco después, la noticia de la muerte a machetazos en un hospital de sangre del Ejército libertador de Cuba, del único hijo varón que le quedaba.

Terminada la revolución Bachiller volvió a Cuba con carta de ciudadano americano y en La Habana, tras larga y penosa enfermedad, recibió el descanso de la muerte el 10 de enero de 1889.

A Bachiller y Morales se le ha llamado por Carlos M. Trelles, el «padre de la bibliografía cubana», porque es el primero de los grandes bibliógrafos cubanos; Martí habla de él, recordando que en la Biblioteca Pública de New York, había un asiento que allí llamaban de «el caballero cubano»; y otros le llamaban «el patriarca de nuestras letras», por su gran producción y su vasta cultura.

—II—

Bibliografía bibliográfica

Bachiller y Morales, Antonio... Catálogo de libros y folletos publicados en Cuba desde la introducción de la imprenta hasta 1840. (*En su* Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba... Habana, 1859-61. t. iii, p. 121-241).

— Habana, 1936-37. t. iii, p. [243]-457.

El Catálogo de Bachiller es la primera bibliografía nacional cubana, el primer trabajo compilado con suficiente amplitud para marcar el inicio de los estudios bibliográficos en Cuba, por lo cual Trelles, su gran continuador, lo ha llamado «el padre de la bibliografía cubana».

«Es esta parte la más importante que ofrezco a mis compatriotas: es un simple ensayo en que he invertido mucho tiempo y fatigoso trabajo atendidas las circunstancias locales», escribe Bachiller, anotando enseguida la fecha del impreso más antiguo por él encontrado: los Méritos de Sossa, de 1724.

Las fatigas de Bachiller para compilar la primera bibliografía cubana hasta 1840, no fueron estériles: marcaron el inicio de

un continuado interés por mejorar su investigación, apareciendo sucesivamente varios complementos a su catálogo de 1861.

——— Publicaciones periódicas. Catálogo razonado y cronológico hasta 1840 inclusive. (*En su* Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la Isla de Cuba... Habana, 1859-61, t. ii, p. [113]-144; t. iii, p. 246).

——— Habana, 1936-37. t. ii. p. [207] 266.
Primer catálogo general de la prensa cubana.

Valdés Domínguez, Eusebio]. Bibliografía cubana. Colección de apuntes bibliográficos de obras y periódicos, para la historia de la tipografía, ciencia y especialmente de la literatura de Cuba... (*En* Revista de Cuba; periódico mensual de ciencia, derecho, literatura y bellas artes. Habana, 1879. t. v. p. [368]-379, [581] 592; t. vi, p. [85]-89).

Bachiller y Morales, Antonio]. Suplemento y adiciones a los catálogos de la Bibliografía cubana de los Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública en la Isla de Cuba. Impresos cuyos títulos no aparecen en los catálogos publicados por el autor. (*En* Revista de Cuba; periódico mensual de ciencias, derecho, literatura y bellas artes. Habana, 1880-81. t. vii, p. [354]-364, [491] 498; t. viii, p. [71]-78, [124]-135).

——— (*En* Revista bimestre cubana. La Habana, noviembre-diciembre 1945. vol. lvi, no. 3, p. 197-226).

Segundo complemento, del mismo Bachiller, a su Catálogo de 1861.

Jimeno, Francisco]. Bibliografía cubana. Apéndice a la publicada por el señor don Antonio Bachiller y Morales. (*En* Revista de Cuba; periódico mensual de ciencias, derecho, literatura y bellas artes. Habana, 1880. t. viii, p. [250]-254, [363]-372).

Tercer complemento al Catálogo de Bachiller con 99 títulos de libros y 10 de periódicos, comprendidos entre los años 1794-1822.

Bachiller y Morales, Antonio...] Primeros periódicos de la Isla de Cuba. «La Gaceta». «El Pensador». (En Revista de Cuba; periódico mensual de ciencias, derecho, literatura y bellas artes. Habana, 1881. t. x. p. [568] 569.

Cuarto complemento al Catálogo de Bachiller y segundo de los redactados por su mismo autor.

Monte y Aponte, Domingo del.] Biblioteca cubana. Lista cronológica de los libros inéditos e impresos que se han escrito sobre la Isla de Cuba y de los que hablan de la misma desde el descubrimiento y conquista hasta nuestros días, formada en París en 1846, por Domingo del Monte. Publicada en la «Revista de Cuba». Habana, Establecimiento tipográfico de la viuda de Souler, 1882, 50 p. 25.5 cm.

——— (En Revista de Cuba; periódico mensual de ciencias, derecho, literatura y bellas artes. Habana, 1882. t. xi, p. 289-305, 476-482, 527-550).

Quinto complemento al Catálogo de Bachiller. Aumenta el valor de esta compilación el haberse publicado con notas aclaratorias de Vidal Morales.

Pérez Beato y Blanco, Manuel.] Tipografía cubana. (En El Curioso Americano. La Habana, 1892 93. a. i. p. 24-27, 44-46, 54-56, 69-73, 84-86, 99-102, 115-117, 131-134, 147-150, 166-169, 177-178).

Sexto complemento a las bibliografías de Bachiller, Jimeno, Del Monte y Valdés Domínguez, con 193 títulos, comprendidos desde la introducción de la imprenta hasta 1840.

Bachiller y Morales, Antonio. Tipografía cubana. (En El Curioso Americano. La Habana, 1893. a. i. p. 203 208).

Séptimo y último complemento al Catálogo de 1861, tercero de su mismo autor.

BIBLIOGRAFIA SALVADOREÑA

Publicaciones impresas en
El Salvador durante el
año de 1948.

LIBROS

Congresos y Convenciones

El Salvador. Delegación a la Conferencia Interamericana para el mantenimiento de la Paz. Río de Janeiro, 1947.
Conferencia interamericana para el Mantenimiento de la Paz. Agosto—Septiembre 1947. San Salvador, El Salvador, C. A., Editorial Nosotros, 1948. 40. p. 24 cm.

Periodismo

Club de Prensa de El Salvador. San Salvador.
Estatutos del Club de Prensa de El Salvador. San Salvador, El Salvador C. A., Imprenta Nacional, 1948. 12 p. 17 cm. Cab. Port. Ministerio del Interior.

Filosofía

Castro, Celestino.
Lógica, por Celestino Castro. San Salvador. Tipografía La Unión, (s. a. de i) 146 p. 18 cm.

Peña, Juan Adolfo.

Pensamiento humanista (Escritos) por Juan Adolfo Peña. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 152 p. 20 cm.

Religión

Blanco, Miguel.

El Concepto Bíblico del Ministerio Cristiano, por Miguel Blanco. San Salvador, El Salvador, C. A., Editorial La Tribuna, (s. a. de i) 12 p. 15 cm.

Canta Cristiano. Colección de cantos populares, Catecismo breve y oraciones varias. IPH, Santa Ana, Tip. Comercial, Nicolás Cabezas D. e Hijos, 1948. 92 p. 12 cm.

Stace, W. T.

La ilusión Sionista, por W. T. Stace. San Salvador, El Salvador, C. A., Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i) 16 p. 18 cm.

Ciencias Sociales

Masferrer, Alberto.

La doctrina del Minimum Vital, por Alberto Masferrer. Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 342 p. 25 cm. (Tomó 1) Cab. Port. Biblioteca Universitaria. Volumen XI. Obras de Alberto Masferrer.

Estadística

El Salvador. Dirección General de Estadística.

Anuario Estadístico de la República de El Salvador correspondiente a los años de 1946 y 1947. San Salvador, Dirección General de Estadística, ed. 1948. 3 t. 24 cm.

Política

Guerrero, José Gustavo.

El Orden Internacional, por José Gustavo Guerrero San Salvador, Universidad Autónoma de El Salvador 1948. 198 p. láms. 25 cm. Biblioteca Universitaria Vol. II.

Economía Política

El Salvador. Banco Hipotecario de El Salvador.

Informe presentado por el Presidente del Banco Hipotecario de El Salvador, en cumplimiento del artículo 22, numeral 8, de los Estatutos 13o. ejercicio comprendido entre el 1o. de Julio de 1947 y el 30 de Junio de 1948. San Salvador, Editorial Ahora, (s. f. de i) 15 p. (con gráficas) 22 cm. Cab. Port. Banco Hipotecario de El Salvador.

Conferencia Económica Grancolombiana, Quito, 1948.

La «Carta de Quito». Convenio para llegar al establecimiento de la Unión Económica y Aduanera Granco-

lombiana. Publicación de la Legación del Ecuador. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 20 p. 22 cm.

Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador. Reglamento para el cultivo del algodón en la República y Decretos Nos. 1, 79 y 217. San Salvador, El Salvador, C. A., Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i) 22 p. 17 cm. Cab. Port. Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda.

Derecho

Barraza Sánchez, Carlos Alfonso. Organismos Jurídicos y Políticos de la Paz. (Tesis). Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. San Salvador, El Salvador, C. A., Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 27 p. 27 cm.

Díaz Palacios, Santiago. El Juez Segundo de Primera Instancia de lo Civil de San Salvador condena por sentencia definitiva al Dr. Roberto Velasco y Velasco. San Salvador, Editorial Nosotros, 1948. 41 p. 19 cm.

Díaz Palacios, Santiago. Santiago Díaz Palacios desmiente al ilustre Dr. Miguel Tomás Molina. San Salvador, Editorial Nosotros, 1948. 29 p. 19 cm.

Lindo, Hugo. El Divorcio en El Salvador. Historia Legislativa—Ju-

risprudencia—Anotaciones críticas. Tesis premiada con medalla de oro. Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Talleres Tipográficos «Funes». Cab. Port. Biblioteca Universitaria, Volúmen VI. 223 p. 22 cm.

Molina, Miguel Tomás.

Santiago Díaz Palacios no desvanece sus responsabilidades criminales. Las aumenta como calumniador. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 31p. 18 cm.

Administración

El Salvador. Asamblea Nacional Legislativa.

El doctor Ricardo Rivas Vides, Presidente de la Asamblea Nacional Legislativa, contesta al mensaje del Señor Presidente Constitucional de la República. San Salvador, Imprenta Nacional, (s. a. de i) 5p. 24 cm.

El Salvador, Ministerio de Cultura.

Labor de tres años, San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i. ni No. de p.) 25 cm, Cab. Port.: Gobierno del Gral. don Salvador Castaneda Castro.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Anuario Militar de la República de El Salvador. Ministerio de Defensa. Departamento del Personal. Figuran el movimiento de Jefes y Oficiales de los escalafones hasta el 31 de Diciembre de 1948. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 55 p. 17 cm.

Ley reglamentaria de retiros, pensiones y montepíos militares, San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 30 p. 17 cm.

Reglamento del Servicio de Sanidad Militar. Publicaciones del Ministerio de Defensa. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 42 p. 18 cm.

El Salvador. Ministerio de Economía.

Ley y Reglamento sobre la venta de aguardiente en envases oficiales. Cab. Port. Publicaciones del Ministerio de Economía. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 23 p. 23 cm.

El Salvador. Ministerio del Interior.

Ley de Inquilinato. Cab, Por.: Publicaciones del Ministerio del Interior. San Salvador, Imprenta Nacional, 1938. 10 p. 23 cm.

El Salvador. Ministerio de Relaciones Exteriores.

Ley Orgánica del Servicio Consular de la República de El Salvador, San Salvador, Imprenta Nacional, 1948, 58 p. 24 cm.

El Salvador. Mtnisterio de Trabajo y Previsión Social.

Memoria de los actos del Poder Ejecutivo en los Ramos de Trabajo y Previsión Social, presentada a la Honorable Asamblea Nacional por el Señor Ministro el 21 de mayo de 1948. San Salvador, Imprensa Nacional, (s. a. de í) 15 p. (con anexos) 24 cm.

El Salvador. Presidente. (Castaneda Castro. 1945—1948)

Nuevo mensaje a los Maestros. 22 de junio de 1948. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 30p. 24cm.

El Salvador. Presidente. (Castaneda Castro. 1946—1948)

Mensaje leído por el Señor Presidente Constitucional de la República. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 61p. 23cm.

Beneficencia

- Hospital Bloom. San Salvador.
Reglamento del Hospital Benjamín Bloom. San Salvador, Editorial Ahora, 1948. 29p. 22 cm.
- Sociedad de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl. San Salvador.
Memoria de las Sociedades de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paul. (Establecidas en la República de El Salvador) Ejercicio 1948, San Salvador, Tipografía La Unión, (s. a. de i) 52 p. 23 cm.

Educación

- El Salvador. Ministerio de Cultura.
Curso de capacitación por correspondencia. (Programa de Sección Normal) Primer Curso. Nos. 1, 2, 3, 4, y 5. San Salvador, Imprenta Macías, 1948, 112 p. 18 cm. Cab. Port. Ministerio de Cultura. Consejo de Educación Primaria y Normal. Publicación Mensual.
- El Salvador. Ministerio de Cultura.
Decretos, Acuerdos y Resoluciones sobre Educación Secundaria y de Ciencias y Letras. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Depto. de Educación Secundaria. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i) 28p. 25 cm.
- El Salvador. Ministerio de Cultura.
Programas de enseñanza de primer curso de Ciencias y

Letras. (Plan Básico) San Salvador. Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 64p. 25cm. Cab. Port. Publicaciones del Ministerio de Cultura.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Programas de enseñanza de tercer Curso de Ciencias y Letras. (Depto. de Educación Secundaria). San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 32 p. 25 cm. Cab. Port.: Publicaciones del Ministerio de Cultura.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Programas de enseñanza de cuarto curso de Ciencias y Letras. Publicaciones del Ministerio de Cultura. (Depto. de Educación Secundaria). San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 32p, 25cm.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Programa de Física, Segundo Curso de Educación Secundaria. Plan Básico. San Salvador. Talleres Gráficos Cisneros. 1948. 14p. 22cm.

Fernández, Julio Fausto.

A propósito de una reforma universitaria. I. Posición de la Juventud. II. Contenido social de la enseñanza. III. Misión político social de la Universidad. San Salvador, Editorial Nosotros, 1948. 20p. 18cm. Cab. Port.: Julio Fausto Fernández.

Flores, Saúl.

Esta es mi tierra. Lecturas Centroamericanas, por Saúl Flores. San Salvador. Tipografía La Unión, 1948, (Biblioteca Universitaria). 304 p. 24 cm. Cab. Cub.: Universidad de El Salvador. Volúmen X, Cab. Port.: Colección Semente.

S. S.

Conocimientos Histórico - Geográficos, para la mejor comprensión del desarrollo del Programa de Cívica para el 4o. Grado de Educación Primaria de El Salvador. (Colección de Textos Escolares por S. S.) San Salvador, Tipografía La Unión; (s. a. de i) 52p. 19cm.

Desarrollo del Programa de Cívica. Tercer Grado. Nociones Generales de Moral y Educación Cívica para los Grados de Educación Primaria. (Colección de Textos Escolares por S. S.) 2a. Ed. San Salvador, Tipografía La Unión, (s. a. de i) 48p. 18cm.

Comercio

Martínez Funes, Gerardo. (Director)
Directorio Comercial, Industrial. Profesional, Agrícola y Social. por Gerardo Martínez Funes. San Salvador Imprenta La Luz, 1948. 216p. 24cm.

Química

Basauri, Daniel.
Apuntes de Química. 2a. ed. San Salvador, Tipografía La Unión, 1948. 193p. 25cm.

Dubón Mejía, Moisés.
Investigación y dosificación del ácido cianhídrico en las semillas de zapote, nispero y anona blanca, (Tesis).

Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Editorial La Tribuna, 1948: (s. No. de p.) 27cm. Cab. Port.: Universidad Autónoma de El Salvador.

Handal, Luis B.

Obtención del Tanino a partir de la semilla del *Laurus Persea* para uso industrial. (Tesis) Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Química y Farmacia. San Salvador, (s. p. de i) 1848. 19p. 28cm.

Martínez, Alfredo.

Aspectos Generales, relaciones y ocurrencias del «Talpetate», y suelos del lado este del valle de San Andrés y la falda N. Oeste del volcán de San Salvador. Publicaciones de la Asociación Cafetalera de El Salvador. San Salvador, Editorial Ahora. 1948. 11 p. 24 cm.

Ciencias Aplicadas

Mejoramiento Social. San Salvador.

Casas de tierra apisonada. Volúmen I. Divulgaciones de Mejoramiento Social. San Salvador, Editorial Nosotros, 1948. 23 p. 18 cm, Cab. Port. Divulgaciones de Mejoramiento Social.

Medicina

Galo Ortiz, Rosa María.

Rayos X en Odontología. (Tesis) Cab, Port.: Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Odontología. San Salvador. Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 47 p. 20 cm.

Rodríguez, Julián Alberto.

Estudio del «Pie Picado» en El Salvador—Consideraciones Clínicas y Epidemiológicas. (Tesis) Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Medicina. San Salvador, Tipografía La Unión, 1948. 54p. 27 cm.

Suazo Arnoux, Constantino.

Revisión de 185 casos de operaciones cesáreas practicadas en el Hospital Rosales. (Tesis) Santa Tecla, Talleres Gráficos Salesianos, 1948. 28 p. 24 cm. Cab. Part.: Universidad Autónoma de El Salvador.

Zepeda, Carlos R.

Pulpectomía y Obstrucción de Conductos Radiculares. (Tesis) Universidad Autónoma de El Salvador. Facultad de Odontología. San Salvador, (s. p. de i) 1948. 23 p. 28 cm.

Agricultura

Cruz, Carlos Alberto.

Contribución al estudio del *Crescentia Alata* (Morro) (Tesis). Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Editorial La Tribuna, (s. a. de i) 36 p. 28 cm, Cab. Port.: Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador.

Duque, Juan Pablo.

Cultivo del Cafeto en El Salvador. Análisis crítico de los sistemas empleados, Bases para una nueva orientación técnica. Por el Dr. Juan Pablo Duque (Agrónomo especializado en Caficultura), San Salvador, Tipogra-

fia La Tribuna, 1948. 121 p. 25 cm. Cab. Port.: Asociación Cafetalera de El Salvador.

Industrias Químicas

Alvarado, Juan Leonardo.

Contribución al estudio de las harinas importadas y del país; su índice de nutrición. Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Juan Leonardo Alvarado. Facultad de Química y Farmacia. San Salvador, (s. p. de i) 19 p. 29 cm. Cab. Port.: Universidad Autónoma de El Salvador.

Medrano, Ana Olivia.

Contribución al estudio de la cera producida por Myrica Mexicana. (Tesis) Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Editorial La Tribuna, (s. a. de i) (s. No. de p.) 28 cm.

Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador.

Es conveniente la reorganización Técnico-Económica de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San Miguel, Publicaciones de la Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948, 17 p. 24 cm.

Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda. San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1o. de Noviembre de 1947 hasta el 31 de Octubre de 1948 presentada por la Junta Directiva a la Junta General de Accionistas el 16 de Noviembre de 1948. (Séptimo

Ejercicio). San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i) 26 p. 23 cm. Cab. Port. Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda. Sociedad Cooperativa limitada por acciones, organizada el día 10 de julio de 1940.

Valdés, Víctor Manuel.

Estudio económico sobre el proyecto de reorganización de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San Miguel, por el Ing. Víctor Manuel Valdés y el Lic. Manuel Tosco. Cab. Port.: Publicaciones de Mejoramiento Social. San Salvador, Editorial Ahora, 1948. 396 p. 21 cm.

Bellas Artes

El Salvador, Ministerio de Cultura.

Himnos de Centro Améaica. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Depto. de Educación Secundaria. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 28 p. 23 cm.

Lara, Pancho.

La canción Criolla de Cuzcatlán. Publicaciones del Ministerio de Cultura. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 51 p. 37 cm.

Literatura

Conferencias Cervantinas. Homenaje a don Miguel de Cervantes Saavedra. San Salvador, Editorial Ahora, 1948. 55 p. 25 cm.

Contiene: I. Cervantes en su época. por Raúl Con-

fia La Tribuna, 1948. 121 p. 25 cm. Cab. Port.: Asociación Cafetalera de El Salvador.

Industrias Químicas

Alvarado, Juan Leonardo.

Contribución al estudio de las harinas importadas y del país; su índice de nutrición. Tesis presentada en el acto público de su doctoramiento por Juan Leonardo Alvarado. Facultad de Química y Farmacia. San Salvador, (s. p. de i) 19 p. 29 cm. Cab. Port.: Universidad Autónoma de El Salvador.

Medrano, Ana Olivia.

Contribución al estudio de la cera producida por Myrica Mexicana. (Tesis) Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Editorial La Tribuna, (s. a. de i) (s. No. de p.) 28 cm.

Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador.

Es conveniente la reorganización Técnico-Económica de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San Miguel, Publicaciones de la Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948, 17 p. 24 cm.

Sociedad Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda. San Salvador.

Memoria de las labores de la Institución desde el 1o. de Noviembre de 1947 hasta el 31 de Octubre de 1948 presentada por la Junta Directiva a la Junta General de Accionistas el 16 de Noviembre de 1948. (Séptimo

Ejercicio). San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, (s. a. de i) 26 p. 23 cm. Cab. Port. Cooperativa Algodonera Salvadoreña, Ltda. Sociedad Cooperativa limitada por acciones, organizada el día 10 de julio de 1940.

Valdés, Víctor Manuel.

Estudio económico sobre el proyecto de reorganización de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San Miguel, por el Ing. Víctor Manuel Valdés y el Lic. Manuel Tosco. Cab. Port.: Publicaciones de Mejoramiento Social. San Salvador, Editorial Ahora, 1948. 396 p. 21 cm.

Bellas Artes

El Salvador, Ministerio de Cultura.

Himnos de Centro América. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Depto. de Educación Secundaria. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 28 p. 23 cm.

Lara, Pancho.

La canción Criolla de Cuzcatlán. Publicaciones del Ministerio de Cultura. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 51 p. 37 cm.

Literatura

Conferencias Cervantinas. Homenaje a don Miguel de Cervantes Saavedra. San Salvador, Editorial Ahora, 1948. 55 p. 25 cm.

Contiene: I. Cervantes en su época. por Raúl Con-

teras. II. El Quijotismo y nuestro tiempo, por el José Escalón. III. El Significado del Quijote, por el Dr. Sarbelio Navarrete. Universidad Autónoma de El Salvador. (Biblioteca Universitaria, Vol. VIII).

Corzo, Delfino.

Ecos del alma. Poesías, por el Pbro. Delfino Corzo. Chalchuapa, El Salvador, C. A., Imprenta La Idea. 1948. 300 p. 20 cm.

Espino, Alfredo.

Jicaras Tristes, por Alfredo Espino. Publicaciones del Ministerio de Cultura. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 150 p. 18 cm.

Guerra Trigueros, Alberto.

El libro, el hombre y la Cultura. Conferencia dictada en la ceremonia de clausura de la Exposición del Libro Americano, en la Escuela Normal España, el sábado 17 de abril de 1947. Ministerio de Cultura. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 33 p. 24 cm. Cab. Port. A. Guerra Trigueros.

Mejía Vides, Luis,

El buzo sin escafandra. Poesía, por Luis Mejía Vides. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1948. 33 p. 24 cm.

Peña, Miguel Román.

Bajo el sol de Cuscatlán. (Bocetos del ambiente) por Miguel Román Peña. San Salvador, Imprenta Funes, 1948. 109 p. 20 cm.

Soriano, Juanita.

Más allá de los peces, por Juanita Soriano. San Salvador, Editorial La Tribuna, 1948. 59 p. 22 cm.

Toruño, Juan Felipe.

De dos tierras. Cuentos, por Juan Felipe Toruño. San Salvador, Imprenta Funes, (s. a. de i) 205 p. 22 cm.

Historia

García, Miguel Angel.

Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador, por Miguel Angel García. San Salvador, Imprenta Nacional, 1948. 592 p. 25 cm. (Tomo 9o. 1a. ed.) Cab. Port. Miguel Angel García.

Biografía

El Salvador. Asamblea Nacional.

Medalla laureada del Mérito Militar. Editado por el Depto. de Prensa de la Presidencia de la República. San Salvador, 1948. 36 p. 31 cm.

Lardé y Larín, Jorge.

Arce en el proceso de la Independencia. Conferencia pronunciada por Jorge Lardé y Larín en el Paraninfo de la Universidad Autónoma de El Salvador. San Salvador, Editorial La Tribuna, (s. a. de i) 19p. 14cm.

Velásquez, Rolando.

Carácter, fisonomía y acciones de don Manuel José Arce, por Rolando Velásquez. San Salvador, Imprenta Nacional, (s. a. de i) 291 p. 19 cm.

Villela Vidal, Salvador.

El retrato político de un presidente, por Salvador Villela Vidal. San Salvador, Tipografía La Unión, 1948. 10 p. 27 cm.

P R E N S A

Diarios, Semanarios, etc.

Acción Democrática. (Semanario).

Año de 1948. Periódico Ideológico, 1 ejemplar del 11 de Febrero de 1948. Año I. No. 1, Rafael Coto Romero, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Acción Renovadora. (Semanario).

Año de 1948. Organó Oficial del P. A. R. José Quetglas, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Adelante. (Diario).

Año de 1948. Quino Caso, Director. Año I. San Salvador, El Salvador, C. A.

Adelante. (Quincenario).

Año de 1948. Publicaciones del Colegio Manuel J. Chávez. Narciso Tenorio Laguardia, Director. Año II. Usulután, El Salvador. C. A.

El Buen Pastor.

Año de 1948. Presbítero Manuel de Jesús Da Broi, Director. Atiquizaya, El Salvador, C. A.

Cinema. (Semanario).

Año de 1948. Organo de Cine Cultura. Circulación gratuita. Luis Antonio Cortez, Director. Ahuachapán. El Salvador, C. A.

Criterio. (Semanario).

Año de 1948. Fundado en 1932. Doctor Miguel Valle y Peña, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Chaparrastique. (Semanario).

Año de 1948. Fundado en 1914. Presbítero Licenciado Rafael Valladares, Director. San Miguel, El Salvador, C. A.

El Diario de Hoy.

Año de 1948. Fundado en 1936. Saturnino Viera Altamirano, Director, San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario de Occidente.

Año de 1948. Fundado el 1o. de Septiembre de 1910. Manuel Aguilar Chávez, Director. Santa Ana. El Salvador, C. A.

Diario de Oriente.

Año de 1948. Fundado en 1912. C. Augusto Osegueda, Director. San Miguel, El Salvador, C. A.

Diario Latino.

Año de 1948. Fundado en 1890. Miguel Pinto, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario Oficial.

Año de 1948. Fundado el 2 de Enero de 1885. Organismo Oficial del Gobierno. Gustavo Alvarado, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

La Epoca. (Semanario).

Año de 1948. Luis A. Cortez, Director. Ahuachapán, El Salvador, C. A.

Excelsior. (Semanario).

Año de 1948. Fundado en 1938. Salvador Castillo Vega, Director. Sonsonate, El Salvador, C. A.

El Gran Diario La Nación.

Año de 1948. Fundado el 2 de Agosto de 1923. María B. de Membreño, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

El Heraldo de Sonsonate.

Año de 1948. F. Garzona F., Director. Sonsonate, El Salvador, C. A.

El Imparcial. (Semanario).

Año de 1948. Fundado en 1932. Héctor Lisandro Berdugo, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Juventud Obrera. (Semanario).

Año de 1948. Fundado en 1944. Organó de la Sociedad Juventud Obrera Salvadoreña. Napoleón González, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

El Mensajero. (Quincenario).

Año de 1948. Organó de la Cooperativa El Zapato Preferido. M. W. Garrido, Director. Ahuachapán, El Salvador, C. A.

El Nacional. (Diario).

Año de 1948. Editado bajo la dirección del Departamento de Prensa de la Presidencia de la República. San Salvador, El Salvador, C. A.

Nuestro Seminario. (Semanario).

Año de 1948. Organó de las Vocaciones Sacerdotales. R. Valladares, Redactor Representante. San Miguel, El Salvador, C. A.

Opinión Estudiantil. (Semanario).

Año de 1948. Organó de los Estudiantes Universitarios Salvadoreños. 3 números del 15, 20 y 31 de Diciembre de 1948. 11a época, Nos. 1, 2 y 3. Pedro Benjamín Mancía, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Patria Libre. (Diario).

Año de 1948. Organó Oficial de Información del Consejo de Gobierno Revolucionario. San Salvador, El Salvador, C. A.

- El Pequeño Mensajero. (Quincenario).
Año de 1948. P. Santiago Malaina, S. J., Director. San Salvador, El Salvador, C. A.
- La Prensa Gráfica. (Diario).
Año de 1948. Fundado en 1914. Ramón Pleités, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.
- Prisma. (Semanario).
Año de 1948. Fundado en 1936. Arturo M. Salgado, Director. Santiago de María, El Salvador, C. A.
- La Semana. (Semanario).
Año de 1948. Oswaldo Escobar Velado, Director, Santa Ana, El Salvador, C. A.
- El Sisimite. (Semanario).
Año de 1948. Semanario de información, literatura y variedades. Antonio Larios, Director. Año I. San Vicente, El Salvador, C. A.
- El Textil. (Quincenario).
Año de 1948. Emilio Rodríguez S., Director. Año I. San Salvador, El Salvador, C. A.
- Trenes. (Quincenario).
Año de 1948. Organo de la Unión de Trabajadores Ferrocarrileros. Manuel de J. Ramírez h., Director. Año III. San Salvador, El Salvador, C. A.
- La Tribuna. (Diario).
Año de 1948. Fundado en 1944. Francisco Espinosa, Director, San Salvador, El Salvador, C. A.

La Tribuna. (Semanario).

Año de 1948. Agenor Argüello, Director. Ahuachapán, El Salvador, C. A.

Vanguardia. (Semanario).

Año de 1948. Organó de los Estudiantes del Colegio García Flamenco. Pierre Cahen, Director. Año I. San Salvador, El Salvador, C. A.

Vida Nueva. (Semanario).

Año de 1948. Leonidas A. Morales, Director. San Miguel, El Salvador, C. A.

La Voz de las Campanas. (Semanario).

Año de 1948. R. Valladares, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Voz Obrera. (Mensual).

Año de 1948. Organó de la Sociedad de Obreros de El Salvador Federada. Abraham Pineda Q., Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

REVISTAS Y BOLETINES

Acción Rotaria. (Revista Mensual).

Año de 1948. Organó del Club Rotario de San Miguel. San Miguel, El Salvador, C. A.

- Ahora. (Revista Mensual).
Año de 1948. Alfredo Ruiz, Director. San Salvador.
El Salvador, C. A.
- Alma Latina. (Revista Mensual).
Año de 1948. Carlos L. Avendaño, Director. La Paz.
El Salvador, C. A.
- Almanaque Agrícola de El Salvador.
Año de 1948. Asociación Cafetalera de El Salvador
San Salvador, El Salvador, C. A.
- Boletín Algodonero. (Mensual).
Año de 1948. Organo de la Cooperativa Algodonera
Salvadoreña. San Salvador. El Salvador, C. A.
- Boletín C. E. S.
Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A. Ti-
pografía La Unión.
- Boletín de la Asociación Cafetalera y Ganadera de El Salvador.
Año de 1948. Santa Tecla, El Salvador, C. A. Talle-
res G. Salesianos.
- Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador.
(Mensual).
Año de 1948. Organo de la Cámara de Comercio e
Industria de El Salvador. San Salvador, El Salva-
dor, C. A.
- Boletín del Ministerio de Justicia. (Mensual).
Año de 1948. Publicaciones del Ministerio de Justicia.
San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín Municipal.

Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín Municipal.

Año de 1948. Epoca 3a. Organó Oficial de la Alcaldía Municipal de San Miguel. San Miguel, El Salvador, C. A.

Boletín Municipal.

Año de 1948. Organó informativo de la Comuna Sonsonateca. Dr. J. Guillermo Santos. Director. Sonsonate, El Salvador, C. A.

Boletín Municipal. (Quincenario).

Año de 1948. Mariano Avalos Córdova, Director. Zacatecoluca. El Salvador, C. A.

Boletín Rotario. (Mensual).

Año de 1948. Dr. Eugenio Díaz Galiano, Director. Santa Ana, El Salvador, C. A.

Café de El Salvador. (Revista Mensual).

Año de 1948. Organó de la Asociación Cafetalera de El Salvador. San Salvador, El Salvador, C. A.

Centro América Ilustrada. (Revista mensual).

Año de 1948. Dr. Carlos M. Arita, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Ciencias Jurídicas y Sociales. (Revista Mensual).

Año de 1948. Organó de divulgación Científica de la

Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad Autónoma de El Salvador. Manuel A. Hasbún, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Cipactly. (Revista).

Año de 1948. Carlos M. Molina, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Compañía Salvadoreña del Café. (Boletín mensual).

Año de 1948. Organo de la Compañía Salvadoreña del Café, S. A. San Salvador, El Salvador, C. A.

Correos de El Salvador. (Revista mensual).

Año de 1948. Alejandro A. Osorio. Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Correo Escolar Rural. (Revista mensual).

Año de 1948. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Ernesto Revelo Borja, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Desde El Seminario. (Revista Mensual).

Año de 1948. Organo del Seminario Central Interdiocesano de San José de la Montaña. San Salvador, El Salvador, C. A.

ECA. (Revista Mensual).

Año de 1948. Estudios Centro Americanos. Alfonso M. Landarech, S. J. Secretario del Consejo de Dirección. San Salvador, El Salvador, C. A.

Ecos Guadalupanos. (Revista mensual).

Año de 1948. Organo del Colegio Guadalupano de

San Salvador. Rita Ascencio, Directora. San Salvador, El Salvador, C. A.

El Salvador. (Revista).
Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A. Editorial Ahora.

El Salvador Médico. (Revista mensual.)
Año de 1948. Organó de la Asociación de Estudiantes de Medicina. Br. Gustavo Dreiss R. Director, San Salvador, El Salvador, C. A.

Gaceta del Congreso.
Año de 1948, San Salvador, El Salvador, C. A. Imprenta Nacional.

Gaceta Médica. (Revista Bimestral).
Año de 1948. Organó del Hospital San Juan de Dios de Santa Ana. Dr. Gustavo E. Alvarez, Director. Santa Ana, El Salvador, C. A.

Horizontes. (Revista mensual).
Año de 1940. Juvenal Martínez, Director. Santa Ana, El Salvador, C. A.

Juventud Farmacéutica.
Año de 1948, San Salvador, El Salvador C. A.

Lamatepec. (Revista mensual).
Año de 1948. Organó de la Junta Departamental de la Asociación Cafetalera de El Salvador. Santa Ana, El Salvador, C. A.

Luz del Alba. (Revista mensual).

Año de 1948. Organó de la Convención de Iglesias Bautistas de El Salvador. Miguel Angel Blanco, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Luz y Verdad. (Revista Mensual).

Año de 1948. Organó de la Iglesia Evangélica de El Salvador Misión Centroamericana. San Salvador, El Salvador, C. A.

Memoria de las labores desarrolladas por el Poder Ejecutivo en el Ramo de Cultura Popular. San Salvador, El Salvador, C. A.

Memoria del 13o. ejercicio del Banco Hipotecario de El Salvador San Salvador, El Salvador, C. A.

Mensaje Presidencial.

Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A.

El Mensajero de la Centroamericana.

Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A. Tipografía La Unión.

Pro Christo. (Revista).

Año de 1948. Organó de la Sociedad de Ex-alumnas del Colegio del Sagrado Corazón. San Salvador, El Salvador, C. A.

Radio y Pantalla. (Revista Mensual).

Año de 1948. Carlos Manuel Flores, Director. San Salvador, El Salvador. C. A.

Revista de Agricultura. (Mensual).

Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A. Tipografía La Unión.

Revista de Economía. (Mensual).

Año de 1948. Órgano de publicidad de la Facultad de Economía. Dr. David Rosales, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Ateneo de El Salvador. (Trimestral).

Año de 1948. Órgano Oficial del Ateneo de El Salvador. Juan Felipe Toruño, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Corte de Cuentas (Mensual).

Año de 1948. Órgano Oficial de la Corte de Cuentas de la República. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Guardia Nacional. (Mensual).

Año de 1947. Órgano Oficial de la Guardia Nacional. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Policía Nacional. (Mensual).

Año de 1948. Órgano Oficial de la Dirección General de Policía. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Ministerio de Cultura. (Trimestral).

Año de 1948. Órgano del Ministerio de Cultura. Ernesto Revelo Borja, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista Ganadera.

Año de 1848. Publicación de la Asociación de Ganaderos de El Salvador. San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista Mensual del Banco Central de Reserva de El Salvador.

Año de 1948. San Salvador, El Salvador, C. A. Tipografía La Unión.

El Serafín de Asís. (Revista Mensual).

Año de 1948. Pbro. Antonio M. Brunetti, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Shittah. (Revista trimestral).

Año de 1948. Organo de la Gran Logia Cuscatlán. Alan Oswald Chalmers, Director, San Salvador, El Salvador, C. A.

Simiente. (Revista).

Año de 1948. Organo de Cultura. A. Betancourt, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

El Taumaturgo. (Revista mensual).

Año de 1948. Pbro. Antonio M. Brunetti, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Vanguardia. (Revista).

Año de 1948. San Salvador El Salvador, C. A. Imprenta La Tribuna.

SUMARIO:

EL ESPIRITU DE LA LETRA

Animalismo gráfico en los dichos y refranes del pueblo guatemalteco—Carlos Samayoa Chinchilla	5
Partir—Enrique Labrador Ruiz	13
El Capitán Malgesto—José Mancisidor	19
Don Justo Sierra o La Armonía Mexicana—Andrés Iduarte	24
El teatro argentino y su valor cultural americano—Dario Cossier	38

TOMA ESTA LLAVE

(Paréntesis de Angustia)—Manuel José Arce y Valladares	53
La Nieve del Recuerdo—Vicente Echeverría del Prado...	68
Caballito Marino—Imagen Vertida — Límites—Imagen— Hicisteme cabalgar sobre el viento—Sirena volvió a la mar—Carlos Luis Sáenz	72

POR LOS CAMINOS DE AMERICA

La cooperación en el sistema regional americano—Manuel Barba Salinas	85
--	----

ARTES PLASTICAS

Ruth Ray—Salarrué.....	93
Noticias sobre Toño Salazar—Julio Fausto Fernández ...	95

LO FUGAZ Y LO ETERNO

En torno a la cultura norteamericana—Claribel Alegría...	109
--	-----

ESPEJO DEL PASADO

La Posesa—Carlos Wild Ospina.....	119
Historia Patria—Invasión de Martín Estete—Fundación de la Ciudad de los Caballeros—Jorge Lardé y Larín	127
Bachiller, el Padre de la Bibliografía cubana — Fermín Peraza	149

BIBLIOGRAFIA SALVADOREÑA

LIBROS	157
Revistas y Boletines.....	177

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

•

Director:
BAUDILIO TORRES

Redactor:
Manuel JOSE ARCE y VALLADARES

•

Toda colaboración es rigurosamente solicitada. No se devuelve la colaboración espontánea ni se mantiene correspondencia sobre ella.

•

La responsabilidad de las ideas expuestas, corresponde a sus autores.

•

En esta revista se publican únicamente trabajos inéditos. Permítase la reproducción de los mismos, toda vez que se indique su procedencia.

